
ROSIBEL SEQUERA
Lo prohibido seduce más que el poder
FASCINADA POR UN
Mafioso

FASCINADA POR UN MAFIOSO

Lo prohibido seduce más que el poder

ROSIBEL SEQUERA

Copyright © 2025 Rosibel Sequera

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.



Lista de reproducción

Estimado lector, cuando escribía mi novela hubo algunas escenas en que las canciones de esta lista *playlist* me sirvieron de inspiración.

Take Me to Church - Hozier
Iris - Goo Goo Dolls
Fetish - Selena Gomez, Gucci Mane
Love the Way You Lie - Eminem, Rihanna
The Night We Met - Lord Huron
Demons - Imagine Dragons
Dangerous Woman - Ariana Grande
The Hills - The Weeknd
Secrets - One Republic
Young and Beautiful - Lana Del Rey
You Found Me - The Fray

Prólogo

DIMA VORONIN SMIRNOV

«Decidimos no decírselo a su hermano. Si lo hacemos, no dudará en aceptar por la familia».

«Sin matrimonio, no habrá alianza».

«Podríamos negociar con ellos».

«Quieren un príncipe de la mafia para su princesa».

Abro la puerta de la oficina de mi padre, entrando de golpe. Instalé micrófonos en cada rincón mientras papá estaba fuera de la mansión. Sabía que me ocultaban algo, pero no creí que sería algo tan grande como esto.

—La única opción viable es perder esta alianza…

—No harás tal cosa, mamá —digo, interrumpiendo sus palabras.

Todos se giran hacia mí. Mis padres, Alexei Voronin y Anastasia Voronin, reyes de la mafia, habían llamado a mis hermanas, Alicia y Elaine, y a mis cuñados, Camillo y Marcello Coppola, a una reunión.

El propósito es discutir qué hacer con la posible alianza con la mafia japonesa. Al parecer, casarme con la hija de su líder no es una opción viable para ellos.

Pero eso va a cambiar.

—Aceptarás esa alianza. Voy a casarme con la hija del jefe de la Yakuza —continúo.

—Dima, no es algo que tengas que decidir ahora… —Niego ante las palabras de mi padre.

—No tengo nada que pensar, papá. Ustedes ya no tienen el mismo peso en la mafia que antes, los ven como eslabones débiles. Es cuestión de tiempo para que alguien intente matarlos. O lo hagan. Si puedo garantizar que mi familia esté un poco más segura casándome, entonces lo haré.

Lo que no les he dicho es que necesito este matrimonio. Tengo que probarme a mí mismo que soy digno del apellido Voronin Smirnov. Soy el menor de mis hermanas. Mi vida ha sido fácil, solo he tenido que preocuparme por entrenar, aprender el arte de disparar y usar una daga. Ellas, en cambio, a los diecinueve años se enfrentaron a una guerra, en la cual ambas casi pierden la vida. Ahora tengo un año más que la edad que tenían mis hermanas en ese momento, y no he hecho nada por mi familia.

—Dima —dice mi hermana Alicia. Era menor que Elaine por unos minutos y estaba casada con Camillo.

—No me vas a hacer cambiar de opinión —le respondo, temiendo que lo intente. Había muy

pocas cosas que podía negarle a mis hermanas. Las adoraba.

—No iba a intentarlo. —Sonrío aliviado. Recibo con gusto su abrazo cuando me envuelve en sus brazos.

—¿Cuándo creciste tanto? —exclama. Elaine se une al abrazo, envolviéndonos a ambos. Me hacía el duro y serio la mayor parte del tiempo, pero cuando tenía momentos con ellas o con mis padres, dejaba que la máscara se deslizara solo un poco.

He aprendido a través de las historias que me han contado, que mostrar tus sentimientos con mucha frecuencia te hace ver débil ante tus aliados y enemigos. Y ser visto como alguien débil no es algo que pueda permitirme ahora.

Gran parte del legado de mi familia está en mis manos.

—Se supone que nosotras te cuidamos a ti. Somos tus hermanas mayores —dice Elaine.

—Supongo que es mi turno de cuidarlas a ustedes —susurro, mas no lo bastante bajo como para que los demás no puedan escucharme.

—¿Estás seguro de lo que quieres hacer, cariño? —pregunta mi madre acercándose—. Porque si no es así, podemos buscar otra opción.

—Quiero hacerlo, mamá —respondo con convicción—. Y un Voronin Smirnov nunca duda ni se echa para atrás. Tomamos lo que queremos.

Mi futuro ahora está sellado, no hay marcha atrás. Una parte muy pequeña de mí teme no ser capaz de cumplir con esto, pero sé que no quiero defraudar a mi familia. Y no lo haré.

Voy a asegurarme de que todos estén a salvo, así sea lo último que haga.

UNO

Dima Voronin Smirnov

Un año después

Dejo caer la última maleta en el suelo. Veintiún años de mi vida reducidos a seis maletas; es algo deprimente si considero que mis hermanas necesitarían el doble. Ha llegado el momento de «viajar» a Japón para conocer a mi futura esposa, lo que significa mudarme de forma indefinida hasta que nos casemos. Lo único que sé de ella era su nombre: Jun Shinoda, y que acaba de cumplir diecinueve años.

He visto algunas fotos de ella en las redes sociales. Es bonita y, por lo que he escuchado, encantadora. Supuse que eso es suficiente para que esto funcione. No tengo que amarla, pero mi madre insiste en que sería mucho más sencillo para Jun si me muestro amable y atento. Asegura que, con el tiempo, podríamos llegar a enamorarnos. No le discuto, ya que está bastante preocupada por mí.

—¿Llevas todo? —preguntó Elaine a mis espaldas. Me doy la vuelta para encontrarme con mi familia. Mis tíos, Lorenzo y Roxanne Moretti, aunque no somos parientes por consanguinidad, lideran la mafia italiana y tienen dos hijos: Angelo y Emanuele. El primero está a punto de regresar de una organización criminal en Grecia, y el segundo lleva más de medio año en Venezuela.

Junto a mis hermanas están sus esposos e hijos. Alicia solo tiene uno: Stephan Coppola. Era la copia de Camillo. Mi hermana Elaine, en cambio, tiene tres hijos. Los trillizos Maxim, Nico y Aster Coppola. Los dos varones eran iguales a Marcello, pero Aster ha salido igual a mi hermana. Al lado de todos ellos está mi abuelo, Lucios Smirnov, el padre de mi madre. Nunca conocí a mi otro abuelo, Dimitri Voronin. Murió mucho antes de que yo naciera, pero he escuchado muchas historias fascinantes sobre él. Lo admiro y respeto en partes iguales.

—Sí. Llevo todo. —Mis padres encabezaban el conjunto. Papá está serio, pero hay un brillo peculiar en sus ojos. Por otro lado, mi madre me sonríe. Voy a extrañar verla todos los días. Voy a extrañarlos a todos—. Mi vuelo sale en quince minutos —digo queriendo acortar lo más posible la despedida. Odiaba hacerlo. Me di cuenta de ello cuando tuve que decirles adiós a mis dos únicos primos por cinco años, pero ahora quién sabe cuándo los veré de nuevo.

—Está bien —dice Alicia, ya sabiendo cómo soy—. Solo cuídate mucho. No hagas travesuras. Y mantennos al tanto de todo.

Sonrío. A mis quince años, antes de que mis primos se fueran, descubrí que era muy bueno metiéndome en problemas. O convenciéndolos a ellos para que me acompañaran a hacer alguna que otra travesura. Pero luego de que se fueron, las ganas y la emoción de ser atrapado ya no eran las mismas. Supongo que el mudarme a otro país tal vez reavive mis deseos de meterme en problemas. Claro, no haré nada que pudiera perjudicar la alianza ni a mi familia.

—Haré lo posible —prometo.

Abrazo a mis hermanas y sobrinos. Luego estrecho las manos de Camillo y Marcello. Por último, me despido de mi abuelo y mis padres. Antes de dar el último paso hacia el exterior, le echo un último vistazo a mi familia, grabando en mi mente cada una de sus miradas y expresiones. Será la última vez que los vea en un largo tiempo.

~

ME DUELEN LA ESPALDA, las piernas y el cuello. Han sido quince jodidas horas de vuelo. Siento que me quedaré sin cintura si continúo un segundo más sentado en este *jet*. En cuanto la azafata me dice que puedo bajarme del avión, lo hago.

Estiro cada músculo de mi cuerpo antes de bajar por la escalera con solo un bolso de viaje en la mano. Según mis cuentas, son las ocho de la mañana. En Rusia ya es bien entrada la noche. Al pie de la escalera me esperan tres hombres vestidos con trajes negros elegantes. Deben ser parte del grupo de seguridad del señor Shinoda. Aún no sé su nombre; supongo que es alguna tradición japonesa en la mafia.

—Señor Voronin. Bienvenido —dice el hombre más cercano a mí en japonés cuando bajo la escalera. He dedicado un año entero a aprender el idioma. Nada de lo que digan aquí se me puede pasar por alto.

Asiento en señal de reconocimiento, mas no digo palabra.

—El jefe quiere verlo.

Seguro que sí.

Estaba cansado, necesito una maldita ducha y tal vez cinco horas de sueño, si es que no más. Pero al parecer mi futuro suegro estaba ansioso por conocerme.

—Está bien —respondo en japonés. También extrañaría hablar en ruso.

El camino hacia la mansión de los Shinoda es largo. Ni siquiera me tomo la molestia de memorizar las calles por las que pasamos. No podría irme de aquí, no sin antes de que la señorita Shinoda lleve mi apellido.

Las calles de Japón estaban llenas de vida y colores. Nada parecido a Rusia. Son dos mundos completamente distintos.

Cuando nos detenemos frente a un gran portón negro, siento que todo a mi alrededor se ralentiza. He llegado a lo que será mi propósito de vida. La mansión Shinoda es enorme, más grande que la de mis padres, y eso ya dice mucho. Mi casa era como un castillo, ¿pero esto? Era como dos palacios en uno, y puedo ver dónde comienza todo, pero no dónde termina.

—¿En qué parte de Japón nos encontramos? —pregunto.

Shinoda mantiene la ubicación en secreto. Solo sus hombres más cercanos saben dónde vive. Por lo que sé, se limita a salir de aquí solo cuando es estrictamente necesario.

—Tokio, señor.

Asiento. Estaba dentro de mis opciones. Tokio es una de las ciudades más ricas y adineradas

en Japón.

Tomo mi bolso de viaje y bajo del coche cuando se detiene frente a la puerta de entrada. El lugar está muy custodiado. Los hombres más cercanos a mi visión portan armas de fuego cortas, pero los que están en puntos más altos llevan armas de fuego largas. Por la ubicación estratégica de todos los guardias, nadie lograría entrar o salir de aquí sin ser visto.

—Síganos, señor Voronin.

Sin otra opción, hago lo que me dicen. Observo todo lo que puedo, estudiando el lugar: los puntos ciegos en las cámaras de seguridad que logro ver, la falta de hombres en algunas zonas de la casa y cómo se concentran más en otros puntos. En esos espacios de seguro se encuentran las habitaciones de Shinoda y su hija. No sé si el hombre está casado o si tiene más hijos. Como es evidente, el mundo sabe muy poco sobre la mafia japonesa. Ni siquiera mi hermana pudo encontrar algo que no supiéramos ya.

—Por favor, deje sus zapatos aquí, señor Voronin —dice el hombre que, al parecer, han designado como mi guía y escolta.

He investigado las costumbres de este país, así que su petición no me toma por sorpresa.

Detrás del *shoji*[1] se escucha una voz varonil. Estaba hablando en inglés, pero con un fuerte acento. Deslizan el *shoji* hacia un lado, dándome paso a la habitación. Todo era igual que el resto de la casa: paredes blancas, vigas y columnas de color marrón caoba, decoraciones y plantas a donde quiera que mire.

Shinoda corta la llamada en cuanto me ve. Parecía molesto. Me inclino delante de él según sus costumbres antes de dar un paso y extender mi mano. No me acerco lo suficiente como para suponer alguna amenaza ante sus hombres, pero aun así, por el rabillo del ojo veo cómo los tres hombres que me han acompañado desde que aterricé dan un paso hacia adelante.

—Señor Shinoda, un gusto conocerlo —digo en su idioma.

—Igualmente, señor Voronin. Tome asiento, por favor.

Junto con sus hombres, nos relajamos. Habría sido de muy mal gusto tener que matar a alguno de ellos en nuestro primer encuentro. Tengo suficiente confianza en mí mismo como para haber desobedecido la orden de mi padre de traer un escolta conmigo. Sé que voy a morir en algún momento, pero sin duda no será en un país extranjero.

—Espero que haya tenido un vuelo agradable.

—Sin duda lo fue —miento descaradamente. El solo recordar todo lo que tuve que soportar sentado me hace doler las articulaciones.

Necesito una cama. Ahora. Me ponía muy irritable cuando no estoy bien descansado. Y eso no me haría quedar bien aquí.

—Espero que sus padres se sientan complacidos con la protección que tendrá aquí. Y cualquier cosa que necesite, solo dígalo.

—Por supuesto. —«Una maldita cama», eso es lo que quiero—. Y no se preocupe, mis padres saben que este lugar está bien protegido.

Bueno, exactamente no saben dónde estoy, pero conocen la reputación de Shinoda, así que eso los tiene tranquilos.

—Antes de que pueda instalarse en sus nuevos aposentos, quería hablar con usted sobre algunas cosas. —Asiento. Las formalidades han terminado. Es hora de hablar sobre negocios—. Mi hija, aunque es joven, tiene claro el motivo de su estancia aquí. Fue criada para casarse con el hijo de un líder de la mafia, por lo que no tiene que preocuparse de nada. Será obediente,

respetuosa y excelente en sus deberes como esposa.

Evito hacer una mueca ante sus palabras. No es un maldito perro de quien está hablando. Es su hija. Y la chica apenas tiene diecinueve años. Estoy seguro de que a mi madre le habría dado un infarto de haber estado aquí. Ella nunca hubiera ofrecido a mis hermanas para casarse con completos desconocidos.

—Disculpe si mi pregunta está fuera de lugar. ¿Pero ella está de acuerdo con este matrimonio? —La sonrisa en su cara se congela, lo que es suficiente respuesta para mí. Ella no está de acuerdo. Voy a casarme con una mujer que seguro intentará matarme en nuestra noche de bodas. Maravilloso.

—Por supuesto. Está entusiasmada por conocerte.

Eso es algo debatible.

—¿Cuándo podré verla?

—Hoy por la noche en la cena. —Bien, es suficiente tiempo para que pueda descansar y no comportarme como un completo idiota con ella—. Y una cosa más, tiene prohibido estar en una habitación a solas con usted.

Por poco enarco una ceja. ¿Creía que iba a violarla si llego a verla a solas? Suspiro para mis adentros, seguro es otra de sus costumbres. Pero no tiene nada de qué preocuparse, no voy a tocarla.

—De acuerdo.

Desde que tenía dieciséis años aprendí a disfrutar de mi vida sexual y el último año me tomé muy en serio tal hecho, porque sabía que pasaría un largo tiempo hasta que pudiera follar de nuevo. A pesar de que todo es un arreglo, no comenzaré algo siendo un infiel.

—Excelente. Eso es todo. Lo veré a la noche. Mis hombres lo llevarán a su habitación.

No es necesario que me lo diga dos veces. Me pongo de pie y salgo. Estoy por ponerme los zapatos, pero algo me llama la atención.

Mejor dicho, alguien.

Era joven, quizás de mi edad. Estaba vestida igual que el resto de los guardias. Es pequeña, tal vez me llega al pecho. Su cabello está recogido en una alta cola de caballo. No puedo ver más de ella, aunque está a escasos pasos frente a mí, porque tiene la cara agachada.

Hasta ahora, era la única mujer que he visto que porta un arma y viste como guardia.

Reanudo mi tarea y me calzo los zapatos. Le echo un último vistazo a la mujer antes de seguir a mis guías turísticos. Ella resalta de una manera extraña aquí, aunque no sé por qué.

Pero de igual forma no importa, no es el motivo por el cual he viajado quince horas. Ahora solo tengo que esperar un poco más para conocer a mi futura esposa.

DOS

Mei Takahashi

—Será la guardaespaldas de mi hija, ¿comprende la importancia de eso? —pregunta el señor Shinoda a pocos centímetros de mi cara. Trata de intimidarme, pero eso no va a pasar. Había sido entrenada para esto.

—Sí, señor. Lo comprendo. —Transcurren unos segundos hasta que asiente. Se aleja y ocupa el lugar frente a su escritorio.

—Tanaka me juró por su vida que eras la mejor para este trabajo. Que no había mujer más letal que tú para proteger a mi hija. Así que espero que sea así, señorita Nakamura. O tú y él pagarán con sus vidas si a mi hija le pasa algo.

No emito sonido ante su clara amenaza, pero asiento. Tanaka ha hecho su trabajo al convencer a Shinoda, lo que lo mantendrá lejos del radar de la Interpol por un tiempo. Pero en cuanto infrinja la más mínima ley, tendrá a varios agentes tras su culo.

—Uno de mis hombres te llevará a tu habitación. Pero antes de eso, quiero que conozcas a mi hija. ¿Alguna pregunta hasta ahora?

Tengo miles de hecho, pero hasta ahora solo una se relaciona con mi «trabajo».

—¿La señorita Shinoda tiene prohibido ir a algún lugar?

—Puede salir de la mansión siempre que quiera, pero no sin antes consultarlo conmigo. ¿Y dentro de la mansión? Solo la habitación de su prometido está prohibida. No puede estar a solas con él.

—Entendido.

Salgo de ahí en cuanto me despacha y sigo a uno de sus escoltas personales, Kazuki. Mientras me guía hacia la habitación de Jun Shinoda, dejo que mi mente analice la información que me ha sido dada.

El prometido de Jun Shinoda es Dima Voronin, hijo de Alexei y Anastasia Voronin. Los reyes de la mafia. Dima es mi segundo objetivo en esta misión. Y es el más peligroso. He investigado y devorado toda la información que logré encontrar sobre él. Tenía mi edad, solo era unos meses mayor que yo. Disfruta de las fiestas y del boxeo. Pasa mucho tiempo con su familia. Y en cuanto a cometer actividades ilícitas, es el que menos las esconde de las autoridades. Pero es un príncipe de la mafia, dudo que recuerde que la policía existe.

Conozco casi todos los almacenes de droga y armas que tiene bajo su custodia. Es descuidado y muy confiado, pero no por eso debo tener menos atención con él. Es listo y astuto. Es una de las razones por las que aún ninguno de los almacenes que tiene ha sido atacado. De alguna manera logra eludir a las autoridades, y no, su apellido no es la respuesta a la interrogante de cómo lo consigue.

El sonido de una risa femenina me saca de mis pensamientos. Nos estamos acercando a la habitación de Jun. He estudiado los planos de este lugar. A mí y a otros agentes nos tomó meses poder encontrar la ubicación de la mansión Shinoda. Uno de los agentes de la Interpol se infiltró como uno de los guardaespaldas de uno de los socios más cercanos a Shinoda. Tomó tres visitas para obtener un plano acertado de todo el lugar.

—¿Señorita Shinoda? —dice Kazuki—. ¿Puedo pasar?

Se escuchan unos suaves susurros detrás del *shoji* antes de que una joven mujer lo abra. Era Aiko, la acompañante de Jun. Detrás de ella se encuentra mi misión.

Jun Shinoda es hermosa y joven, apenas tenía la mayoría de edad y ya se encuentra en la posición de casarse con un hombre al que no conoce. Jun no está involucrada en ninguno de los negocios criminales de su padre, así que, cuando la entregue a la Interpol, no le pasará nada. Solo es el señuelo para coger a su padre.

—Señorita Shinoda, ella es Izumi Nakamura. Su nueva guardaespaldas.

«Izumi Nakamura».

Me estremezco internamente ante el nombre que la Interpol me ha asignado para esta misión. Para Shinoda soy una chica huérfana de veintiún años criada y entrenada por el grupo asesino más temido de Japón , lo que me vuelve la mejor arma para proteger a su hija.

Pero en la vida real era Mei Takahashi, una de las más jóvenes agentes en la sede de la Interpol aquí en Japón. Hija de Hina y Koji Takahashi, dos de los mejores agentes. Y la encargada de poner tras las rejas tanto al líder de la Yakuza como al príncipe de la mafia rusa, junto con sus padres.

Yo soy el mejor activo de la Interpol para esta misión. Soy políglota, francotiradora, estratega y criminóloga. Fui también la mejor en mi academia de entrenamiento. Y seré la mejor aquí para ganarme la confianza de Shinoda.

Me inclino ante Jun para demostrarle mi respeto.

—Para servirle, señorita Shinoda —digo.

Me saluda con el leve levantamiento de su mano y se aleja de mi campo de visión. Parecía ser tímida y reservada, lo que me será un tanto difícil el ganarme su confianza si no puedo hablar con ella.

El *shoji* se cierra y la suave conversación entre las dos chicas se reanuda.

—Estarás con la señorita todo el día y por las noches, después de que se vaya a dormir, alguien te relevará de tu puesto.

—Está bien. ¿Quién me relevará esta noche? —pregunto. Tal vez haya un patrón entre los hombres que envían; eso haría más fácil mi trabajo para sacarla de aquí.

—No lo sé. El señor Shinoda es quien lo decide. —Y con eso se va.

Mierda.

Es era un grave problema. Necesito saber quiénes me relevarán, para así investigarlos y ver cuál de ellos me será más útil.

~

SIGO a Jun y a su dama de compañía hacia el comedor principal. Me han informado que se realizará una cena de bienvenida para Dima Voronin. Esta es mi oportunidad para observar hasta el más mínimo detalle de él. Necesito analizar todo sobre su persona, incluso hasta su forma de

comer si es necesario. Tengo la información necesaria, pero nada de lo que sé me ayudará a acercarme y ganarme su confianza. Debo encontrar una brecha.

El sonido de dos voces masculinas llega a mis oídos, pero es la del fuerte acento ruso la que me hace ralentizar por un momento mis pasos. No tuve la oportunidad de escucharlo hablar cuando lo vi por la mañana, pero sí sentí su mirada sobre mí por unos eternos segundos. No tengo claro si el haber llamado su atención haría mi trabajo más fácil o no.

—Oh. Ahí está. —La felicidad en la voz del señor Shinoda es casi palpable. Parecía algo borracho—. *Musume*[1], este es Dima Voronin. Tu prometido.

Jun le hace una pequeña reverencia. Me quedo ligeramente cerca de ella, pero una mirada de su padre es suficiente orden para saber que tengo que retroceder. Adopto la misma posición que los demás escoltas en la habitación: manos detrás de la espalda y la mirada fija en un solo lugar. La pared parece ser lo único que teníamos permitido mirar. Para estas personas, nosotros no somos más que objetos que ellos mueven a su antojo.

—Es un gusto conocerlo, señor Voronin —dice Jun. Era sorprendente que no estuviera temblando como una hoja. Si yo fuera a la que estuvieran obligando a casarse, quizás ya me habría escapado sin importar las consecuencias que eso traería.

—Solo Dima, por favor. —Este se levanta de su asiento, rodea la mesa y desliza la silla de Jun hacia atrás para que pueda sentarse.

—Muchas gracias —susurra Jun.

No escucho la respuesta de Dima porque Shinoda comienza a hablar sobre un nuevo club que está por abrir y que le gustaría que él y su hija lo visitaran.

Espero unos minutos a que tal vez una señora Shinoda aparecerá, pero al parecer Shinoda no está casado. Hay muchas cosas que no sabemos de él. Como su nombre. Durante todos los años que se le ha investigado, nadie vivo parece saberlo. Se habla de él como el señor Shinoda, jefe de la Yakuza, o simplemente Shinoda.

Su nombre es un privilegio que solo tienen los que están a punto de morir por su mano. O al menos, eso es lo que decían los rumores.

Me desconecto de todo lo que hablan, al menos Dima y Shinoda, porque Jun permanece quieta en su silla como una estatua. Por mi periferia noto de lejos que está incómoda. Su dama de compañía permanece igual de inmóvil en su asiento. Se ha ubicado al lado de Jun. Casi me siento mal por ellas: ninguna de las dos ha escogido esta vida y ahora se ven obligadas a vivir en ella. Tal vez, cuando estén lejos de todo esto, puedan empezar una verdadera vida.

Un cosquilleo recorre toda mi columna vertebral. Alguien me está mirando. Sin pretenderlo, mis ojos se alejan del punto en la pared y caen en Dima Voronin, quien ya tiene la vista fija en mí.

El marrón profundo de sus iris me observa con intensidad, como si pudiera ver mi alma y descubrir cada uno de mis secretos. Su cabello es rubio y tiene suaves rizos en él, sus pestañas son largas y su mandíbula parecía haber sido cincelada por los dioses. Lleva una camisa de vestir negra, sus pantalones también eran de ese color. No hay ningún otro detalle que pueda absorber de su físico, solo el hecho de que Dima Voronin es hermoso. Dolorosamente atractivo.

Alejo la mirada de esos ojos color marrón chocolate antes de verme atrapada en ellos de modo irreversible. No han pasado más que unos segundos observándolo, pero mi corazón siente que han sido por largas horas.

Alejo esos pensamientos de mi cabeza, no puedo permitir que su atractivo me distraiga del

motivo por el cual estoy aquí. Mis padres confían en mí para esta misión. Toda una base de la Interpol lo hace.

Dima Voronin no será más que otro nombre en mi lista de hombres capturados. Eso es una promesa.

TRES

Dima Voronin Smirnov

Una semana. Siete días han transcurrido desde que me mudé a Japón y me frustra admitir que Jun no muestra ningún interés en permanecer cerca de mí. Me evita como si tuviera alguna peste de la que no soy consciente. He sido amable y atento, tal como me sugirió mi madre, pero eso no está funcionando.

En las pocas ocasiones que logré que Jun salga a caminar conmigo por los jardines de la mansión, siempre permanece en silencio. Apenas me mira. Su dama de compañía, Aiko, permanece cerca de ella en todo momento. Las pocas veces que escucho a Jun, es cuando habla y ríe con ella. Quizás se siente intimidada por mi presencia, aunque busco gustarle, solo llevarme bien con ella, tal vez incluso hacerme su amigo.

Así que hoy cambiaré de estrategia. Específicamente, cambiaré de ambiente. Sé por mis hermanas y sobrina que a las mujeres les encantan las compras y salir a divertirse. Tal vez eso es lo que necesitaba Jun. Un poco de soltura y diversión para que vea que no soy un idiota.

Me detuve frente al *shoji* de Jun. Un silencio inusual reina en la habitación, lo que me extraña, ya que a esa hora de la tarde Jun y Aiko suelen merendar entre risas. Entonces la veo a ella, de pie frente al *shoji.*

Aún no sé nada sobre ella, solo que es la guardaespaldas de mi prometida. Su mirada se encuentra con la mía fría e inexpresiva, como si todas sus emociones y reacciones estuvieran bajo llave. Lo que la hace más intrigante para mí. Por supuesto, en un aspecto profesional. Quiero saber más sobre la mujer que protegerá a mi futura esposa con su vida, si es necesario. Debo saber si es de confianza. Aunque no le manifestaré a Shinoda mis dudas de que ella sea la adecuada para el trabajo, eso sería un gran golpe a su ego.

—¿Cuál es tu nombre? —decido preguntar.

Igual que el resto de la semana, guarda silencio. Di un paso hacia ella, conteniendo la frustración.

—¿Tengo que decirte quién soy para que te dignes a responder? Esta falta de respeto está siendo muy imprudente de tu parte si aprecias tu vida. —La verdad era que me importaba una mierda su falta de respeto o imprudencia. Pero quería que respondiera a mi pregunta.

Por primera vez, una mínima expresión se dibuja en su rostro. La esquina de su ojo derecho se contrajo levemente, un espasmo imperceptible que delataba la tensión que se oculta tras su aparente indiferencia.

—Sé quién eres. Y no me importa lo que puedas hacerme. No eres mi jefe. —Alza la barbilla, desafiante. Bien, era bueno que no se intimidara fácilmente, pero mi paciencia con esta mujer estaba pendiendo de un hilo.

—No seré tu jefe, pero eres la guardaespaldas de mi prometida. Así que quiero tu maldito nombre. —Doy otro paso más cerca de ella, hasta que tiene que alzar la cabeza para sostenerme la mirada—. Ahora. O no te gustará como terminará esto.

Mi tono no dejaba espacio a discusión y, aun así, se atrevió a desafiarme de nuevo, guardando silencio por unos minutos más de lo necesario.

—Izumi Nakamura —dice entre dientes—, «señor Voronin» —escupe con desprecio.

Sí, hace unos segundos pensé que no me importaba que esta mujer me respetara, pero ahora quiero que sea mi misión personal enseñarle que me hablara con respeto. Es insolente, y voy a enseñarle que yo no soy alguien que soporte ese tipo de actitudes.

—Nakamura —digo, dejando que el veneno se deslice en cada una de las letras de su apellido—. ¿Mi prometida se encuentra desocupada? —pregunto alejándome algunos pasos, sintiéndome satisfecho por ahora con lo que había obtenido de ella.

—Está dormida.

Durmiendo por primera vez en la tarde desde que llegué aquí. Maravillosa coincidencia. De seguro fue informada por su padre de que saldríamos después de que yo hablara con él para solicitar su muy innecesario permiso, pero que aun así debía pedir para sacarla de la mansión.

—Despiértala. Dile que la veo en la salida —ordeno—. Y no aceptaré un no por respuesta.

Me alejo de ahí antes de perder los papeles. Estoy tratando de hacer las cosas bien, pero si las cosas siguen así con Jun, todo va a cambiar. Y no para bien. Tengo un límite y estoy a un salto de cruzarlo y darle motivos para creer que soy un idiota.



JUN PERMANECE TENSA a mi lado mientras el coche se desliza por las concurridas calles de Japón. Deduzco por su expresión de desconcierto, cuando se encontró conmigo en la salida de la mansión, que creyó que no la despertaría y la obligaría a salir conmigo. He estado siendo demasiado blando con ella y ya no permitiré que pisotee mi presencia.

Un cristal divisorio nos daba cierta privacidad del chofer y el guardia que va como copiloto, pero ambos podrían sentir cualquier movimiento brusco que sucediera en la parte trasera del coche. Así que estar solo en la parte de atrás con Jun no incumplía la regla de Shinoda.

—Jun —digo, pero me ignora de forma deliberada—. Te sugiero que me mires cuando te hablo. —La dureza de mi voz parece sorprenderla, ya que se sobresalta y me mira.

No disfruto siendo un cabrón con las mujeres, pero necesito que esto funcione. Y sé que, aunque se queje con su padre por mi forma de tratarla, él no hará nada. Esta alianza lo beneficia tanto como a mí. Así que no le importa cómo la trate, siempre y cuando ella llegue virgen al matrimonio.

—Eso está mejor. —Sonrío por un momento antes de continuar—. Escúchame bien, porque solo te lo advertiré una vez. Comienza a cambiar la manera en que me tratas o esto se pondrá feo para ti. No quiero pasar de ti y solo tratarte como a una muñeca. Quiero que ambos podamos tener voz en este arreglo y discutir todo como dos personas adultas. ¿Entiendes? —Su mirada no se aparta de la mía, así que veo el momento exacto en el que la esperanza brilla en sus ojos—. No quiero ser tu enemigo. En el mejor de los casos, quiero ser lo contrario a eso.

Deja salir un suspiro tembloroso.

—Comprendo. Lo siento por mi forma de comportarme. —Un poco de la tensión que se

estuvo acumulando todos estos días en mi interior se disipa. Bien, era un avance—. Es que simplemente… Yo no quería esto.

Asiento, comprendiendo.

—Lo sé. Tu padre no me lo dijo de forma directa, pero sé que no estabas de acuerdo con este arreglo. Y lo siento por eso. —Baja la mirada con evidente tristeza, pero luego se recupera—. Te prometo que haré lo mejor para ser un buen esposo para ti, Jun. Una vez casados, podrás hacer lo que quieras. No estarás en otra jaula de oro.

Porque exactamente eso es esa mansión. Una prisión para ella. Sí, puede salir siempre que quisiera, pero con una horda de escoltas y con previa autorización de su padre. No puede hacer nada sin que alguien más lo sepa.

—¿Después de que nos casemos viviremos en Rusia?

Mi respuesta inmediata es decirle que sí, pero esa es una decisión en la que ella no ha participado.

—¿Eso te gustaría? ¿O quieres quedarte aquí en Japón?

Tengo una solución para ambas opciones. Pero, personalmente, me gustaría vivir en Rusia, disfruto estar cerca de mi familia.

Se encoge de hombros y mira por la ventanilla.

—He escuchado que tu familia es maravillosa. Cálida y alegre —susurra—. Me gustaría estar cerca de algo así por primera vez en mi vida.

El toque anhelante en su voz es claro.

—Entonces está decidido. Viviremos en Rusia.

Transcurre un momento en silencio antes de que vuelva a hablar.

—¿Puedo poner una condición? —pregunta sin mirarme.

—Si eso es lo que quieres.

—Aiko vendrá con nosotros. Es la única amiga que tengo.

Asiento a pesar de que no puede verme.

—Está bien. No tengo problema con eso.

Por primera vez en días, me permito relajarme y suspirar de alivio. No lo he jodido, y tengo esperanzas de no hacerlo.

—Y quisiera ir al centro comercial. —Me dedica una pequeña sonrisa antes de volver a mirar por la ventanilla.

Le hago saber su petición al chofer antes de sacar mi teléfono y responder el mensaje de texto que Alicia me envió ayer por la noche, preguntándome cómo va todo.

«Yo: Todo en orden. Nada de qué preocuparse. Y si lo hay, me abstendré de pedir tus consejos en cuanto a relaciones».

Sonrío para mis adentros al imaginar la reacción de mi hermana. Seguro irá a quejarse con Elaine acerca de mí, diciendo que sus consejos amorosos son los mejores.

Eso es discutible, pero al menos todo va sobre ruedas, por fin.

CUATRO

Mei Takahashi

Han pasado solo unos días desde que Dima se llevó a Jun de la mansión, y desde entonces se la ve más cómoda a su lado. Incluso se ha reído un par de veces en su presencia, señal de que la conversación durante el trayecto al centro comercial ha aligerado la tensión entre ellos.

Aiko sigue igual de inmutable ante la presencia de Dima. Sin embargo, al observar su lenguaje corporal en una de las tardes en que Voronin y su prometida salieron a caminar por los jardines, la dama de compañía de Jun se ve más relajada en su presencia.

Supongo que esos cambios significan que la alianza entre la mafia rusa y japonesa va por buen camino.

Hoy será la primera vez que Shinoda, su hija y Voronin aparecerán juntos en público, como la familia que van a ser. Irán a la inauguración de un club que pertenece a Shinoda.

Me frustra saber que los señores Voronin no vendrán a Japón hasta el día de la boda. Para la cual aún no hay fecha. Desconozco el plazo para sellar la alianza, si es que lo hay.

Odio usar las palabras «no sé» porque en mi campo de trabajo yo debo saberlo todo sobre mis objetivos, pero hay información que ni el *hacker* más experimentado del mundo podría conseguir. Se supone que uno de los objetivos de mi misión es ganarme la confianza tanto de la señorita Shinoda como de Voronin. Con la primera he logrado algunos avances, pero con el segundo no he conseguido ningún acercamiento.

Hay algo en Dima que me hace actuar antes de siquiera pensar dos veces lo que voy a decir o hacer. Me hace una persona impulsiva. Y yo «no» lo soy. Analizaba todos los pros y contras de una decisión o una acción. Me apego a cada palabra de las estrategias que previamente he estudiado y calificado como la mejor para conseguir mi objetivo.

Y con Dima ninguna de las estrategias que he planeado funciona, aunque ni siquiera he llegado al paso de «ponerlo en acción». Todas se fueron por la borda cuando nos miramos en la primera cena que tuvo con su prometida y su futuro suegro.

Dima es demasiado astuto como para que el ser amable o tratar de seducirlo funcione. Porque «a», le importa una mierda si las personas son amables o no con él; y «b», porque le importa demasiado el apellido de su familia como para poner en riesgo esta alianza solo por un revolcón. Bueno, no es como si de verdad me fuera a acostar con él si se me diera la oportunidad, solo lo drogaría y a la mañana siguiente le haría creer que pasó la mejor noche de su vida. Y así, si me convertía en su «amante», me ganaría su confianza y podría tener acceso completo a él y a su familia.

Pero ahora ese plan no sirve. Voronin no me tocaría ni siquiera con un palo de tres metros.

Le agrado tanto como yo a él. Es decir, ni un poco.

Así que debo buscar otra estrategia. Aunque hasta ahora, la idea de drogarlo e intervenir sus dispositivos móviles parecía muy tentadora. Eso no era muy legal que digamos, pero mis jefes harían la vista gorda si consigo información valiosa para ellos.

Y tal vez esta noche pueda poner ese plan en marcha. Porque, según las estadísticas, es muy probable que cinco de diez personas terminen drogadas por alguna sustancia en sus bebidas.

Así que sería una coincidencia que una de esas cinco personas en las estadísticas fuera mi muy estimado Voronin.

Sí, sin duda que sí.

Ajusto la correa del arma en mi muslo, asegurándome de que esté fija en su lugar. Esta noche no usaré mi usual uniforme, ya que se me había ordenado mezclarme con el público del club, así podría vigilar a Jun sin llamar la atención. He optado por un sencillo vestido negro y unas botas de tacón grueso; por otro lado, mi cabello sigue sujeto por una coleta común, y de maquillaje utilicé sombras oscuras, lo que resaltaba el gris de mis ojos.

Es una rareza para mi familia el que naciera con ojos claros, ellos sospechan que tal cambio en la genética se debe a algún pariente lejano. El resto de mí es igual que el de cualquier otra mujer japonesa. Cabello marrón oscuro, facciones delicadas y ojos ligeramente achinados.

Estaba lista no solo para cuidar de Jun por a lo mejor largas horas, sino para tener una pequeña reunión con mi jefe. Mi verdadero jefe. Quien es la cabeza de la sede de la Interpol aquí en Japón. Quiere un informe detallado de la última semana.

Tengo un teléfono de esos desechables para hablar con mi equipo, pero es arriesgado decir cualquier información valiosa a través de los dispositivos electrónicos. No confío en ellos. Así que hemos acordado reunirnos hoy en el club. Debo escabullirme, así que encontraré la manera de hacerlo sin que nadie se dé cuenta.

Salgo de mi habitación, ubicada en la parte trasera de la casa junto a las demás del equipo de seguridad. La habitación de Jun se encuentra en el medio de la mansión, junto a la de su padre, las que están ni muy lejos ni muy cerca de la entrada a la casa, lo cual es perfecto a la hora de la seguridad.

Casi me detengo cuando veo a una figura alta de pie frente al *shoji* de Jun, esperando. He evitado estar a solas con Dima en más de una ocasión, pero tal vez este es el momento de sacar la bandera blanca y pedir tregua. Necesito hacer mi trabajo si no quiero que mi jefe envíe a alguien más a hacerlo.

—Señor Voronin —saludo, deteniéndome a su lado, manteniendo una debida distancia. No solo por la diferencia en la jerarquía, sino porque el simple hecho de estar a solas con él me hace querer salirme de mi piel por alguna razón desconocida.

—Señorita Nakamura —responde con un tono de voz que me recuerda lo que pasó la última vez que estuvimos frente a este *shoji.*

Yo lo desafié, desobedeciendo su orden directa, y eso no le gustó ni un poco.

Y podía decir que sin duda alguna sigue disgustado conmigo, no es necesario ser un agente para darse cuenta de eso.

—Creo que comenzamos con el pie izquierdo. ¿Qué tal si lo intentamos de nuevo? —Decido extender la rama de olivo, esperando que la acepte.

—Hmmm.

La firmeza de mi decisión flanquea. ¿Qué significaba ese «Hmmm»? ¿Acepta mi tregua o no?

—¿Significa que acepta mi tregua? —pregunto, arrastrando mi orgullo y dignidad.

Transcurren unos silenciosos segundos, en los que solo escucho el suave murmullo de la conversación que Jun y Aiko mantienen detrás del *shoji.*

—No.

Miro dos veces en su dirección sin poder creer su respuesta.

—¿No?

—Eso fue lo que dije.

—¿Por qué no? —Me paro frente a él, queriendo ver su expresión, pero no hay más que una máscara de hielo.

Sus rizos están ligeramente alborotados, lleva una camisa de vestir negra y pantalones de vestir del mismo color. Es la viva imagen de su padre, solo que más joven. Lo único que tal vez los diferencia es que Dima no tiene tatuajes, al menos a simple vista.

—No me agradas.

Su respuesta me tiene con la boca abierta por unos segundos.

—No estamos en la escuela para esas tonterías. —Me cruzo de brazos, olvidando todo sobre la tregua: me había molestado que no aceptara mi oferta.

Una de sus cejas marrón claro se alza.

—Eso debiste recordarlo antes de ignorar cada una de mis órdenes y dirigirte a mí sin muestra de respeto alguno.

—Eso fue un malentendido —miento de modo descarado y él parece darse cuenta.

—¿Las veinte veces seguidas? Lo dudo mucho, señorita Nakamura. Le sugiero que regrese a su posición y espere en silencio a que mi prometida salga. —Da un paso en mi dirección, reduciendo la distancia entre nuestros cuerpos—. Pero antes de que lo haga, permítame decirle esto: no habrá tregua entre nosotros, usted comenzó y yo lo voy a terminar, preferiblemente, con usted suplicando misericordia.

Un nudo se forma en mi garganta; no está diciendo lo que creo que hace, ¿o sí?

—¿Va a decirle sobre mi mal comportamiento al señor Shinoda? —pregunto en un susurro.

Eso no solo acabará con mi carrera, sino también con mi vida.

Una sonrisa de dientes completos recorre sus labios. Era el tipo de sonrisa que gritaba peligro, y yo estúpidamente me he convertido en el objetivo de ella.

—Usted misma lo dijo: no estamos en la escuela. Pero sí voy a remover cada bloque de su vida hasta que no quede nada de usted, solo la cáscara vacía que aparenta ser.

Paso saliva y regreso a mi antigua posición: a su lado y con las manos atrás de la espalda, mirando de manera fija el *shoji.*

He cometido un muy grave error al desafiar a Dima la primera vez que me preguntó mi nombre. Debí ceder desde un principio y comportarme como una buena subordinada, pero no puedo. No con él.

Y ahora estoy bajo su mira, y sé que nada bueno saldría de eso.

Estoy en jodidos graves problemas.

CINCO

Dima Voronin Smirnov

Nos detenemos frente al club luego de media hora de trayecto. Los *flashes* de las cámaras brillan a través de los vidrios tintados del coche. Esta noche será una jodida molestia. Sin embargo, es necesaria si quiero ganarme el respeto de Shinoda. Porque para él, yo no soy más que un medio para un fin.

—¿Estás lista? —le pregunto a Jun mientras tomo su mano.

Los últimos días hemos logrado conocernos un poco mejor. Puedo decir que es alguien agradable, aunque tímida y reservada. Pero podía trabajar con ello.

Ya no huía de mí y ni se queda tiesa como una estatua a mi lado. Es un cambio agradable.

—Sí. —Me da una pequeña sonrisa y asiente.

Salimos del coche y, de inmediato, somos rodeados por el sonido de las cámaras y las voces que preguntan sobre nuestro compromiso.

Shinoda camina frente a nosotros, sonriendo y respondiendo algunas preguntas. Intento no parecer tenso y relajar mi expresión, pero lo cierto es que odio los eventos como este. No me gusta estar en el ojo público.

A mi lado, Jun camina con gracia, manteniendo una pequeña sonrisa en los labios. Su brazo está enganchado al mío, y mi mano descansa sobre el suyo. Seguro mañana apareceremos en todas las revistas de chismes, del tipo que lee mi sobrina Aster. Casi puedo escucharla gritando cuando viera la foto; se volverá loca.

A nuestra espalda van algunos hombres de Shinoda, Izumi y Aiko. Esta última siempre acompañaba a Jun a cualquier parte, y en cuanto a Izumi… Bueno, aún le estoy dando vueltas a nuestra pequeña conversación antes de venir aquí.

¿Creyó que olvidaría en un abrir y cerrar de ojos lo irrespetuosa y grosera que ha sido conmigo toda la semana? Si fue así, qué equivocada está. No me importa si estoy siendo un mocoso malcriado, voy a molestarla de todas las formas posibles y a escarbar en su vida hasta encontrar algo jugoso con lo que atormentarla.

Cumpliré mi palabra de convertirla en la cáscara vacía que, al parecer, tiene muchas ganas de ser.

Cuando atravesamos la manada de fotógrafos y entramos al club, todo a mi alrededor se vuelve luces de colores y se llena de un estridente sonido.

Este es un club para gente de élite, por lo que me ha dicho Shinoda, pero eso no significa que tuviera que ser aburrido.

Sobre las tarimas bailan mujeres, y en la gran pista de baile se reúne una llamativa multitud, desde los hijos de destacados empresarios hasta peligrosos narcotraficantes. Todos los que tienen

más de cinco ceros en su cuenta bancaria son bienvenidos en este lugar.

Hay dos pisos además del principal; el primero está reservado para la zona VIP, y el segundo ofrece privacidad, ya sea para negocios o placer.

—¿Qué te parece? —me pregunta Shinoda al oído, tenía una gran sonrisa en el rostro. Parecía fascinado por este lugar.

Vuelvo a mirar a mi alrededor, tratando de encontrar lo que lo hacía fascinante para él. Para mí es igual a muchos clubes de élite en los que he estado.

—Increíble. El lugar es sorprendente. —Su sonrisa se ensancha al oírlo.

—Diviértanse. La casa invita —dice antes de irse y palmear mi hombro.

Se ve mucho más relajado en este ambiente que en la mansión, al parecer, es un hombre de fiestas y desorden.

—¿Quieres algo de beber? —le grito a Jun al oído.

Niega.

—¿Puedo ir a bailar con Aiko? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Si quieres. Voy a estar arriba. —Señalo la zona vip por si no la había visto.

Asiente antes de tomar a su dama de compañía de la mano y dirigirse a la pista.

Me doy la vuelta, encontrando a Izumi quieta en su lugar.

—Vigílala —ordeno. No espero a que me responda, así que me alejo en dirección a las escaleras.

Le doy mi nombre al guardia de seguridad y este me permite subir de inmediato. Hay varios palcos vacíos, así que elijo uno que me permita ver la pista de baile.

Tomo asiento y saco mi teléfono; es tarde, pero necesito hablar con mi hermana Alicia. Antes de que pueda marcar su número, se me acerca una mujer.

—Bienvenido, señor Voronin. Esta noche seré su mesera. ¿Le gustaría algo para beber?

—Ron, por favor. —Asiente y se retira.

Me pongo el teléfono en la oreja, esperando que atienda, pero tengo que llamar por segunda vez.

—Dima, ¿estás bien? —Escucho que su voz está jadeante y no ronca por el sueño, como imaginé que estaría.

—¿Interrumpo algo? —digo con una sonrisa, sabiendo que puede escucharla a través del teléfono.

—Idiota —murmura. Río al escuchar la voz de Camillo de fondo, maldiciéndome en italiano —. Espero que no hayas llamado solo para saludar.

—Auch. Y creí yo que ya me extrañabas —bromeo. La mesera regresa con mi bebida y luego se va—. De hecho, llamé porque necesito un favor.

—Y aquí estaba yo pensando que tal vez sí extrañabas a tu hermana favorita. —Sonrío. Desde que tengo memoria, Elaine y Alicia han competido por convertirse en mi hermana favorita, pero lo cierto es que aunque nunca se los diría, porque es divertido ver cómo competían, las amo a ambas por igual.

—Tal vez lo seas si me ayudas —digo siguiéndole el juego.

Suspira y se escucha algo de fondo, como si se estuviera acomodando en la cama.

—Dime en qué puedo ayudarte.

—Necesito que investigues a alguien. Específicamente, a quien cuida de mi prometida.

—Oh, ¿ya empezaron los celos? ¿Te gusta acaso? —Escucho la sonrisa en su voz.

—No y no. Me agrada, sí, pero nada más hasta ahí. Y es mujer su guardaespaldas.

—Oh. Eso no me lo esperaba. Supongo que el señor Shinoda no se siente cómodo sabiendo que un hombre vigila a su hija todo el tiempo.

—Sí, deduzco lo mismo. Su nombre es Izumi Nakamura.

—Está bien, dame un minuto.

Alicia siempre tiene su ordenador a la mano. Uno de sus trabajos como líder de su propia organización, Olor Níger, es investigar a fondo sus próximos objetivos para destruirlos. Siempre hay alguien nuevo con quien acabar.

—¿Cómo están nuestros padres y los chicos? —pregunto.

Todos somos contemporáneos. Apenas soy mayor que mis sobrinos por unos meses. Mi madre me tuvo casi a los cincuenta años, lo que explica la gran diferencia de edad entre mis hermanas y yo. Elaine y ella pasaron todo el embarazo juntas, ya que solo había unos meses de diferencia entre ambos embarazos. Mi hermana Alicia tuvo a su único hijo un tiempo después.

—Mamá y papá están bien. Ya comenzaron a organizar todo para nuestra «coronación». Quieren dejar todo en orden antes de retirarse —responde; puedo escuchar el sonido de las teclas de su ordenador al fondo. Asiento a pesar de que no puede verme—. Y los chicos están bien. Stephan ya comenzó con sus prácticas en el hospital de mamá. —Stephan fue el único hasta ahora que ha decidido seguir los pasos de mamá, y aunque aún está indeciso sobre en qué especializarse, sabe que quiere ser un gran doctor—. Aster está entrenando como loca tratando de ignorar a Angelo lo más posible. Todos los encuentros que han tenido han terminado con ella gritando «vete al infierno». —Hago una mueca al escucharla. Aster ha sacado el carácter de los italianos más que cualquiera de mis otros sobrinos: era indomable.

—No te sorprendas si un día intenta apuñalarlo con uno de sus patines.

Ríe.

—En realidad, casi lo hizo. Por suerte, las cuchillas tenían el protector puesto.

Amo a mi sobrina, pero está loca.

—¿Y los demás?

—Nico y Maxim están comenzando a tener algunas responsabilidades en la empresa de Camillo y Marcello. Y a Emanuele, bueno. Citando sus palabras; dice que su prometida es una fiera y que no la soporta. Que su padre la deja hacer lo que quiere y que no tiene límites.

—Entonces, a mí me tocó fácil, ¿eh? —Río—. Jun es bastante tímida. Hoy es la primera vez que salimos en público ante la sociedad.

—Sí, leí en algunos tabloides que esta noche sería su primera salida como pareja oficial. Irían a la inauguración de un club, ¿no?

—Sí. Estoy en el club, de hecho. —Miro hacia la pista de baile, encontrando fácilmente a Jun bailando con Aiko de forma animada. A unos cuantos pasos, alejada de ellas, se encuentra Izumi. Está recostada en una viga, mirando todo a su alrededor. Las luces de colores crean sombras extrañas en su rostro.

Tiene el ceño fruncido y los labios ligeramente tensos. El vestido negro que ha escogido se ajusta a su cuerpo como una segunda piel, resaltando sus curvas y su busto. Cuando estuvo frente a mí horas atrás, me di cuenta de que estaba usando zapatos de tacón, pero aun así, apenas me llegaba al hombro.

—¿Dima? —El sonido de la voz de mi hermana me hace apartar la mirada de Izumi como si me hubieran atrapado en medio de una travesura.

—¿Sí?

—Dije que encontré algo sobre esa chica.

—¿Qué tienes? —Me termino lo que queda del ron en mi vaso y pido otro.

—Tiene veintiún años. Es huérfana. Sus padres murieron en un accidente de coche cuando tenía cuatro años. No tiene familiares vivos, por lo que fue acogida por Servicios Sociales, pero se escapó varias veces hasta que terminó en una organización criminal de Tokio llamada «Escarlata». Fue entrenada y se convirtió en una de las mejores asesinas de la organización. Ha sido contratada varias veces para hacer de sicaria.

Sin familiares. Ese es un problema.

—¿Puedes conseguir alguna dirección de residencia? ¿O su expediente médico? Incluso me conformo con saber si es alérgica a algo.

La línea permanece unos segundos en silencio.

—¿Por qué tanto interés en ella, Dima? —Puedo escuchar la sospecha en su voz.

—No me agrada —respondo como el malcriado que al parecer soy—. Ella me faltó el respeto, ni siquiera intentó disimularlo. Y es irritante que no pueda hacer nada directamente, porque no soy su jefe.

—¿Entonces buscas molestarla?

Miro en la dirección en la que sé que se encuentra. Sigue vigilando a las chicas.

—Sí.

—Así que si te digo que encontré a lo que es alérgica, ¿vas a provocarle una reacción?

Medito unos segundos en silencio, pero ambos sabemos la respuesta. Sonrío.

—Una reacción alérgica no mata a nadie si se está preparado. Prometo que estaré ahí para atenderla.

—Dijiste que no te meterías en problemas.

—Dije que lo intentaría. Y es una pequeña broma para enseñarle modales.

—Puedes matarla si no actúas a tiempo.

—No lo haré.

Suspira, y sé de inmediato que gané.

—Bien. Te pasaré todo lo que encuentre sobre ella. Pero sé prudente, no te dejes llevar por tus emociones.

Enarco una ceja.

—¿Tengo que recordarte cómo terminaste casada con Camillo?

—Primero, eso fue un golpe sucio. Segundo, la situación era diferente. Yo no estaba comprometida ni en medio de una alianza.

Bien, ahí tengo un punto. Así que «sí» debo ser algo prudente, pero antes me divertiré un poco.

—Está bien. Tienes mi palabra, seré cuidadoso. Gracias por ayudarme, ya puedes seguir con tus actividades nocturnas. —Escucho un «gracias a Dios» de parte de Camillo y río—. Y por cierto, mi hermana favorita es la que se apellida Coppola.

Cuelgo antes de que pueda responder. Minutos después, me envía un mensaje de texto con un enlace donde se encuentra todo lo que necesito saber sobre Izumi Nakamura.

«Alicia: Eres una pequeña mierda. Te quiero <3».

Niego riendo y le digo que también la quiero. Luego abro el enlace y busco su expediente médico. Mi sonrisa se ensancha hasta casi parecerse a la del gato sonriente de Alicia, cuando veo a lo que es alérgica: fresas y mantequilla de maní.

Oh, Izumi, debiste pensarlo dos veces antes de molestarme.

Aun con mi sonrisa en el rostro, regreso la mirada hacia el lugar donde se encuentra, solo que esta vez no se encuentra ahí. Todo rastro de diversión desaparece. Me levanto, me acerco a la barandilla y recorro el lugar con la mirada, pero sin hallar rastro de ella.

¿Dónde demonios se ha metido?

SEIS

Mei Takahashi

Miro por última vez en dirección a Dima. Está enfrascado en una conversación por teléfono, así que, con suerte, no notará que me he ido de mi puesto. Además, otros cuatro hombres están pendientes de la seguridad de Jun y Aiko, por lo que no me meteré en problemas si desaparezco solo unos cinco minutos. Al menos, eso espero.

Camino entre las personas tratando de pasar desapercibida. Hay una habitación cerca de los baños privados que solo utiliza el señor Shinoda y sus invitados especiales. Esa habitación es donde voy a esconderme, porque si me buscaban, ese será el último lugar donde lo harían. Mi jefe no ha podido venir a reunirse conmigo y, al parecer, no tengo el rango para saber el motivo de su ausencia, así que ha enviado a su segundo al mando a verme.

Decir que su segundo al mando y yo no nos llevamos bien es el eufemismo del siglo. Y esa enemistad se debe a que me han dado casos que él quería. Como el tener que atrapar al líder de la Yakuza, a Dima Voronin y a sus padres.

Miro por encima del hombro cuando llego a la puerta de la habitación, cualquiera pensaría que al ser una habitación privada estaría en el tercer piso del club, pero mis largas horas analizando el perfil del señor Shinoda me llevaron a concluir que es un hombre egocéntrico, arrogante y muy mujeriego. Esta habitación, ubicada en el primer piso le facilita estar con sus mujeres de forma rápida y discreta.

Introduzco el código de acceso, los números que mencioné esta mañana cuando mi equipo logró infiltrarse en la red de seguridad del club. Este código cambia todos los días, así que si necesito volver aquí, tendré que solicitar los nuevos dígitos. La puerta se abre con un suave clic y entro, cerrándola detrás de mí de inmediato.

He vigilado a Shinoda en todo momento para asegurarme de que se mantendrá alejado de esta habitación, al menos lo suficiente para que yo pueda entrar y salir. Y si por desgracia mi suerte cambia y él decide venir aquí mientras yo estoy adentro, alguien me avisaría. Hay unos cinco agentes de la Interpol en este club cuidándome las espaldas.

—Te tomaste tu tiempo —dice una voz desde las sombras.

Pongo los ojos en blanco ante su teatro.

—James —digo secamente—. ¿Qué tal la vida detrás de un escritorio? —Enarco una ceja mientras lo veo salir de una esquina oscura de la habitación.

Hemos escaneado cada rincón de este lugar para asegurarnos de que no hay cámaras ni micrófonos.

—Me aseguraré de que la próxima misión sea mía —responde con evidente rencor.

—El resentimiento corroe el alma, James. Así que ten cuidado. —Me siento en el borde del

escritorio de Shinoda y lo observo.

Oliver James es hijo de padres estadounidenses, ambos miembros del FBI. Es cinco años mayor que yo y tenía más tiempo en la agencia, por eso cree que es el indicado para esta misión. Y tal vez sí lo era, pero hay algo que él no tomaba en cuenta: no es mujer. Así que, citando las palabras de Katashi Yamada, mi jefe, «es más fácil que un hombre baje la guardia ante una mujer, porque las ven como seres débiles e inferiores; así que, cuando crean que estás débil, ataca y aniquílalos a todos».

Bueno, lo de aniquilar no es literal, pero se entiende lo que quiere decir. Para el señor Shinoda, James y todos los demás hombres, yo soy como una gallina en medio de una manada de lobos, cuando en realidad yo soy la loba y ellos las gallinas.

James resopla, claramente irritado.

—Terminemos con esto para que pueda irme de este lugar. ¿Qué tienes hasta ahora?

Medito unos segundos antes de responder.

—Dima Voronin va a hacer un problema. No confía en mí ni siquiera un poco, tengo la sospecha de que me investigará muy pronto. Si es que no lo hizo ya. En cuanto a la hija de Shinoda, todo va bien.

—Si Voronin te investiga, no encontrará nada.

—Su hermana es una muy buena *hacker*. Ella podría encontrar los agujeros en mis expedientes con un poco de tiempo.

—Entonces nos aseguraremos de cubrir esos agujeros. —Asiento satisfecha con lo que dice —. ¿Has logrado infiltrar algún micrófono en la habitación de Jun?

Niego.

—Considero que el riesgo es innecesario. He seguido las conversaciones entre Jun y su acompañante y nada de lo que hablan es vital para la misión.

—Pero en cualquier momento podría decir algo importante, y si no lo grabamos, se perderá.

—Estoy con Jun hasta que se duerme y regreso con ella a las cinco de la mañana. Se despierta a las ocho de la mañana, James. No hay nada que ella no diga que yo no escuche. No correré el riesgo de plantar micrófonos en su habitación.

No me niego para molestarlo, lo que dice es cierto. Para qué arriesgarme. El noventa por ciento del tiempo, Jun se la pasa en su habitación, y cuando sale, yo la sigo a donde fuera. La única oportunidad posible para plantar micrófonos sería por la noche, mientras ella duerme, pero aun así tendría que evadir al escolta que siempre está afuera de su habitación. Y no hay un patrón entre todos los que se turnan, así que no puedo ganarme a ninguno. Además, las puertas del *shoji* tienen un sistema de seguridad. Se activan a las diez de la noche y se desactivan a las ocho de la mañana. Nadie entra ni sale de esa habitación sin que toda la mansión lo sepa.

Es demasiado arriesgado espiar a una adolescente que solo habla de salidas, ropa de diseñador y su inminente boda.

—Soy tu segundo al mando, así que si te digo que plantes micrófonos en la habitación de esa niña, lo harás.

Me levanto del escritorio y me acerco a donde está. Es más alto que yo, aunque no tanto como Dima.

—No pondré en riesgo esta misión solo porque tú me lo ordenas. Y no tengo por qué obedecer tus caprichos, ya que Katashi tiene que aprobar todo en cuanto a esta misión.

—¿Así que vas a desobedecer a tu superior? —Sonríe de manera burlona—. Entonces estaré encantado cuando Katashi te retire del caso.

Me alejo de él antes de que la tentación de golpear su estúpida cara me gane, porque eso sí me metería en problemas.

—Vuélveme a ordenar algo como eso y barreré el piso contigo, James. Ya hemos terminado.

Salgo de la habitación sin mirar atrás, dirigiéndome a los baños privados. Si alguien me ve, puedo decir que me equivoqué de lugar. Sé que, a partir de ahora, James hará todo por quitarme de su camino, ya lo ha intentado antes, pero algo me dice que esta vez hará hasta lo imposible para lograrlo. Ya está cansado de mí, no le gusta que me niegue a seguir sus órdenes, pero yo sé qué es bueno y qué no para mi caso. Y sin duda sé que espiar a Jun solo sería trabajo de campo innecesario.

Solo que hay algo que dejé de mencionarle a James. Ayer por la noche, le envié a Katashi un pequeño informe sobre Jun y su vigilancia, y él estuvo de acuerdo con la conclusión a la que había llegado. No se lo mencioné antes porque quería asegurarme completamente de que Jun no estuviera involucrada más allá del arreglo matrimonial. Y podía decir que esa chica tiene tanto interés en los negocios de su padre como yo en llevarme bien con James.

Salgo del baño tras tomarme unos minutos para fingir que estoy haciendo mis necesidades. En cuanto giro en dirección a la pista de baile, buscando dónde están Jun y su acompañante, me golpeo contra algo sólido.

El pecho de un hombre.

—Lo siento mucho. —Me inclino ligeramente—. No lo vi…

—¿Dónde estabas? —El sonido de su voz detiene mis palabras de inmediato. Subo la mirada para encontrarme con la ira y la irritación de Dima.

—Estaba en el baño.

—¿Por más de cinco minutos? —Enarca una ceja mientras me recorre con la mirada como si así pudiera ver todas mis mentiras.

Miro el reloj en mi muñeca.

—Solo fueron seis minutos y medio.

Da un paso en mi dirección. El olor de su colonia llega a mi nariz, un aroma ligeramente fuerte, en el que puedo percibir notas amaderadas. Mi piel se calienta por la sensación de empujarlo y sacarlo de mi espacio personal. No me gusta cuando estamos así de cerca.

—Tengo dos hermanas y una sobrina, Izumi. Así que, al menos que te estuvieras arreglando, lo que sin duda te hubiera tomado el doble de tiempo, no estabas en el baño. Al menos, no los seis minutos y medio. —Da otro paso, acortando el espacio entre nosotros. Quiero que se aleje, lo «necesito»—. ¿Dónde estabas, Izumi?

Aparto la mirada de la suya con la intención de parecer avergonzada y de que así, con suerte, no pueda leer la mentira en mis ojos.

—Yo… —Paso saliva ruidosamente—. Tengo mi periodo, así que necesitaba un poco más de tiempo para poner todo en orden.

Busco su mirada tratando de leerlo, pero ahora solo encuentro frialdad en ella. Casi suspiro de alivio cuando se aleja de mi espacio personal, pero entonces me toma del cuello y ejerce presión en él.

Se inclina, acercando sus labios a mi oído, y susurra:

—Mentirosa.

Se aleja antes de que pueda procesar el hecho de que nuestros cuerpos se han rozado por unos segundos y de que me ha acusado de algo que es cien por ciento verdad.

Le dije a James que Dima sería un problema, pero hasta ahora no me había dado cuenta de

qué tan ciertas eran mis palabras. Traerá demasiados problemas. A mí. A la misión.

SIETE

Dima Voronin Smirnov

Golpeo el saco de boxeo con fuerza, sintiendo cómo los músculos de mis brazos se tensan por el esfuerzo. Llevo alrededor de una hora entrenando en el gimnasio. Me desperté al alba, y por más que intenté conciliar el sueño de nuevo, este nunca llegó, así que decidí aprovechar el tiempo para ejercitarme.

Llevo dos semanas en este lugar y extraño a mi familia como nunca antes. Apenas si he podido hablar con mis padres, y no se diga nada sobre mis sobrinos, estos parecieron olvidar que tienen un tío en alguna parte del mundo.

Con quienes sigo en constante contacto son mis hermanas. Ellas me mantienen al día con todo y me preguntan de vez en cuando cómo van las cosas.

En una de las pocas llamadas que he tenido con mis padres, me informaron que mis hermanas y yo seremos «coronados» en tres meses. Por lo que, al final de ese plazo, es recomendable que ya esté casado o muy cerca de estarlo. Es menos tiempo del que creí tener, si era sincero. Pero ya estoy de lleno en esto y no hay marcha atrás.

Así que tengo que comenzar a buscar un anillo de compromiso muy pronto para Jun. No importaba que ya estemos comprometidos, considero que es apropiado pedírselo formalmente. Tal vez así sienta que tiene algo de poder al decidir casarse conmigo. Y personalmente, me haría sentir un poco mejor si ella decía «sí» por voluntad propia. Cada vez que veo cómo se pierde su mirada en la nada y noto un atisbo de tristeza en ella, me siento como un hijo de puta, uno que le está arrebatando su vida entera.

Y la verdad es que lo estoy haciendo, pero como le prometí, intentaré ser un buen esposo y amigo para ella.

El sonido de varias personas entrando al gimnasio me saca de mis reflexiones. Aparto la mirada por un momento del saco de boxeo para ver que son varios hombres de Shinoda, y entre ellos, una mujer. Ella es la única en la sala.

Es la pequeña mentirosa que se escabulló en el club para ver a Dios sabe quién. Una mentirosa a la que quiero molestar a todas las horas del día.

Desde entonces, no habíamos intercambiado palabra, más allá de alguna orden mía y ella respondiendo con un condescendiente «sí, señor Voronin».

Aún no he tenido la oportunidad de llevar a cabo mi pequeña broma, pero tal vez pueda molestarla un poco ahora.

La sola idea me provoca una sonrisa. Decidiendo qué es lo que voy a hacer, me acerco a donde están todos reunidos.

—Buenos días, señor Voronin —dicen todos en coro a modo de saludo.

—No lo habíamos visto. Disculpe, señor —dice uno de ellos, inclinándose ligeramente.

—No hay problema. Sigan con lo suyo. Solo me llevaré a uno de ustedes para entrenar. —Dejo caer la mirada sobre Izumi, ha sido la única en no unirse al coro de saludo. Me acerco a donde está y me detengo frente a ella. Estamos tan cerca que tiene que estirar el cuello para mirarme a los ojos. Frente a estos hombres, no tiene la libertad de faltarme el respeto abiertamente—. Buenos días, señorita Nakamura —digo con mi sonrisa todavía en el rostro y eso parece molestarla.

—Buenos días —escupe, consciente de que la tengo acorralada. Enarco una ceja expectante —. Señor Voronin. —Inclina la cabeza en señal de respeto.

Me gusta mucho más así, dócil y obediente, que cuando suelta esa lengua venenosa suya.

—Venga a entrenar conmigo, señorita Nakamura.

Es una orden directa, pero aun así, estoy esperando que se negara para así poder castigarla. Pero no lo haría, no con este público que nos observa sin disimulo alguno.

—Como usted diga, señor Voronin.

Me doy la vuelta, sabiendo que va a seguirme. En el camino, tomo dos *rokushaku bō*[1] y me subo a una de las colchonetas que estaban acomodadas de forma paralela.

—Voy a darte una paliza por obligarme a hacer esto —susurra a mi espalda. Aún puedo sentir los ojos de los demás sobre nosotros, pero ya no pueden escucharnos.

—¿Obligarte a hacer qué? —digo dándome la vuelta. Sigo sonriendo como un idiota y no quiero detenerme, estoy disfrutando demasiado esto.

Le entrego uno de los *rokushaku bō* y dejo que se ponga en posición de ataque. Quiero ver de lo que es capaz y si es lo suficientemente buena como para proteger a Jun.

—A obedecer tus órdenes —dice antes de atacarme. Me toma solo unos segundos reaccionar y ponerme a su nivel. Es rápida y hábil, no puedo negar eso.

Sus patadas y golpes con el *rokushaku bō* solo tienen la intención de herirme. No está bromeando cuando dice que quiere darme una paliza.

Antes de que pueda predecir mi siguiente golpe, le hago una barrida con el *rokushaku bō* y cae sobre su espalda. Escucho algunos murmullos a mi espalda, así que observo a los hombres de Shinoda y los hago callar con una severa mirada. Es para mi disfrute el molestarla y derrotarla en este combate, no para ellos.

—¿Todo bien? —Le tiendo una mano para ayudarla a levantarse, pero la aparta de un manotazo y se pone de pie.

—Jódete. —Río entre dientes.

Su siguiente golpe va directo a mi costado, así que lo bloqueo, pero un segundo después una patada alcanza mi estómago. Había dejado desprotegida esa parte de mi cuerpo al protegerme de su otro golpe.

—¡Astuta! —exclamo a la vez que obligo a que mis pulmones tomen aire.

Nos movemos en una danza de patadas y estocadas con nuestros *rokushaku bō* durante varios minutos. Mi cuerpo está adolorido, me palpitan las costillas, la rodilla derecha resentida y el estómago convertido en su punto favorito para golpearme. Pero ella tampoco está en mejor condición; cojea de una pierna y le he asestado un par de veces en las costillas, incluso en una oportunidad, logro colocarme detrás de ella y la azoto en el culo con el bastón largo de madera. Eso me gana una retahíla de insultos y un puñetazo en la mejilla.

Me acerco, listo para el golpe final y terminar con esto, cuando su bastón golpea mi rodilla

sensible, lo que me hace perder la concentración por unos valiosos segundos, y golpea con fuerza mi parte baja con su rodilla buena. Caigo de rodillas frente a ella, jadeando y jodidamente adolorido. Me apunta a la garganta, dejando muy en claro mi ahora desventajosa posición en este combate.

—Dije que iba a darte una paliza —afirma entre jadeos, tenía una sonrisa en el rostro que gritaba satisfacción. Era la primera vez que la veía sonreír.

—*Touché* —digo con mi sonrisa de vuelta.

He perdido ante ella, pero ahora sé que es una digna oponente para mí y eso hace más divertido todo este asunto.

—No vuelvas a obligarme a obedecerte. O el próximo golpe que recibas en tus pelotas cuando entrenemos será por un cuchillo.

Mi sonrisa se ensancha.

—Haré un intento.

Me pongo de pie y retrocedo un paso. Los hombres de Shinoda parecen convenientemente muy concentrados en entrenar. No me avergüenza haber perdido contra ella, porque un verdadero hombre no debería sentirse así. Izumi es una mujer astuta, y ahora tendré en cuenta que no debo subestimarla.

—Nos estaremos viendo por ahí, señorita Nakamura. —Le doy la espalda y avanzo un par de pasos, pero aun sabiendo que puede escucharme, digo—: Buen trabajo.

Ese tal vez sea el único cumplido que reciba de mí.

Regreso a mi habitación a darme una ducha y prepararme para el resto del día. Hoy tengo una cita con Jun. Quiere enseñarme su invernadero, que se encuentra en una parte alejada de la mansión, una zona que no he visitado hasta ahora.

Pero cuando llega la hora de ir con ella y la escucho hablar sobre flores. hierbas y nombres que nunca podría memorizar, me sorprendo pensando en que mañana será fin de semana. Es el único momento en que los escoltas personales de Shinoda pueden comer con nosotros en la mesa. Es una manera de recordarles a todos los hombres que trabajan para Shinoda que, a pesar de que se les exige y trata con mano dura, son de la familia.

E Izumi comerá mañana con nosotros por primera vez, ya que Shinoda ha indicado que ya es hora de incluirla. Aunque solo lleva dos semanas aquí, él sabe que en una situación de vida o muerte, lo único que mantendría con vida a su hija sería Izumi, y por eso la respeta. No todos están dispuestos a dar su vida por la de alguien más.

OCHO

Mei Takahashi

Me duele todo el maldito cuerpo.

Sí, ha sido increíblemente satisfactorio vencer a Dima y verlo de rodillas frente a mí, pero mi cuerpo no opina lo mismo. Me ejercito y entreno todos los días para mantenerme en forma, pero ha pasado un tiempo desde que practico las artes marciales de manera intensa. Sé que Dima tiene todo tipo de entrenamiento, pero no creo que sea tan bueno.

Después de que Dima se fue ayer del gimnasio, el resto de los hombres de Shinoda se acercaron y me felicitaron. Como si ganarle a un Voronin en un combate fuera un logro legendario. Sobra decir que ninguno de esos hombres me trata más de lo estrictamente necesario. Soy la única mujer en el cuerpo de seguridad de Shinoda, porque el resto de las mujeres en la mansión se encargan de mantener todo limpio, cocinar y atender la lavandería.

Y todos, excepto Shinoda y Dima, creen que ese también es mi lugar. Un pensamiento, debo decir, un tanto retrógrado.

Salgo de mi habitación y me dirijo al comedor. El resto del día de ayer me la pasé de pie frente a las puertas de un invernadero, escuchando pequeños fragmentos de las conversaciones entre Dima y Jun. Creo que, hasta ahora, esa ha sido mi tarde más aburrida. No me he vuelto a poner en contacto con Katashi ni James porque no tengo ninguna información valiosa para entregarles, pero eso está a punto de cambiar.

Esta noche, mientras Dima se emborracha con Shinoda y sus hombres —algo que ya es una rutina— me escabulliré a su habitación para plantar cámaras y micrófonos. Y para asegurarme de que Dima no aparezca de sorpresa y me atrape, pondré una pequeña cantidad de alucinógeno en su bebida.

Cuando llego al comedor, casi todos los hombres de Shinoda estaban ya ahí. Frente a cada silla hay un nombre, y descubro que me han ubicado al lado de Jun, quien está sentada a la izquierda de su padre, quien ocupaba la cabecera.

—Buenos días, señor. —Me inclino en señal de respeto.

—Buenos días, Nakamura. Toma asiento, por favor.

—Gracias, señor —digo obedeciendo de inmediato.

Solo entonces me percato frente a quién me ha tocado sentarme: el maldito Dima Voronin, quien al parecer no sabe hacer otra cosa que sonreírme. ¿Por qué tiene que sonreír así? Puedo ver sus hoyuelos y cómo estos le dan un toque tierno a su expresión generalmente fría.

Dios, acabo de decirle tierno a un príncipe de la mafia que no dudaría en ponerme una bala en la cabeza si supiera quién soy en realidad. Estoy perdiendo la cabeza.

—¿Cómo estás, Izumi? —Evito por poco sobresaltarme al escuchar el susurro de Jun en mi

oído.

No hemos hablado mucho estos días, ya que ahora se la pasa casi siempre con Dima, pero cuando tiene su hora del té con Aiko, siempre me regala una taza y un par de galletas, y en ocasiones me incluyen en sus conversaciones.

Jun era una buena chica y me agradaba.

—Bien. ¿A ti cómo te va? ¿Todo bien con el compromiso? Si necesitas que le dé una paliza a Dima, solo dímelo y con gusto lo haré.

Estamos hablando lo bastante bajo como para que solo nosotras podamos escucharnos, además, con todo el ruido que están haciendo en la mesa, nadie más podría escucharnos aunque quisieran. Ya todos han comenzado a comer, así que tomo un par de panqueques y les unto algo de miel. He descubierto que a Shinoda le gusta mucho la comida americana.

El suave sonido de la risa de Jun atrae mi atención.

—Todo va bien. Dima es agradable y divertido, y debo decir que me gusta un poco. —Asiento mientras muerdo uno de mis panqueques para darle algo que hacer a mi boca y así no soltar una estupidez—. Además, escuché que ya le diste una paliza ayer en el entrenamiento.

El solo recuerdo me hace sonreír.

—Sí, lo hice. Pero si necesitas que le enseñe una lección en tu nombre, lo haré.

Vuelve a reír.

—Está bien, lo tendré en cuenta. —Comemos durante unos minutos en silencio hasta que agrega—: Quería preguntarte algo.

—Dime.

—Aiko y yo queremos tener una noche de chicas. Me gustaría que vinieras con nosotras.

Le regalo una pequeña sonrisa.

—Te agradezco la invitación, Jun, pero de igual forma tendría que acompañarte como tu guardaespaldas.

—No. Hablé con mi padre sobre esto ya, está de acuerdo en que vengas como mi invitada. Pondrá dos de sus hombres para cuidarnos.

No agrego que de igual forma, si algo pasa, tendría que cuidarla, aunque esa tarea ya no se siente como una carga más en esta misión. La protegería porque no quiero que nada le pase, ni a Aiko.

—Acepto entonces. Será un placer acompañarlas. —Termino uno de los panqueques y comienzo con el otro.

Carraspeo cuando siento una ligera molestia en la garganta que no ha estado ahí hace unos minutos, tomo el vaso de agua y me lo bebo de un trago, mas la molestia no desaparece. La sensación de falta de aire me pone en alerta.

Conozco muy bien esa sensación.

—Mierda —dejo salir entre forzadas respiraciones.

Me pongo de pie con la intención de llegar a mi habitación y tomar la epinefrina que llevaba siempre en un bolso de emergencias, pero las piernas me fallan y caigo de rodillas.

—¿Izumi? ¿Qué pasa? —Creo escuchar la voz de Jun, sonando genuinamente preocupada.

A mi alrededor se había armado un alboroto, pero no puedo concentrarme en nada en particular. Solo siento como cada parte de mi cuerpo se hincha y mi garganta se cierra.

Unas fuertes manos me toman de la cara, y logro enfocar la mirada en unos ojos que casi parecen negros. Es Dima, o al menos, eso creo.

Cierro los ojos y obligo a mis pulmones a tomar aire, pero no llega ni la más mínima porción

de oxígeno.

No podía respirar. Voy a morir por culpa de mi alergia.

Es una manera muy estúpida de acabar.

Mis padres, oh, Dios. Van a quedar completamente solos, soy su única hija…

Mis ojos se abren de golpe cuando siento un fuerte pinchazo en la pierna. No sé cuál, ya que cada centímetro de mi cuerpo arde.

Un cálido aliento recorre mi cuello hasta llegar a mi oído.

—Deberías tener cuidado con las fresas, *malen'kiy lzhets*[1]. —El fuerte acento ruso me hace estremecer, o tal vez había sido lo cerca que estuve de la muerte.

Pero sea lo que sea, me acompaña durante mi camino a la inconsciencia, en el que sus palabras se repiten como un eco.

~

ESTOY ACOSTADA en una cama que no es la mía. El suave olor a antiséptico inunda mis pulmones. Estoy en la enfermería.

Abro los ojos y me encuentro cegada de inmediato por las luces en la habitación. No estoy conectada a ningún monitor de signos vitales ni a alguna vía intravenosa, lo que me hace sencillo levantarme de la cama. Me tambaleo un poco, pero me recompongo muy rápido.

El resto de las camas en la enfermería están sin ocupar, camino hacia la entrada, encontrando en la pequeña recepción a una enfermera, que en cuanto me ve pone los ojos como platos.

—¡Señorita Nakamura, no debería estar de pie! —Me toma por los hombros y me recorre con la mirada.

—Me encuentro bien —digo tratando de sonreír—. Solo un poco cansada. Me gustaría ir a mi habitación.

La enfermera me observa con suspicacia.

—Estuviste al borde de la muerte. ¿Segura de que quieres irte a tu habitación?

—Lo estoy. No es la primera vez que me sucede esto. —Asiente y me dice que espere un momento porque va a buscar mis pertenencias. Cuando tengo devuelto mi teléfono y mi arma, me informa de que solo me trajeron aquí por precaución, puesto que la epinefrina me estabilizó a tiempo. Solo querían monitorearme mientras dormía.

Le agradezco el que me haya cuidado y me encamino a mi habitación. Le pregunto a un guardia en el camino dónde se encuentra Shinoda, Dima y Jun, y este me informa que Jun está confinada en su habitación y que Dima se encuentra en el comedor junto con Shinoda, bebiendo en compañía de otros guardias, quienes tenían la noche libre.

Cuando llego a mi habitación, me apresuro a tomar lo necesario y le aviso a mi equipo que congelen la imagen de las cámaras. El haber estado al borde de la muerte era una ventaja en este momento, porque si Dima encontraba las cámaras y micrófonos en su habitación, me aseguraría de que la posibilidad de que sospechara de mí fuera casi inexistente; yo sería la última persona en la que pensarían. Porque, según lo que le había dicho a la enfermera, me había retirado a mi habitación, y las cámaras corroborarían esa versión.

Mi habitación y la de Dima están algo alejadas, pero conozco cada pasillo de esta casa y varios atajos que casi nadie utiliza, y como no quiero ser vista por nadie, me deslizo por ellos hasta llegar a su dormitorio.

Solo las habitaciones de Jun y Shinoda tienen una alarma que se activa por las noches, así que entro sin problema alguno en la de Dima. La estética de este lugar es similar a la de mi alcoba, pero la diferencia principal es que aquí hay más espacio y que todo tiene un aire más elegante.

No pierdo el tiempo en apreciar los detalles y me pongo a trabajar. No puedo encender la luz, es demasiado arriesgado, así que saco la pequeña linterna que traje conmigo.

Tengo tres micrófonos: uno estará cerca del escritorio, otro cerca de su cama y el último cerca de la entrada de la habitación, así, si algún guardia dice algo importante, también podré escucharlo. Además, tengo dos cámaras: la primera la coloco mirando hacia el *shoji* y para la segunda busco un punto en el que pueda abarcar el resto de la habitación.

Estos micrófonos y cámaras han sido diseñados para que ninguna tecnología pueda localizarlos, salvo la que tenemos en la Interpol, y su apariencia permite camuflarlos en cualquier entorno.

Me aseguro de que todo esté en orden antes de recoger mis cosas y dirigirme a la salida, pero en el camino algo me detiene.

Una pintura.

Me acerco al pequeño cuadro, que sin duda ha sido creado por un experto. Posiblemente sea obra de Alexei Voronin, el padre de Dima, un pintor muy talentoso, según la información que tengo.

En la pintura están todos los miembros de la familia de Dima, incluido su fallecido abuelo Dimitri, el padre de Alexei. De hecho, nombraron a Dima así en honor a su abuelo. Alexei y Anastasia quisieron dar ese nombre a su último hijo en memoria de Dimitri, quien murió protegiendo a su nieta mayor, Elaine, cuando estos se encontraban en guerra con Fiorella Vitale, la madre de los hermanos Coppola.

Recorro cada rostro de la pintura, conocía cada uno de ellos de memoria. Dima está entre sus dos hermanas gemelas, abrazándolas con fuerza, haciendo que estas rían. La pintura debió haberse basado primero en una fotografía, ya que Alexei aparece en ella al lado de su esposa: un brazo rodea su cintura y ella descansa la cabeza sobre su hombro.

Es una hermosa imagen. Todos ellos, desde los Voronin Smirnov hasta los Moretti, representan el significado de la verdadera familia.

«Y tú vas a arruinarles eso».

Mi interior se estremece ante esa pequeña voz de mi conciencia. Aparto la mirada de la pintura y retomo lo que voy a hacer: salir de ahí antes de que alguien me atrape.

Regreso a mi habitación sin problemas, tomo mi *laptop* para revisar que las cámaras y micrófonos funcionen perfectamente. Si alguien intentara revisar mi ordenador, no encontraría nada, ya que está protegido por una gran variedad de códigos que solo yo conozco.

Tras asegurarme de que todo está en orden, le escribo a mi equipo para darles el visto bueno. Luego me doy una ducha para quitarme de encima el sudor de este largo día y, cuando regreso, encuentro en el monitor a Dima, sentado frente a su escritorio, tecleando en su teléfono con una pequeña sonrisa en los labios.

Lo observo por varios minutos hasta que se acomoda para dormir. Aparto la mirada en cuanto comienza a desvestirse y solo volví a mirar la pantalla cuando el susurro que me llegaba a través de la bocina de la *laptop* me hace saber que se está cubriendo con las sábanas.

Antes de que la habitación se quede por completo a oscuras, Dima observa la pintura que minutos atrás me cautivó; la mantiene en su mesa de noche, cerca de él. La observa por varios

minutos y creo ver en su rostro el anhelo. Los extraña.

Cuando todo queda a oscuras, permanezco varios minutos frente a la pantalla viendo a la nada y creo escuchar dentro de mí el susurro de esas palabras otra vez antes de caer dormida.

NUEVE

Dima Voronin Smirnov

La observo mientras tomo mi desayuno; han pasado dos días desde que le provoqué la reacción alérgica y me ha estado ignorando todo este tiempo. Sospecho que está esperando el mejor momento para vengarse. Debo confesar lo sumamente satisfactorio que fue observar cómo su máscara se hacía pedazos al darse cuenta de que no podía respirar. Por un momento, vi realmente a Izumi y no a esa cáscara vacía que finge ser.

Tal como le prometí a mi hermana, estuve preparado para actuar rápido y así evitar que muriera, porque era totalmente cierto lo que le dije: no quería matarla, solo torturarla y atormentarla un poco.

—*Otōsan*[1]. —La voz de Jun me saca de mis cavilaciones—. Me gustaría que hoy fuera ese día de chicas del que te hablé. ¿Te parece?

Me molesta demasiado que Jun tenga que pedir permiso para todo. ¿Cómo puede su padre pensar que tiene suficiente edad para casarse, pero no para salir cuando quisiera? Es irracional, por no decir estúpido, su pensamiento.

Me dan ganas de gritarle a Jun que puede hacer todo lo que quiera, pero observo lo nerviosa que sujeta sus *hashi*[2]. Mi mirada se aparta de ella cuando un leve movimiento a sus espaldas llama mi atención.

Izumi me observa con el ceño algo fruncido, parece como si ella misma también se encontrara molesta por esta escena, o su ceño se deba a que yo mismo he dejado entrever mi molestia. Sin querer saber la respuesta, devuelvo la mirada a Jun, quien aún observa expectante a su padre.

—Por supuesto, *musume*. Solo asegúrate de mantenerme informado de todo lo que harás y hacia dónde irás. —Jun asiente, obediente, y luego su padre la despacha con un movimiento de la mano, aun cuando esta no ha terminado su desayuno. Izumi sale detrás de ella segundos después.

—Irás con ellas.

—¿Disculpe? —Observo a Shinoda sin dar crédito a lo que acabo de decir.

—Lo que escuchaste, muchacho. Vas a ir con ellas y cuidarás de mi hija.

—Señor Shinoda —le respondo en un intento de aplacar el enojo en mi interior. Ese tono de condescendencia que siempre usaba conmigo me ponía un paso cada vez más cerca de cometer una estupidez—, confío en que sus hombres harán un excelente trabajo cuidándola. Ella le pidió un día de chicas y el que yo vaya estropeará eso.

—No me importa lo que pidió, irás con ella.

«Contrólate, Dima. Hazlo por tu familia».

—Entendido —digo entre dientes—. Si me disculpa —añado y me pongo de pie sin esperar su permiso, saliendo del comedor.

Necesito golpear algo de inmediato, o mejor dicho, a alguien. En lugar de darme la vuelta y satisfacer mis instintos asesinos, me dirijo a mi habitación, tomo la pequeña pintura que hizo mi padre y la observo durante lo que parecen horas.

Las palabras de mi hermana Elaine me llegan a la mente, las mismas que me dijo el mismo día que les anuncié que estaba dispuesto a casarme con la hija de Shinoda por la seguridad de nuestra familia.

«Por la familia hacemos y soportamos cosas impensables, Dima. Esta alianza no será fácil, porque para Shinoda y sus hombres no serás más que un niño enviado con la única misión de casarte y poner un heredero en el vientre de Jun. Así que no olvides esto: para nosotros eres mucho más que eso, estás sacrificando tu vida y felicidad por nosotros, así que sin importar lo que suceda allá, nosotros siempre te respaldaremos».

En ese momento creí que había dicho esas palabras para animarme, pero ahora veo cuánta razón tenía Elaine, mas eso no significaba que tomaré literalmente su última frase. Si me dejo llevar por mis emociones, podría causar la ruina del linaje Voronin Smirnov.

~

AL FINAL de la tarde salimos de la mansión de Shinoda, esta vez escoltados por más hombres. Jun y Aiko no habían sido demasiado buenas ocultando su molestia al ver que Shinoda me había enviado con ellas. Por otra parte, Izumi ni siquiera me dedica una mirada cuando me subo al coche, simplemente me ignora, y eso estaba comenzando a disgustarme demasiado.

Quiero que me devuelva el golpe como ya se ha vuelto costumbre entre nosotros, no que permanezca callada y sumisa… Así no era ella. Ahora me doy cuenta de que no me gusta esa versión de ella.

—¿A dónde iremos? —pregunto queriendo ignorar mis pensamientos. Cada vez siento que con más frecuencia se adentran en un territorio peligroso.

Mi pregunta parece animar a Jun, sentada a mi lado, mientras Aiko e Izumi están frente a nosotros. La camioneta tiene el diseño interior de una limusina, pero es más pequeña y sin duda más resistente.

—Primero a una *boutique*, donde nos están esperando para arreglarnos el cabello, maquillarnos y donde podremos escoger cualquier vestido que queramos. Y luego iremos a un club.

—¿Cuál?

—¿Cuál?

Izumi y yo nos miramos por unos breves segundos antes de apartar la mirada; formulamos la misma pregunta al mismo tiempo. Siento cómo vuelve a mirarme segundos después, pero no le devuelvo el gesto.

—Se llama Espectro. Es del hijo de un amigo de mi padre.

—Su nombre —digo más como una orden que una petición, pero tengo que saber cada detalle de hacia dónde nos dirigíamos.

—Touji Shō.

Me toma unos minutos ubicar el nombre y relacionarme con él, pero alguien es más rápido

que yo en hablar.

—Es hijo de Ren Shō, ¿no? —dice Izumi y Jun asiente—. Es un narcotraficante de armas de alto nivel, también ha sido acusado por las autoridades por malversación de fondos en varias de sus empresas y de secuestrar y violar a varias mujeres a lo largo de los años. Incluyendo entre ellas a su esposa y madre de Touji.

Permanecemos por varios minutos en silencio dentro del vehículo mientras todos observamos a Izumi, quien parece ajena al estupor en el que nos ha dejado. ¿Cómo es que tiene esa información? Era sumamente detallada y asertiva.

—¿Qué? —dice al darse cuenta de la suspicacia en mi mirada—. Solo hice mi tarea.

¿Acaso también es *hacker*? ¿O trabaja de la mano con uno? ¿Es posible que fuera «H»? Este había «ayudado» a mis hermanas años atrás; era uno de los hombres más astutos y peligrosos de nuestro mundo. No había nada que él no pudiera encontrar.

Antes de que alguno de nosotros pudiera emitir sonido alguno, llegamos a nuestro primer destino, así que mientras espero que las arreglen a todas, le escribo a mi hermana Alicia.

«**Yo:** Sé que estos días has estado ocupada, así que cuando puedas, por favor, investiga a Ren Shō y a toda su familia. Necesito confirmar algo».

No recibo respuesta y tampoco la espero, desde que se me informó que la «coronación» será en tres meses, toda mi familia ha estado hasta el cuello de trabajo. Deben dejar todo en orden para que nada se desmorone con la sucesión de poder.

Aún sé muy poco sobre Izumi, y Alicia no ha podido encontrar más información sobre ella, así que tal vez esta era otra ventana para descubrir más sobre su vida.

Y algo que también me genera curiosidad es por qué Jun va a un club donde el dueño es una escoria de ser humano. Solo espero que su hijo no fuera igual o alguien terminará muerto esta noche.

~

En este momento me siento como el mayor hijo de puta del mundo. No puedo quitarle los ojos de encima a Izumi. Está preciosa y jodidamente sexi. Y eso me hace sentir fatal, porque mi prometida está sentada a mi lado. Sí, Jun está hermosa, pero por algún motivo que aún me niego a aceptar, no puedo dejar de mirar a su guardaespaldas.

El vestido que Izumi ha elegido haría que cualquier hombre cayera de rodillas ante ella… Incluyéndome. Es rojo sangre brillante, corto, apenas cubriendo más allá del trasero. El escote, aunque no muy bajo, deja poco a la imaginación. A mi imaginación.

El vestido acentúa cada curva a la perfección. Lleva unos zapatos de tacón de aguja negros con la suela roja. Mis hermanas y Aster también tienen un par de esos.

Por otro lado, se ha dejado el cabello suelto y su rostro tiene una capa ligera de maquillaje, pero sus ojos están rodeados por sombras oscuras, lo que aviva su mirada. Sus labios están pintados con un rojo oscuro.

Por su parte, Jun elige un vestido negro de un solo hombro. El escote es algo pronunciado y el vestido la cubre hasta la mitad de los muslos. Sus tacones eran negros también, tal vez unos centímetros más altos que los de Izumi, pero estoy seguro de que ella no tendría problemas para enfrentarse en un combate cuerpo a cuerpo con once centímetros extras en los pies.

Y en cuanto a Aiko, su vestido es de un azul oscuro, el que cada vez que se mueve y la luz golpea la tela parece como si brillara. Sus zapatos son botas de tacón negro; una elección inteligente debo decir.

Nadie dice mucho más allá que unas pocas palabras las casi cinco horas que estuvimos en la *boutique*. Aún persiste como un eco lo que ha dicho Izumi. ¿Acaso Jun no lo sabe y por eso permanece en completo silencio? Y de ser así, ¿no deberíamos estar de vuelta en la mansión en vez de dirigirnos a un lugar donde tal vez ninguna de ellas se sienta del todo cómoda y segura?

Quiero preguntarle a Jun con respecto a eso, pero sé que aún no tenemos esa confianza en el otro para que me cuente sus pequeños secretos y yo los míos. Y en estos momentos tampoco me siento cómodo ejerciendo mi papel de prometido, no después de cómo he estado mirando a Izumi. Se siente como una traición a lo que me dije al principio de todo esto: no voy a tocar a otra mujer ni antes de la boda ni después de esta a menos que fuera Jun. Tengo que cumplir mi palabra o Shinoda irá por mi cabeza y luego por mi familia.

Cuando llegamos al club, estoy enfurruñado y frustrado conmigo mismo por lo débil que soy. Izumi no era más hermosa que cualquier otra mujer que haya visto. Punto. Todo se debe solo a que no he tenido sexo en mucho tiempo, quizás debería tener una cita con mi mano derecha para resolver mi problema.

Sí, eso es lo que tengo que hacer.

El club está abarrotado, y una música electrizante resuena por todo el lugar, haciendo vibrar mi cuerpo. Los escoltas se posicionan en lugares estratégicos para así no perdernos de vista. A medida que nos adentramos más en el lugar me doy cuenta de algo: todos llevan puesto un antifaz. Así que cuando nos intercepta un hombre de camino al área vip con cuatro antifaces en la mano, no me sorprendo.

—Bienvenida de nuevo, Jun. Había extrañado verte por aquí. —El hombre es joven, tal vez como de mi edad.

Ese debe ser Touji Shō.

Su mirada se desplaza hacia mí.

—Tú debes ser el prometido de Jun. —Su mirada sobre mí es de desconfianza. Bien, él tampoco me inspira ni un poco después de saber lo que hace su padre.

—Dima Voronin Smirnov. —Asiento a modo de saludo.

Una sonrisa escueta aparece en su rostro.

—Sé tu nombre. Sería un idiota si no lo supiera. Portas dos de los apellidos más poderosos que ha tenido la mafia. —No me inmuto cuando hace una elaborada reverencia y me dedica una sarcástica sonrisa—. Para servirle, su alteza.

No se me pasa por alto la burla en su tono, pero lo ignoro. No era la primera vez que me encontraba en una situación como esta.

Después de que mantiene una pequeña conversación con Jun, nos entrega a cada uno nuestro antifaz y retomamos nuestro camino. Deduzco por su breve encuentro que Jun y él son cercanos, así que es posible que ella sí supiera sobre los antecedentes del padre de su amigo.

Las chicas permanecen un rato en el palco antes de bajar a la pista de baile; yo me quedo arriba, bebiendo mientras observo a todo aquel que está a su alrededor.

Un par de horas después, Touji se me acerca y permanece a mi lado en silencio. Decido ignorarlo de nuevo, hasta que se me da por observarlo y lo descubro mirando fijamente el lugar donde una pequeña figura ataviada en un vestido rojo brillante está bailando.

—Cuidado. Tengo mucho tiempo sin sacarle los ojos a alguien. Tal vez me apetezca hacerlo

esta noche. —Lo amenazo sin poder evitarlo.

Su mirada se aparta de ella y recae en mí.

—No estaba mirando a tu prometida.

Cada músculo de mi cuerpo se crispa en molestia.

—No me importa. La amenaza va a cualquiera que mire a alguna de las tres. Están bajo mi protección.

«Muy bien, Dima. Mentirte a ti mismo es el primer ingrediente para obtener un desastre».

Ignoro a mis pensamientos, bebiendo de un solo trago un chupito de tequila que la camarera ha traído hace solo un par de minutos.

Touji bufa y se va.

Le hago una señal a la camarera y me trae otro chupito de tequila.

Genial, a este paso, ni siquiera podría cuidar de mí mismo.

Parece que faltar a mi palabra se estaba volviendo una costumbre.

DIEZ

Mei Takahashi

Fetish de Selena Gomez resuena a todo volumen en el club, y no pude evitar que mis caderas se mecieran al ritmo de la canción. Tengo un par de tragos encima. Sí, eso no es muy responsable de mi parte por estar encubierta, pero ¿qué podría encontrar aquí que fuera vital para mi misión? Nada. A menos que el haber observado a Dima disimuladamente desde que llegamos aquí fuera a ayudar en algo.

No me siento orgullosa de eso, ya que él es mi misión. Debo arrestarlo, pero, en cambio, fantaseo con cosas para las que aún no estoy tan borracha como para admitírmelas a mí misma.

Frente a donde estoy, Aiko y Jun bailan cerca de la otra. Es la primera vez que las veo comportarse de esa manera: sensuales y atrevidas. La mayor parte del tiempo Jun apenas si se atreve a alzar la mirada, y Aiko apenas si habla con alguien más que no sea su amiga. Aiko rodeaba el cuello de Jun con los brazos mientras esta la toma por las caderas, y se mecen al ritmo de la melodía. Apenas hay espacio entre ellas, de hecho, mientras más las observo, más siento que, de alguna manera, estoy invadiendo su privacidad.

No tengo nada en contra que dos mujeres bailen así, solo me sorprende un poco porque ambas son… tímidas.

Estoy por darme la vuelta cuando un par de manos me toman por la cintura; de inmediato, cada músculo de mi cuerpo se tensa.

—Suéltame —le digo a quien quiera que este detrás de mí, pero sus manos no se mueven y comienza a restregarse contra mi trasero.

Sin ganas de montar un espectáculo, sujeto ambas muñecas y tiro de ellas para apartar sus manos de mí, pero no ceden ni un milímetro. En cambio, me empujan contra un fuerte pecho. Mi corazón se acelera aún más cuando me presiona contra una muy evidente erección.

A la mierda la delicadeza.

Hundo mi codo en el estómago del hombre y al instante me suelta, profiriendo maldiciones en lo que parece ser chino. Sin pensar demasiado en lo que estoy haciendo, me doy la vuelta y le doy un puñetazo en la cara.

—Cuando alguien te dice que lo sueltes, lo haces —le escupo en chino y me largo. Podía vigilar a Aiko y a Jun desde el segundo piso del club, que era el área vip.

Dima se encuentra inclinado sobre la baranda cuando me detengo a su lado, en la mano tenía un vaso con lo que parecía ser *whisky*. Observo por encima del hombro, encontrando en nuestra mesa una gran cantidad de *shots* ya vacíos. Me vuelvo hacia él con una ceja enarcada.

—¿Estás ahogando tus penas o algo así? —pregunto de forma burlona.

—Para hacer tal cosa tendría que sentir pena por mí mismo. Y de ser así, ¿por qué lo haría?

—Sus palabras son lentas, ligeramente arrastradas, pero puedo escuchar la ironía detrás de su aparente tono indiferente—. Tengo todo lo que cualquier hombre nacido en nuestro mundo querría tener. —Termina de un trago el resto de su bebida—. Así que ahora te pregunto, Izumi, ¿por qué el que esté bebiendo como un jodido alcohólico significa para ti que estoy ahogando mis penas?

Me le quedo mirando en silencio, sus ojos son como ver y sentir al océano en medio de una tormenta. Descontrolados, fríos y salvajes. Es la primera vez que lo veo así; siempre está en control, incluso cada uno de sus movimientos parecía previamente analizado. En el poco tiempo que llevaba conociéndolo, nada parecía capaz de alterarlo. Está al tanto de lo que sucedía en Rusia; su familia ha sido objetivo de pequeños ataques, nada letal hasta ahora, pero aun así él no ha mencionado nada y seguía mostrando ante todo el mundo serenidad. Y no tengo que ser una genio para saber que Dima es una persona apegada a su familia y que el que pareciera tranquilo en tiempos como estos decía mucho sobre el control que tiene sobre sus emociones. Así que tengo curiosidad por saber qué lo ha atormentado lo suficiente como para hacerlo beber sin control alguno.

—Entonces, si no estás ahogando tus penas ahora, ¿estás haciendo un «pre-ahogo» de penas?

No sé por qué quería animarlo, solo sé que disfrutaba de nuestros pequeños enfrentamientos y prefería eso a verlo melancólico.

Una leve sonrisa tira de la comisura de sus labios. Bien, eso está mucho mejor.

—No, Izumi, no estoy haciendo tal cosa. Simplemente… estoy dejándome llevar. —El último fragmento de esa oración la dice mirándome a los ojos, aunque la intensidad de esta sobrecarga mis sentidos y me hace apartar la mirada.

Observo entre la multitud, buscando a Jun y a Aiko, pero no parecen estar por ninguna parte.

—¿Dónde…?

—En el baño —dice Dima antes de que siquiera termine de formular la pregunta—. Dos de los hombres de Shinoda fueron con ellas. Están frente a la puerta vigilando.

Tal y como ha dicho, cuando ubico la entrada del baño con la mirada, dos hombres altos y medio robustos se encuentran entre esta.

Creí que con la cantidad de licor que has ingerido apenas sabrías dónde te encuentras de pie.

Niega.

—Los rusos tenemos una alta tolerancia al alcohol, mas eso no significa que no pueda emborracharme. Y esta noche he bebido lo suficiente como para dejar de tener pensamientos racionales.

Aleja la mirada de la multitud y se gira por completo, dejando su cuerpo frente al mío. Hasta este momento no me he dado cuenta de lo cerca que estamos. Sus pestañas son largas y abundantes. Parece tener algunas pecas en los pómulos. Su nariz tiene una ligera torcedura, justo donde se encontraba el tabique. Tal vez se la ha roto una o dos veces. Y sus labios… son perfectos. Son del mismo grosor y eran de un rosado claro muy bonito…, y tentador.

Al darme cuenta de que me he quedado viendo sus labios fijamente, y él los míos, retrocedo un paso y aparto la mirada.

—Creo que ambos hemos bebido más de la cuenta. —Suelto una risa nerviosa, sintiéndome como una estúpida. Estoy a punto de besar al hombre que debo arrestar y llevar ante las autoridades.

—Pero no lo suficiente como para no saber qué es lo que quiero.

El aire se atraganta en mis pulmones, el pulso se me acelera hasta que puedo escucharlo por

encima de la música.

—Izumi…

Corro y me alejo tan rápido como puedo, bajo las escaleras de dos en dos, y en el proceso casi me rompo una pierna debido a la altura de los tacones. Pero no me detengo, no lo hago hasta que el sonido de un disparo desata el caos.



Dima Voronin Smirnov

EL SONIDO de los gritos me saca de la bruma en la que el alcohol me ha arrojado. La música se detiene y todas las personas que se encuentran en la pista de baile corren, buscando un lugar donde protegerse de los disparos. Es más de un atacante.

Derribo la mesa que se encuentra cerca de mí y me cubro con ella, al instante, dos balas la atraviesan.

—*Blyat'*. —Saco el intercomunicador del cuello de mi chaqueta y me lo pongo al oído. Debo hablar con los escoltas de Jun—. ¡Necesito que me informen de lo que está sucediendo allá abajo! —grito a través del aparato, pero otra ola de disparos impacta contra la mesa. Saco el arma de mi chaqueta y disparo hacia donde vinieron las balas, con suerte le daré a uno de los cabrones.

—¡Tenemos a la señorita Shinoda y a su acompañante! —responde uno de ellos—. ¡Masashi ya fue por el coche! —Si no recuerdo mal, es otro de los escoltas, ya que para mí todos los nombres de los hombres de Shinoda son casi imposibles de memorizar.

—Bien, sáquenlas de aquí. Shinoda les cortará la cabeza si algo le sucede a su hija. —Comienzo a disparar de nuevo cuando me atacan desde un punto a mi izquierda. Necesito salir de aquí o en cualquier momento alguna de las balas me alcanzará.

Antes de que pueda pensarlo demasiado, salgo corriendo y atravieso tan rápido como puedo todos los palcos privados hasta llegar a la barra de esta área. La barra es de granito; bien, eso servirá.

—¡Señor! ¡Señor Voronin! ¿Está bien? —Me llega más de un grito a través del intercomunicador.

Recargo el arma al mismo tiempo que grito:

—¿Qué? Creí que había sido claro. ¡Lárguense de aquí!

—No podemos dejarlo aquí, señor.

—Es una orden. —Levanto la cabeza y miro por el borde de la barra, segundos después, una bala pasa por encima de mi cabeza. ¿Es un maldito francotirador?—. Pero antes, díganme si pueden ver a Nakamura, la perdí entre la multitud cuando se desató el desastre.

La mancha de su vestido desapareció demasiado rápido como para que pudiera seguirle la pista. Estuve a nada de perseguirla cuando huyó de mí, y si no se hubiera desatado este tiroteo, lo habría hecho.

Pero si hubiera sido así, ¿qué le habría dicho? ¿Que siento como si algo se hubiera apoderado de mí y que quiero descubrir a qué saben sus labios? ¿Que quería explorar cada centímetro de su cuerpo? ¿Que por unos breves minutos estuve a nada de romper la promesa que le hice a mi familia? Sí, todo esto es una mierda. Y sin duda he bebido demasiado. A partir de ahora me

mantendré lo más lejos posible de ella. No quiero lastimar a Jun tampoco, pero más importante aún, no quiero defraudar a mi familia.

—Está en el lado sur del club, señor. Detrás de unas mesas.

—Bien. Ahora váyanse.

Al parecer, lo de mantenerme alejado de Izumi tendría que esperar un poco más.

Solo traje un cartucho extra, así que tendré que disparar únicamente cuando esté seguro de la ubicación de mi objetivo. No tengo una forma de hacerle saber a Izumi que voy por ella, solo me queda esperar que no haga nada estúpido, aunque por lo que he visto, ella es perfectamente capaz de cuidarse sola. Se quitó a ese hombre de encima en la pista de baile antes de que incluso yo diera dos pasos para ir a quitárselo.

Aunque eso no evitó las crecientes ganas de matar al imbécil. Sacudo la cabeza, reprendiéndome a mí mismo. Demonios, estaba en medio de un maldito tiroteo y en lo único que puedo pensar es en ir a buscarlo y cortarle cada uno de los dedos por atreverse a tocarla…

No, ella no es mía. Puede hacer lo que quiera, cualquiera puede verla y tocarla si ella así lo desea. No tengo ningún derecho a ir detrás de ese hombre y torturarlo.

Cuando disparan otra vez hacia donde me encuentro, casi estoy agradecido por la distracción. Salgo de mi escondite y corro en dirección a las escaleras, al lado está la cabina donde guardan los abrigos, así que me apresuro a meterme en ella y me agacho. Cinco disparos atraviesan la parte superior, pero como si uno de mis atacantes supiera lo que iba a hacer al entrar en la cabina, un disparo me roza el hombro izquierdo.

—Maldita sea. —Me observo el hombro, el daño no era grave, pero debía moverme mucho más rápido si no quería que la siguiente bala atravesara mi cabeza.

Antes de moverme escaleras abajo, agudizo el oído. Los disparos se han detenido, de nuevo. Estoy seguro de que aún quedan varias personas aquí, se escucha uno que otro grito cuando disparan, pero no parecen interesados en ninguno de ellos, solo en mí. Los problemas que mi familia tiene en Rusia han llegado aquí.

Bueno, mierda, eso es malo. Nos están cazando.

No lo medito demasiado, ya hablaré con mis padres más tarde. Salgo de la cabina y disparo en una de las direcciones en las que he visto venir otro de los disparos; no pierdo el tiempo en bajar por completo las escaleras, solo salto por la barandilla de esta y me cubro con una mesa de inmediato.

Observo a mi alrededor. Hay personas escondidas aquí y allá, tal vez quedaban unos cincuenta en todo el lugar. A simple vista no parecía ver algún muerto o herido. Miro por encima de mi cabeza, la parte superior del club está casi en penumbras. No puedo verlos a ellos, pero ellos a mí sí. Tengo que cambiar eso.

—¡Qué les parece si arreglamos esto cara a cara! —grito en ruso, esperando que alguno de los idiotas responda, así sabría quién ha traicionado a mi familia. Si los rusos, los italianos o los estadounidenses. Hasta ahora, esos han sido los involucrados en los atentados. Pero no obtengo respuesta, solo un escalofriante silencio—. ¡Bien, si así lo quieren!

Corro en la dirección sur del club y me deslizo por el suelo, cuando estoy a mitad de camino para quedar bajo una hilera de mesas, mi brazo izquierdo protesta cuando lo uso para detenerme. Los disparos salen en mi dirección en cuanto quedo al descubierto, y por algún milagro, ninguna bala me alcanza. O todos ellos tenían una puntería de mierda, o algún divino ser ha decidido permitirme salir vivo de aquí.

Me giro con el arma en alto, pero unas manos me agarran la pierna.

—¿¡Que estás haciendo!? —me grita Izumi. La recorro con la mirada para asegurarme de que no está herida, y en cuanto veo que está bien, una opresión en mi pecho, que no sabía que tenía, se alivia. Su cabello está ligeramente alborotado y se ha quitado los tacones.

—Te estaba buscando. —No puedo evitar sonreír cuando sus mejillas se sonrojan a causa de la ira.

—No vuelvas a hacer algo como eso. ¡Atravesaste todo el lugar como si fueras inmortal! —dice todavía molesta—. Harás que me maten —murmura por lo bajo—. Tenemos que salir de aquí, ¿alguna idea?

—De hecho, sí. Necesito verlos a todos, pero que ellos no me vean a mí. —Enarca una ceja sin comprender a dónde quiero llegar—. El club tiene un sótano, ahí se encuentran los conductores de energía. Necesito que se ilumine todo arriba y que quites toda la electricidad aquí abajo.

—¿Y cómo voy a saber qué conductor de energía le corresponde a cada zona?

Sonrío.

—Tendrás que adivinar.



LOGRO que Izumi se vaya al sótano después de que me diga que es un plan estúpido y que no funcionará, que me matarán antes de que pueda dar con el interruptor correcto. Tal vez tiene razón, pero si muero aquí, me aseguraré de llevarme a varios conmigo.

A mi teléfono llega un mensaje, y lo saco del bolsillo de mi chaqueta.

«**Izumi (pequeña mentirosa):** He probado con cinco de los seis interruptores, debe ser el último, así que prepárate».

La única razón por la que tengo su número de teléfono es por Jun, es la manera más rápida para saber si está a salvo si alguna vez nos encontramos en medio de un atentado como este. Solo que, en esta ocasión, le doy un uso diferente.

«Yo: Entendido».

Cuento hasta tres, esperando hacerlo al mismo ritmo que el de ella, y cuando llego a tres, todo a mi alrededor queda en penumbras y los gritos vuelven a resonar con fuerza. Por encima de mí, todo se ilumina.

Ignoro el sordo dolor de mi brazo y comienzo a disparar antes de que alguno de ellos pueda saber qué es lo que está sucediendo. Eran siete hombres sujetos por arneses al techo, vestidos completamente de negro, con la cabeza cubierta por un pasamontañas y armados hasta los dientes. Con un rápido disparo en la cabeza, uno a uno terminan colgando, inertes de sus arneses, y cuando llego al séptimo, sonrío.

Era el único que iba a sobrevivir. Por ahora.

Le disparo a la correa de su arnés y cae con un estridente sonido al suelo. Mi puntería con un arma era impecable, mi hermana Alicia me había enseñado bien.

Inmovilizo al hombre y lo desarmo antes de que pueda atacarme, y cuando le quito el pasamontañas, la sangre en mi interior se enfría.

Al parecer, los japoneses acababan de entrar en la lista de traidores.

Cuando miro por encima del hombro, me encuentro a Izumi, quien me observa con el rostro pálido.

La pequeña mentirosa sabe algo.

ONCE

Mei Takahashi

Son agentes de la Interpol.

Esto acapara todos mis pensamientos mientras Dima arrastra al único sobreviviente por la mansión de Shinoda hacia el sótano. Conozco al hombre que ahora mismo se encontraba inconsciente, ajeno al infierno en el que había caído.

Shun Ezure era conocido como el mejor agente de rescate de víctimas en nuestra sede. Está casado y tiene una pequeña hija de casi un año. ¿Por qué lo han enviado junto con otros agentes con la misión de eliminar a Dima? Pero lo más importante, ¿por qué demonios no me informaron de nada? No solo ponen en riesgo mi vida y a la misión, sino que han lanzado a siete hombres a la boca del lobo.

¿Katashi había aprobado esto? ¿Y con qué fin lo ha hecho?

Me estremezco internamente cuando llegamos al sótano. Shinoda está en una reunión de negocios a las afueras de la mansión y ya ha sido informado de la situación tan pronto como salimos del club, así que ya viene en camino. Apenas llego, voy enseguida a ver cómo estaban Jun y Aiko; las encuentro un poco conmocionadas, pero sin un rasguño. Después, me dirijo a mi habitación para cambiarme antes de encontrarme con Dima.

El sótano tiene paredes lisas y no hay ventanas ni ninguna otra entrada de aire fresco, salvo las puertas. Es espacioso, con accesos a mi derecha y dos más a mi izquierda. Aunque quiero saber qué hay detrás de ellos, temo preguntar. Cuando investigué a Shinoda, oí diferentes rumores sobre cómo torturaba a los traidores y a los ladrones.

Los encerraba en una habitación durante semanas, con apenas suficiente agua y comida para sobrevivir. Lo que buscaba era que sus pensamientos los volvieran completamente locos. Algunas veces enviaba a sus hombres para que les quitaran uno o dos dedos si eran ladrones, y si lo traicionaban, les cortaba la lengua. Dicen que entraban en un estado puro de paranoia, y cualquier sonido los hacía temblar y pensar que venían a torturarlos o a quitarles alguna otra parte de su cuerpo… Al final de la semana, los gritos de los hombres implorando la muerte llenaban el lugar.

He escuchado y visto cosas similares a esta a lo largo de mi carrera, pero nunca imaginé que tendría que ver a alguien que conocía pasar por eso. Dima sujeta a Shun a la silla con una soga alrededor del tórax y los brazos… Me obligo a no apartar la mirada cuando lo sujeta con alambres de púas. Si Shun se sacude contra estos tratando de liberarse, la piel de los brazos y muñecas se romperá.

El sonido de fuertes pisadas bajando las escaleras que llevan al sótano eriza cada uno de los vellos de mi cuerpo. Segundos después, Shinoda atraviesa la puerta con dos de sus hombres

detrás.

—Señor. —Inclino la cabeza en señal de respeto, pero apenas si me reconoce. Tiene la mirada fija en Shun.

—¿Fue el único sobreviviente? —le pregunta a Dima. Su tono es frío, completamente carente de emociones. Es la primera vez que presencio este otro lado suyo.

—Sí. Los otros están colgando muertos en el techo del club de Ren Shō —responde con una sonrisa ladina en el rostro.

—Bien. Despiértalo.

Permanezco inmóvil en mi lugar y observo como Dima despierta a Shun. Mantenerme completamente indiferente cuando le da un puñetazo en la cara requiere de todo mi esfuerzo. Shun abre los ojos, desorientado al principio, pero de inmediato sus años de entrenamiento toman el control. Escanea todo a su alrededor, supongo que evaluando sus posibilidades de salir vivo de aquí. Cuando sus ojos llegan a mí, noto la sorpresa en ellos, pero aparta deprisa la mirada.

—Qué bueno tenerte aquí con nosotros —dice el señor Shinoda—. Me gustaría tener una pequeña conversación contigo. Prometo que no te robaré mucho tiempo.

El tono de Shinoda es tranquilo ahora, como si estuviera poniéndose al día con un viejo amigo. Cada músculo de mi cuerpo duele en tensión por querer detener esto y sacar a Shun de aquí, pero si lo hago, solo lograré que me maten.

—¿Quién te contrató a ti y a tus amigos para intentar asesinar al señor Voronin? —Ladea la cabeza—. ¿O trabajaron ustedes por su cuenta? —Da un paso hacia adelante y apoya las manos sobre el alambre de púas, que se entierra de inmediato en la piel de Shun—. Sabes, el señor Voronin es mi invitado aquí. Mi futuro yerno. Y con el espectáculo que montaron hoy pusieron en riesgo eso.

La bilis me sube a la garganta al ver la sangre de Shun manchando el suelo de rojo. Su rostro está retorcido por una mueca de dolor, pero aun así no ha emitido ni un solo sonido.

—¿Sabes lo que hubiera pasado si uno de los herederos de la mafia hubiera muerto aquí en mi territorio? —continúa Shinoda hablando con una calma escalofriante—. Se hubiera desatado una guerra.

Dima observaba la escena con expresión de fastidio; casi puedo jurar que quiere hacerse cargo del asunto. Pero está muy lejos de su territorio y aún es solamente un príncipe de la mafia, por lo que no tiene el poder para decirle al líder de la Yakuza que se largue y que deje todo en sus manos.

—Así que coopera un poco conmigo, para que todos podamos dar por terminado este largo día. —Suspiro de alivio por dentro cuando aleja las manos del brazo de Shun y se endereza. A simple vista, las heridas no parecen profundas, pero deben dolerle demasiado.

Rezo para que Shun le diga lo que desea oír; tal vez así, con un poco de suerte, lo dejen vivir esta noche. Así tengo un poco de tiempo para pensar en un plan y sacarlo de aquí. Pero, como si hubieran decidido ignorar mis plegarias, Shun no responde.

—Bien. Dima, es todo tuyo.

Si es que es posible, mi cuerpo se tensa aún más. Cerca de una de las puertas a mi derecha hay una pequeña mesa de metal con artilugios: pinzas, tijeras, bisturís, un soplete… Todo en esa mesa está destinado a causar un dolor infernal. Dima, tras pensarlo un momento, elige un bisturí y se pone detrás de Shun.

—Personalmente, creo que tienes problemas auditivos. Tal vez por eso no respondiste

ninguna de las preguntas de Shinoda. —La sonrisa en su rostro se ensancha. Es una de esas perversas y retorcidas que me hace saber que esto está por ponerse todavía más feo—. Entonces, ¿qué te parece si arreglamos ese problema tuyo?

La sangre abandona mi rostro, e incluso siento como si fuera a dejar todo mi cuerpo sin una gota, cuando sin previo aviso toma la oreja derecha de Shun y comienza a rebanarla. Los gritos no tardan en llegar, aumentan a medida que el dolor se vuelve más insoportable. Para cuando Dima termina, Shun es una masa temblorosa y sollozante.

Shinoda tiene una gigantesca sonrisa en el rostro, los hombres a su lado también. Era como ver una grotesca pintura de Cheshire [1].

—¿Qué te parece si ahora me dices quién te envió? ¿O todavía no escuchas bien?

Shun niega una y otra vez, a la vez que murmura algo por lo bajo.

—N…no. Trabajamos… solos.

—A que no era tan difícil, ¿eh? —dice Shinoda—. Solo se necesitaba un buen incentivo.

—¿Por qué vinieron por mí?

Frunzo el ceño cuando Shun me mira por solo dos segundos ante la pregunta de Dima. ¿Qué quería decirme?

—Ha…y un precio por tu c…cabeza.

¿La Interpol va a cazarlo? ¿Ya no lo quieren vivo? ¿Eso es lo que está tratando de decir?

Dima maldice por lo bajo.

—La hay por la de toda mi familia, ¿no es así? —Shun asiente, dejándome más confundida de lo que ya estoy.

—Supongo que eso responde a todas nuestras preguntas —afirma Shinoda sacando su arma.

Abro los ojos de par en par sin poder evitarlo. Maldición, creo que no van a matarlo todavía. Tengo que pensar en algo rápido, no puedo permitir que le disparen, era un compañero. Dios, incluso puedo decir que es mi amigo. Es unos diez años mayor que yo y estuvo ahí para acompañarme en mis primeros meses en la Interpol. Había sido de gran apoyo, así que, ¿en qué clase de persona me convierto si dejo que lo maten aquí?

Creo que Shun nota antes que yo lo que me daba vueltas en la mente, porque su mirada brilla a causa del miedo, cuando antes de darme cuenta me estoy interponiendo entre él y el arma.

—¡No lo maten! —Mi voz se escucha tan desesperada como me siento, así que carraspeo y enderezo los hombros en un intento por transmitir serenidad—. No lo maten todavía. Podemos usarlo —agrego.

Dima entra en mi campo de visión. Con una ceja enarcada en su ahora imperturbable rostro, no quedaba nada del hombre melancólico que vi en el club. Shinoda parece desconcertado por mi petición. Sí, mi papel consiste en interpretar que soy una asesina a sangre fría, pero eso no significa que tenga que actuar como una descerebrada, ¿no?

—¿De qué manera podríamos hacerlo?

Si mis padres pudieran verme ahora mismo, apartarían la mirada de la vergüenza. De hecho, estoy segura de que ellos lo dejarían morir por el bien de la misión. Ellos tienen el corazón frío que a mí en ocasiones me falta.

—No habíamos escuchado nada sobre que tu cabeza tenía un precio, al menos no hasta ahora. Él y los suyos —digo y señalo a mi espalda— no serán los únicos que vendrán por ti. Pero ¿y si encontramos a la persona que pagará a quien quiera que te asesine? Sin dinero, no hay sicarios —concluyo.

Ambos permanecen en silencio por varios minutos. Si alguno de ellos ve a través de la artimaña que he montado, no tendré tiempo para reaccionar si deciden dispararme. Para mi suerte, Shinoda guarda su arma.

—Es una buena idea. Si no hay otras personas intentando asesinarte, no tendré problemas con tus padres. Una de las condiciones que pusieron para aceptar la alianza fue que estuvieras tan seguro aquí como lo estarías en tu país. Si algo te sucede, Dima, tus padres lo verán como traición —dice todo esto mirando fijamente a Dima.

Hasta ahora no me había puesto a analizar la precaria situación en la que se encuentra Shinoda. Tiene a uno de los tres activos más importantes de la mafia rusa viviendo bajo su techo. Este atentado incluso es más que suficiente para que los reyes de la mafia acusen a toda la Yakuza de traición, y nadie movería un dedo para ayudarlos si estos decidían hacerles la guerra.

—Está decidido entonces. Lo usaremos como carnada.

~

ME TOMA varios minutos convencer a Dima de que vendemos la oreja de Shun. Cede ante la excusa de que podría infectarse la herida, y si lo hace, podríamos perderlo, y él es nuestra mejor oportunidad para encontrar a la persona que está ofreciendo una recompensa por su cabeza.

Para cuando termino con lo que queda de la oreja de Shun, nos hemos quedado solos. Sé que en este lugar no hay cámaras ni micrófonos, pero aun así no me siento completamente segura para hablar.

Sujeto la parte superior de sus brazos con una soga antes de comenzar a quitar el alambre de púas con cuidado.

—Fue estúpido lo que hiciste —susurra tan bajo que apenas puedo escucharlo.

—Lo sé. Pero no iba a permitir que te mataran. —Dejo salir un sonoro suspiro cuando quito la mitad del alambre de su brazo derecho—. ¿Qué demonios está pasando, Shun? —pregunto preocupada.

—Fue James —gime cuando una púa tira de un trozo de su piel—. Convenció a Katashi para que enviara un equipo de reconocimiento al club cuando se supo que tú y Dima irían ahí. —Maldice especialmente fuerte cuando saco el último fragmento del alambre de su brazo.

—Lo siento —susurro.

—Está bien. Lo que pasó fue que los otros seis hombres que pusieron bajo mi mando tenían otro tipo de órdenes: eliminar a Dima Voronin.

—¿Crees que fue James? —Asiente—. ¿En qué momento llegaron al club? —pregunto comenzando con el otro brazo.

—Mucho antes que ustedes. Vimos todo lo que sucedió. —Paso saliva, temiendo comenzar a vomitar en cualquier momento—. Nunca juzgaré lo que hagas en una misión, siempre y cuando sea por el bien de esta, ¿entiendes? —Puedo sentir el peso de su mirada sobre mí, pero temo que si lo miro, verá la estupidez que estuve a punto de cometer en ese club.

—Lo entiendo.

—Bien. A partir de ahora tienes que tener más cuidado, tengo la sospecha de que James hará cualquier cosa para sacarte del caso. Incluso matarte. —En esta ocasión sí lo miro a los ojos. También comienzo a temer lo mismo.

Cuando termino de sacar cada una de las púas, limpio las heridas y las vendo. Antes de irme

le doy algo para el dolor.

—Trata de descansar un poco. Necesitarás las fuerzas si quieres sobrevivir.

No sabía muy bien qué haré para que escape, pero algo es seguro, no dejaré que muriera.



OBSERVO a Dima a través de las cámaras, sentado frente a su escritorio mirando fijo la pantalla de su teléfono. Llevaba en esa posición alrededor de media hora. Cuando la pantalla de su teléfono se ilumina con una llamada entrante, lo coge de inmediato.

—Mierda, me tenían preocupado. —Es lo primero que escucho cuando se pone el teléfono en la oreja. La otra persona en la línea dice algo que lo hace suspirar—. Creí que también los habían atacado. Por eso he bombardeado tu teléfono y los de toda nuestra familia —exclama pareciendo ligeramente molesto, pero segundos después una pequeña sonrisa tira de sus labios—. Me alegra saber que sigues tan imperturbable como siempre, Alicia.

Está hablando con su hermana. Ahora que lo observo bien, parece mucho más relajado. Incluso su rostro parece más juvenil.

El recuerdo de su sonrisa mientras cortaba la oreja de Shun me hace estremecer. No, no había nada juvenil en él. Hay que tener un corazón de piedra para hacer lo que hizo sin inmutarse en lo más mínimo.

—Bien. Bien. Iré al grano. ¿Pudiste investigar a Shō? —Mi cuerpo se tensa en cuanto las palabras salen de su boca. Ladea la cabeza, permitiéndome ver con más claridad su ceño fruncido —. ¿Eso fue todo lo que encontraste sobre él? —Tamborilea los dedos sobre el escritorio, mostrándose pensativo—. Parece ser que alguien aquí tiene información que más nadie sabe.

El audio permanece por unos minutos en silencio.

—Creo que es momento de que comience a investigar personalmente a mi pequeña mentirosa.

El recuerdo de él llamándome así en ruso parece detener mi corazón por unos segundos, pero luego comienza a latir de manera desbocada. Las fresas, su advertencia sobre tener cuidado con ellas, la epinefrina que él mismo me había inyectado…

Oh, mierda.

Ahora me doy cuenta de lo que precisamente sucedió ese día. Estuve tan concentrada en aprovechar la oportunidad de plantar micrófonos y cámaras en su habitación que pasé los detalles por alto.

Dima fue quien me provocó la reacción alérgica. Pero entonces, ¿por qué no me dejó morir?

DOCE

Dima Voronin Smirnov

—Maldición, me tenían preocupado.

Suspiro de alivio cuando escucho la voz de Alicia al otro lado de la línea.

—Si asesinaste a alguien como al líder de la Yakuza, hermanito, será un gusto haberte conocido. Porque esa es la única explicación que le encuentro a que hayas llamado más de cien veces a cada miembro de nuestra familia.

No puedo evitar poner los ojos en blanco ante sus palabras, aun así, la presión en mi pecho se alivia.

—Creí que también los habían atacado. Por eso he bombardeado tu teléfono y los de toda nuestra familia.

—De haber sido así, quizás te habríamos avisado más tarde. Todavía no es un asunto por el cual alarmarse.

Gruño, encontrando su tranquilidad molesta, pero desde que la conocía es así. Creo que, de hecho, nunca la he visto perder los nervios.

—Me alegra saber que sigues tan imperturbable como siempre, Alicia.

Casi puedo verla encogiéndose de hombros ante mis palabras.

—Con el tiempo te volverás igual. Entonces, ¿vas a decirme el otro motivo que tenían tus cien llamadas perdidas?

—Bien. Bien. Iré al grano. ¿Pudiste investigar a Shō?

La línea permanece por unos momentos en silencio, al fondo se escucha como si estuviera buscando algo.

—Sí. Ren Shō tiene cincuenta y nueve años, está casado con Naomi y tienen un solo hijo, Touji. Es dueño de varios clubes y restaurantes en Tokio. Ha sido multado un par de veces por exceso de velocidad y conducir ebrio.

—¿Eso es todo lo que encontraste sobre él? —pregunto tamborileando los dedos en el escritorio.

—Sí, eso es todo lo que encontré sobre él. Si está involucrado en otro tipo de delitos, le ha pagado a alguien para que esconda esa información.

—Parece ser que alguien aquí tiene información que más nadie sabe. —No puedo evitar que una sonrisa se deslice por mis labios—. Creo que es momento de que comience a investigar personalmente a mi pequeña mentirosa.

—¿Te refieres a esa chica que me pediste que investigara?

—Sí. Necesito que escarbes en todo lo que encuentres sobre Shō. Está involucrado en la malversación de fondos. También ha sido denunciado por secuestro y violación de mujeres.

Incluyendo a su esposa.

—¿Cómo sabes eso? ¿Esa chica te lo dijo?

—Así es. Y como no has encontrado nada más sobre ella, tal vez esta sea una oportunidad para que pueda descubrir qué oculta y por qué ha estado mintiendo.

—Tal vez trabaje para alguna organización criminal que quiera asesinar a Shinoda para quedarse con su puesto. Sabemos que es miembro de la organización «Escarlata». Pero como tú mismo has dicho, es una mentirosa. Esa información podría ser falsa.

—Sí, podría serlo, eso tendré que averiguarlo por mi cuenta. Pero por ahora, tengo que ocuparme de otro asunto.

Escucho el suspiro de mi hermana a través de la línea.

—¿El cual es…?

—Tenemos a uno de los hombres que nos atacaron en el club. Shinoda iba a matarlo luego de que nos dijo que él y sus amigos trabajaban por su cuenta, y que había un precio por mi cabeza y por las de ustedes, pero Izumi intervino. Dijo que podríamos usarlo para que nos guiara a la persona que le había puesto precio a nuestras cabezas.

—Bueno, es una excelente idea.

—Lo es.

Me quedo mirando algún punto en la pared al recordar cómo saltó hacia el frente para interponerse entre el arma y ese hombre. Su forma de hacerlo fue como el de un impulso que no pudo reprimir. Había demasiadas cosas que no entendía sobre ella, pero en especial por qué me importaba tanto todo lo que hace

Al parecer, ambos teníamos en común el no poder reprimir nuestras acciones.

—Avísame cuando encuentres algo.



PASO OTRA NOCHE EN VELA. Los acontecimientos de la noche anterior tienen mi mente activa, pero sobre todo, la teoría que sembró mi hermana en mi cabeza.

¿Es posible que sí esté planeando matar a Shinoda?

La pregunta no abandona mi mente durante todo el camino hacia el sótano. Cuando llego, me encuentro de inmediato con la mirada del hombre en la silla. Tiene mucho mejor aspecto que cuando lo dejé ayer. Su rostro se ve un poco hinchado del lado derecho y sus brazos están vendados.

—Parece que Izumi hizo un buen trabajo contigo —digo. Tomo la silla que se encuentra junto a la pared, la pongo frente a él y tomo asiento—. ¿Cómo te encuentras?

Enarca una ceja.

—¿Viniste hasta aquí solo para preguntar eso? —La suspicacia en su voz era casi palpable.

Me encojo de hombros sin evitar sonreír.

—Solo quería hacer algo de conversación antes de comenzar con las preguntas. Pero ya que no eres partidario de esa opción, comencemos. —Me inclino hacia adelante, apoyando los codos sobre mis rodillas—. ¿De dónde conoces a Izumi?

Observo con cuidado la reacción de su cuerpo y rostro ante mi pregunta, pero permanece impasible. Si está fingiendo, es muy bueno en ello.

—No sé de quién hablas.

—Es la chica que te salvó de recibir un disparo.

Asiente, sin dejar de mirarme, como si estuviera buscando algo en mi expresión.

—Así que ese es el nombre de mi salvadora. Debería de agradecerle cuando la vea de nuevo, no tuve oportunidad de hacerlo ayer.

—Tu salvadora temporal. De igual forma, estás condenado a morir.

Se encoge de hombros, pero de inmediato hace una mueca por el movimiento.

—Todos lo estamos, ¿no? Así como yo puedo morir hoy o mañana, tú también podrías. No eres invencible, Dima Voronin, al igual que tu familia. Solo que la posición que tienes te hace creer lo contrario. Pero un día, así como les pasó a tus padres y hermanas, te darás cuenta de que no eres más que una partícula del motón en este mundo y que en cualquier momento puedes desaparecer.

Sus palabras calan en mi interior más de lo que deberían. Son un recordatorio de lo temporales que somos. De que mi familia lo es. Y que no somos intocables. El atentado de ayer me enseñó eso. De haber tenido mejor puntería esos hombres, no habría salido vivo de ese club.

—Descubriré qué es lo que tú y ella ocultan, porque estás mintiendo. —Me pongo de pie con ganas de salir corriendo de la habitación, pero me contengo—. Sé que la conoces. No te hubiera salvado de no ser así.

Llámenlo una corazonada, pero algo me dice que de haber sido otra persona sentada en esa silla, habría muerto. Salgo del sótano sin mirar atrás, pero a mitad de camino, en medio de las escaleras, me encuentro con una de las constantes en mis pensamientos.

—Shinoda me envió por ti. Vamos a comenzar a buscar a la persona que le puso precio a tu cabeza. Tenemos que aprovechar que apenas han pasado un par de horas desde que lo tenemos aquí encerrado —dice Izumi, señalando con el mentón la dirección de la que vengo.

—¿Crees que comenzarán a buscarlo?

Asiente.

—Cuando se corra el rumor de lo sucedido, si es que ya no ha pasado, dirán la cantidad de muertos que dejaste. Sabrán que nos llevamos a uno. Ellos podrán haber trabajado por su cuenta, pero estoy segura de que se reunieron personalmente con el «comprador» para hacerles saber que iban detrás de ti.

Asiento, sabiendo que tiene sentido lo que está diciendo.

—Bien, prepáralo entonces. Voy a alistarme. Te veo en la entrada.

Ambos rondábamos alrededor del otro, esperando que alguno bajara la guardia, eso es seguro.

TRECE

Mei Takahashi

El coche está en completo silencio, lo que resulta escalofriante. Intenté explicarle a Shun el plan mientras lo desataba de la silla y ataba sus manos con otra cuerda. Sé que no hará nada, no es estúpido. Pero los demás no saben que no intentará escapar, así que, por las apariencias, debo hacerlo.

Shun está sentado en el asiento trasero del coche. No llevamos escoltas con nosotros a pesar de lo que había sucedido ayer. Dima es un hombre muy confiado de sí mismo por lo que he visto de él, así que tal decisión no me sorprende.

Lo observo por el rabillo del ojo; apenas ha dicho más de dos palabras desde que salimos de la mansión de Shinoda. Su conversación con Shun persiste en mis pensamientos, los he escuchado hablar a escondidas. ¿Todo lo que le dijo era verdad? De ser así, está en más problemas de los que creí. Solo espero que el plan que tengo borre la desconfianza que siente por mí.

~

MANTENGO el arma firme contra la espalda de Shun a pesar de mi reticencia a apuntarle. Dima mira a su alrededor, estudiando los edificios sucios y con apariencia de estar abandonados. Estamos en uno de los barrios más pobres de Tokio, donde casi nadie se atreve a venir, o solo los que están muy desesperados para salir de un aprieto. Como yo.

—¿Dónde estamos? —El marrón de su mirada me escruta, tratando de ver lo que hay en mi cabeza. Puedo sentir la desconfianza que desprende, pero aun así, su expresión es completamente serena.

Shun, por otro lado, permanece en silencio, si sabe lo que le conviene, seguirá así. Aunque en cuanto se dé cuenta del resto de mi plan, comenzará a protestar de alguna manera. O no.

—Anoche pedí un par de favores a algunos conocidos y al lugar que me guiaron fue a este. Aquí se encuentra el hombre que le puso precio a tu cabeza, al menos eso fue lo que me dijeron. Como ninguno de ellos lo ha visto, Shun nos lo señalará cuando lo veamos.

Dima vuelve a mirar a su alrededor.

—La persona que está pagando millones por mi muerte, ¿vive en esta pocilga?

—No. No vive aquí. Este es el lugar que tiene designado para reunirse con sus compradores.

Inclina la cabeza, mirándome, y parece darse cuenta, pero ya es tarde. Alejo el arma de Shun y con una rápida llave tengo a Dima de rodillas en segundos, con mi arma apuntándole en la sien.

—¡Kosei, tengo a tu hombre! ¡Así que sal de donde sea que estés! —grito.

Sin duda era un plan de mierda para recuperar la confianza de Dima, pero he tenido que trabajar sobre la marcha.

—Y la hija pródiga vuelve a casa —dice una voz desde las sombras en japonés.

Que comience el *show*.



JAMES SE DETIENE a unos cuantos pasos de distancia frente a mí con una máscara cubriendo su rostro. Es blanca con rayas rojas y doradas. Su cuerpo, y estoy segura de que sus armas, están ocultas gracias a una túnica negra. Casi pongo los ojos en blanco ante su atuendo, pero debo reconocer que es ingenioso.

A su lado se encuentran dos siluetas más con el mismo atuendo. Le he hecho creer a James que son agentes de la Interpol, pero en realidad ambos le deben un favor a Tanaka, quien muy amablemente accedió a ayudarme. El motivo por el cual no solicité más agentes en el frente es porque no confío en que no intentarán matar a Dima. Sí, prefería trabajar con dos criminales que son muy conscientes de que, si meten la pata, no dudaré en ponerlos tras las rejas.

Solo hay dos agentes más en la zona, están ocultos y armados con un rifle. Confío plenamente en ellos y se encargarán de armar un caos para que Shun pueda «escapar».

—¿Hija pródiga? ¿Estuviste trabajando para ellos desde un principio? —pregunta Dima temblando de la ira—. Mierda, ¿intentaste matarme?

—Cállate —le escupo en ruso, lo que detiene de inmediato su sarta de amenazas e insultos. Que fuera una «asesina por encargo» justifica que hable varios idiomas—. Te lo he traído vivo —le digo a los tres hombres en japonés—. Así que quiero un poco más de lo que estaban ofreciendo por él estando muerto. ¿Quién es el jefe? —le pregunto a Shun con una corta mirada en su dirección.

Tal y como esperaba, señala a James con la barbilla. Este ladea la cabeza como si estuviera considerando mi propuesta.

—Debería matarte por lo que hiciste la última vez que estuviste aquí.

Siento como Dima se tensa bajo mi agarre, pero lo ignoro.

—Quiero cinco mil más por entregártelo vivo —digo, también ignorando sus anteriores palabras. Debió ser actor en vez de agente.

—No. —La ira burbujea dentro de mí. Eso no estaba entre lo que acordamos que diría.

—Me das lo que quiero o no te lo… —Un disparo rompe el aire y me hace tirar al suelo a Dima y cubrirlo con mi cuerpo.

Miro por encima del hombro a donde Shun ha estado de pie, ahora se encuentra en el suelo con sangre saliendo de su hombro. Sus ojos están cerrados y permanece tan quieto que cualquiera pensaría que está muerto.

—¡Me dijiste que no vendría nadie más! —le grito a James, metiéndome en mi papel—. ¡Eres un cobarde de mierda!

—Solo te devuelvo lo que tú una vez me hiciste.

Me levanto, alejándome de Dima, y corro con la intención de pelear con él, pero uno de los hombres que lo acompaña se interpone en mi camino y arremete contra mí. La pelea es real: si alguno de los dos mide sus golpes, Dima podría darse cuenta, y no correré ese riesgo. Cuando lo

dejo inconsciente en el suelo, el otro hombre lanza un puñetazo contra mi cara. Gimo cuando siento que me rompe la ceja.

Maldición, ese me tenía coraje.

Me toma varios movimientos dejarlo en el suelo, y cuando comienzo a caminar en la dirección en la que se supone que debe estar James, me detengo. No está. Giro sobre mi eje, encontrándolo en un combate cuerpo a cuerpo con Dima.

Mierda. Mierda. Mierda. Eso jodidamente no es parte del plan.

Me apresuro en llegar a donde están y quito a James de encima de Dima, empujo al primero al suelo con fuerza, no sin antes darle un puñetazo en las costillas. Cuando me volteo para ver cómo está Dima, este abre los ojos de par en par y arroja sus brazos sobre mí para alejarme de la bala que James disparó en mi dirección, pero ya es demasiado tarde.

—¡Mierda! —exclamo cuando la bala impacta contra mi espalda.

Dima me da la vuelta con sus brazos, rodeándome, así que aprovecho la oportunidad. Saco otra de mis armas de la cinturilla trasera de mi pantalón y le disparo dos veces en el pecho a James antes de que el dolor en mi espalda se vuelva insoportable.

Apenas soy consciente cuando Dima me lleva al coche y nos saca de ahí, dejando a cuatro hombres inmóviles en el suelo.

Lo he conseguido.

Es lo último que pienso antes de quedarme dormida a causa del estrés, la ansiedad y el dolor.

CATORCE

Dima Voronin Smirnov

Detengo el coche al lado de la carretera tras asegurarme de que nadie nos sigue. Me desabrocho el cinturón de seguridad y comienzo a quitarle la parte superior del traje a Izumi. Cuando miro su pecho, casi suspiro; tenía un maldito chaleco antibalas. Al ver a Kosei apuntándole con el arma, solo podía pensar en que no sería lo bastante rápido para interponerme entre la bala y ella, pero que si pudiera, no dudaría en ser su protección.

Sí, eso es una mierda después de lo que escuché ahí. Ahora tengo más preguntas que respuestas, pero espero que, en cuanto la bella durmiente en el asiento de copiloto abra los ojos comience a responder alguna de ellas.

Me reclino en mi lugar, ahora más tranquilo. Ella está bien.

~

PEQUEÑOS BALBUCEOS me hacen abrir los ojos. Izumi junto a mí se mueve de un lado a otro, sus muñecas permanecen quietas sobre la parte superior de sus muslos, como si en su inconsciencia creyera que están sujetas. Con cuidado, toco su hombro ligeramente, pero eso es más que suficiente para sacarla del sueño.

Una pequeña navaja descansa contra mi garganta, un movimiento en falso y me desangraría en este coche. Con una mirada perdida en su rostro, Izumi no aparenta ser una cáscara vacía: sino que realmente lo es.

—Izumi —susurro, pero decir su nombre solo logra que abra un poco mi piel con la navaja y corra un hilillo de sangre—. *Malen'kiy*, soy Dima. Estás a salvo. Nadie va a hacerte daño —afirmo. Apenas la conozco, pero sé reconocer este tipo de ataques. Mis hermanas los tuvieron un par de veces cuando era niño, con los años, mejoraron.

Izumi parece regresar ligeramente en sí, pero no lo suficiente para alejar la navaja ni mirarme a los ojos.

—*Malen'kiy*, regresa. —Tomando el riesgo de ser degollado, llevo mi mano a su mejilla y la acaricio con suavidad—. Mírame, *malen'kiy*. —Obedece mi petición, alza la mirada. Ahora no hay ningún vacío ahí, solo un calor abrazador que me llama, tratando de seducirme para perderme en él.

Aleja la navaja de mi cuello y se acomoda en el asiento, con la mirada perdida. Tal vez no ha vuelto del todo.

—No me digas pequeña. —La comisura de mis labios se estira, pero regreso a mi expresión

estoica antes de que ella lo note.

—Está bien. ¿De dónde has sacado esa navaja? —pregunto, curioso y queriendo que vuelva a la normalidad.

—Siempre llevo una conmigo. No se puede confiar del todo en las armas —responde, aún sin mirarme.

—¿Dónde la tenías escondida?

Eso parece atraer su atención, porque me mira con el ceño fruncido.

—No voy a decirte. Si alguna vez tengo que pelear contigo, el que lo sepas me pondría en desventaja.

—*Touché*. Entonces, ya que no quieres responder a eso, háblame de lo que ha pasado con ese tal Kosei.

—¿Qué quieres saber?

Tengo demasiadas preguntas por hacer, pero lo único que digo es:

—¿Trabajas para él? —Me dolía como el infierno el pensar que ella en realidad me quería muerto y que me había traicionado. No somos los mejores amigos del mundo, pero no quiero pensar que su disgusto por mí fuera tan grande como para querer matarme.

—No. Lo hice, pero hace un par de años me retiré. —Contengo un suspiro al escucharla—. Aunque muchas veces he querido apuntarte con un arma y matarte, no deseo hacerlo en realidad. Lo siento por lo que pasó. —La cantidad de emociones presentes en su mirada sobrecarga todo en mi interior.

—Si ya no trabajas para él, ¿por qué me llevaste ahí para entregarme?

Resopla y se reclina en el asiento, pero hace una mueca. Antes de que diga algo, reclino su asiento para que esté más cómoda y aliviar el dolor en su espalda.

—Tuve la sospecha de que sería él quien te quería muerto cuando el hombre en la silla habló sobre el precio por tu cabeza y la de tu familia. Solo me tomó un par de horas y pedir unos cuantos favores para contactar con él y decirle que te tenía. Todo fue un plan para matarlo.

—Dejaste que el otro hombre muriera.

Se encoge de hombros, haciendo una pequeña mueca.

—Tuvo una muerte más rápida de la que hubiera tenido en tus manos. —Enarco una ceja—. He escuchado lo que haces para sacarle información a los hombres que traicionan a tu padre. Y debo decir que los rusos están locos.

Sonrío.

—Oh, espero que nunca te cruces con mis primos.

Pongo el vehículo en marcha y acelero en dirección a la mansión de Shinoda. Aún tengo preguntas, como por qué cubrió mi cuerpo con el suyo cuando se escuchó el primer disparo. Si bien no quería matarme, eso no significaba que debía anteponer mi seguridad a la suya. Eso no tiene sentido para mí.

Que más cosas de esta mujer dejen de tener sentido comienza a molestarme.

~

ME TOMÓ ALREDEDOR de una hora aclararle todo a Shinoda. Su principal preocupación era que el haber matado a Kosei nos trajera consecuencias, ya que no quería que sus amigos o aliados miraran en nuestra dirección, en especial hacia Jun.

La gente en la mansión está inquieta, especialmente el personal de seguridad. Al parecer, ya llegó a sus oídos lo que sucedió, aunque tal vez ese no sea el motivo por el que me miran cada vez que me cruzo con alguien en los pasillos.

Se suponía que debía ir a ver a Jun, pero durante la hora que pasé con Shinoda solo pude pensar en Izumi. Se fue casi corriendo a su habitación en cuanto llegamos, aunque sus órdenes eran reunirse con él apenas llegara. Shinoda se molestó mucho al no verme entrar con ella a su oficina, pero cuando le expliqué la situación, su enojo disminuyó ligeramente.

La habitación de Izumi se encuentra junto a la de los demás guardias. No sabía muy bien cómo sentirme ante el hecho de que mientras ella duerme está rodeada por otros hombres. Espero que la reputación que la precede sea suficiente para evitar que cualquiera de ellos intentara algo. Toco el marco del *shoji* para anunciar mi llegada, mas no espero que me dé permiso de entrar; solo lo corro un poco y entro.

La encuentro sentada en el borde de la cama, mirando a un punto fijo en la pared. A su lado derecho, junto a su mano dominante, descansa un arma de bajo calibre.

—¿Izumi? —digo, dando un paso en su dirección, pero su mano va de inmediato hacia el arma.

—No deberías estar aquí —susurra en tono apagado.

Parece haber vuelto a ese pozo oscuro en el que cayó cuando la desperté de aquel sueño.

—¿Por qué? —Doy otro paso en su dirección; los músculos de su espalda se tensan.

—Ahora mismo me importaría muy poco matarte. Quiero estar sola.

—Yo no quiero que estés sola.

Esta vez no detengo mis pasos y elimino la distancia entre nosotros. Su mirada está gacha ahora y sus pequeñas manos se aferran al arma. Me acuclillo frente a ella para poder mirarla a los ojos.

—No eres de las personas que se dejan ver débil ante cualquiera, así que el hecho de que no me estés insultando por entrar a tu habitación sin permiso me preocupa. ¿Qué sucede?

Su dedo índice recorre el arma; es plateada, con el mango negro.

—Tal vez ya me sienta cómoda contigo y por eso te permito verme así.

Bufo. No puedo creer que esté diciendo esa mierda.

Antes de que pueda procesar lo que sus manos están haciendo, el cañón del arma se encuentra contra mi frente.

—Podría matarte. —Sus ojos esta vez están fijos en mi rostro. Tal vez buscando algún rastro de temor, pero no encontrará nada. No es capaz de matarme.

—Podrías, pero no lo harás. ¿Y sabes por qué lo sé? —Me inclino, presionándome contra el arma—. Te interpusiste entre esa bala y yo. Ni siquiera lo pensaste, solo lo hiciste.

—El que tú vivieras significaba que yo también lo haría. ¿Qué crees que me harían tus padres si murieras y yo no hiciera lo imposible para evitarlo?

—¿El que hubieras recibido una bala por mí hubiera sido suficiente para que no te mataran?

—Quiero creer que sí.

Me dejo caer de rodillas y llevo mis manos a ambos lados de sus piernas sin llegar a tocarla; el arma no se mueve ni un milímetro.

—Creo que tendré que decepcionarte.

—¿Me habrían matado? —Su voz no tiembla al hacer la pregunta.

Niego.

—Te habrían encerrado hasta el día de tu muerte para que sintieras el mismo dolor que ellos.

—Su garganta se mueve al tragar. Mis palabras la afectan—. Pero sigo sin creerme que ese fue tu motivo.

—Puedes creer lo que quieras. No me importa.

Su lengua aparece para remojar sus labios, y mi mente no puede evitar concentrase en otra cosa que no sea eso. Tengo claro lo que estoy haciendo y lo que puede significar si me rindo ante mis deseos, pero en este momento estoy dispuesto a descubrir las consecuencias de mis posibles acciones.

—Pero a mí sí me importa. Quiero que me lo digas, Izumi. Necesito saber el porqué.

El arma sigue en su sitio, pero con cada segundo que pasa su agarre parece ser más débil.

—No sé qué se supone que quieres que te diga, pero no obtendrás nada más de mí que estas tres palabras: Vete de aquí.

Eso es más que suficiente para que mande todo a la mierda. Le quito el arma de la mano y la arrojo al otro lado de la habitación. En cuestión de segundos estoy sobre ella, presionándola contra la cama con mi mano en su cuello.

—Creo que ya me cansé de jugar a este juego. Ahora, ¿me dirás por qué evitaste que esa bala me matara o no?

Transcurren varios minutos en silencio hasta que responde. Mas sus palabras no son lo que me habría gustado escuchar.

—No era más que trabajo para mí. Así que lo que sea que estés buscando, no vas a encontrarlo.

Salgo de ahí antes de cometer una estupidez, como el besarla para borrar esas palabras de sus labios.

Parece que solo uno de nosotros ha comenzado a desear más de lo que es correcto. En algún punto he cruzado mi propio límite, y ahora deseo el cuerpo de una mujer que no es el de mi prometida.

QUINCE

Mei Takahashi

Lo observo salir de la habitación con el corazón martilleándome el pecho. No sé qué demonios estuve a punto de hacer. Y lo que más me preocupa es si lo habría detenido.

Me siento inestable, fuera de mí misma, y odio sentirme así. Creo que exponerme a una misión de rescate fue demasiado para mi subconsciente, porque me trae recuerdos que no son nada agradables. Me hacen sentirme atrapada de nuevo, bajo su merced.

Una de las razones por las que me asignaron esta misión es porque me consideraron apta para ello, pero si alguno de mis compañeros se entera de que estoy teniendo episodios otra vez, me sacarían. No importaba el método, lo harían, porque esta misión es más importante que cualquier otra cosa.

Shinoda me dejará ausentarme por el resto del día, y si no lo hace, tampoco me presentaré a mi turno. Jun estará segura siempre y cuando no salga de estos muros. Saco el teléfono desechable de debajo de una de las tablas bajo la cama y le envío un mensaje a Himari, una de mis compañeras asignadas, preguntando por Shun.

Su respuesta es casi inmediata.

«**Número desconocido:** Se encuentra bien. La bala no dañó ningún nervio. Katashi está furioso por lo que James hizo. En cuanto puedas, quiere hablar personalmente contigo. Bien hecho».

Su mensaje me pone los nervios de punta. No significaba nada bueno que el jefe quisiera hablar conmigo, no después de lo que sucedió hoy. Le respondo con un «De acuerdo», apago el teléfono y lo guardo de nuevo. Tenemos horas fijadas para enviarnos mensajes, por lo que no me perderé ninguna información mientras el teléfono estuviera apagado.

Deambulo por mi habitación por lo que parecen ser horas hasta que termino sentada en una esquina. Ahora que todo se había resuelto en cuanto a Shun, debo concentrarme otra cosa o me volveré loca.

Dima sigue sin revelar alguna información importante. Tal vez poner micrófonos y cámaras en su habitación no será suficiente. Necesito encontrar una manera de intervenir su teléfono. Hay conversaciones que no puedo escuchar por completo y tal vez en ellas digan algo crucial para mí.

Tengo los materiales para llevar a cabo esta estrategia; lo que no tengo es el momento adecuado. Y ahora, mucho menos lo tendré después de lo que pasó entre nosotros. Aunque, en realidad, no sé definir qué fue lo que pasó. ¿Quería besarme? ¿O solo quería follar hasta el olvido y luego seguir como si nada?

No sé qué me molestaba más: la idea de esto último o el hecho de que no me moleste tanto. Tal vez, al igual que él, estoy algo frustrada sexualmente. No por él, sino por todo lo que ha

estado pasando últimamente. Boxear no es suficiente para desestresarme, pero es lo único que tengo.

Por ahora.



GOLPEO el saco de boxeo con fuerza, sintiendo cómo el impacto hace vibrar todo mi cuerpo. Llevo alrededor de dos horas en el gimnasio, pero no era suficiente. Mi mente sigue atrapada en esas semanas que pasé secuestrada.

Tenía solo diecisiete años cuando mis padres me ofrecieron para una misión. El problema era que la manera en que querían infiltrar agentes en esa operación era todo menos ortodoxa.

Querían atrapar al jefe de un cartel de México. Su producto principal y el más demandado era la compra y venta de niñas. Y la Interpol no tenía a nadie que pudiera hacerse pasar por una pequeña de dieciséis años o menos, pero sí tenían padres con hijas entrenadas, física y mentalmente, desde que pudieron caminar. Yo, junto con otras cinco chicas, fui enviada a esa misión después de cuatro meses estudiando el caso.

Pero ninguna preparación habría sido suficiente para lo que nos enfrentamos a lo que nos esperaba allí, mucho menos cuando nos estaban esperando. Alguien en la Interpol nos había traicionado.

De las cinco, solo tres, incluyéndome, salimos vivas. Aunque en aquel entonces nuestro mayor anhelo hubiera sido morir antes que vivir con las secuelas que nos dejó esa misión.

Solo mi psicólogo y el director de la Interpol saben lo que me pasó a mí y a las otras chicas. Si mis padres lo supieran, no podrían vivir con la culpa. Para ellos, la historia es que fui enviada al campo a una muy temprana edad y algunas de las cosas que vi me dejaron traumada. Espero que siempre crean esa mentira.

Me quedo en el gimnasio hasta que cae la noche, luchando contra mi propia mente. Pero incluso después de irme y darme una larga ducha, puedo escuchar sus insultos, gritos. Puedo sentir sus golpes y mis huesos rompiéndose… Aun en la oscuridad y en la seguridad de mi habitación, vuelvo a ser esa niña de diecisiete años que llegaron a salvar demasiado tarde.

Porque así fue.

Cuando los agentes llegaron, ya era muy tarde para todas, en especial para dos de nosotras. El rescate, los disparos, el alboroto y la muerte solo fueron la guinda del pastel.

Claro que sé utilizar un arma y escuchar disparos sin querer salir corriendo, pero participar en rescates me volvía loca. Porque me recordaba que yo no pude ser salvada.

Decido no dejarme atrapar en un círculo vicioso de pensamientos, tomo mi *laptop* de la mesa de noche y la enciendo. De inmediato comienzo a revisar las grabaciones de las últimas horas en la habitación de Dima. Cuando termino, regreso a la transmisión en vivo. Lo encuentro profundamente dormido en su cama.

Las cámaras tienen lentes de visión nocturna, así que puedo verlo perfectamente, a pesar de que tenía todas las luces de su habitación apagadas.

Lo observo dormir por lo que parecen ser horas, pero cuando comienza a balbucear y a retorcerse, y miro el reloj, solo han transcurrido unos veinte minutos. Sin saber por qué, me inclino en dirección a la pantalla cuando el sonido de su respiración acelerada llega a mis oídos.

Bueno, mierda, claro que sabía por qué me interesaba escuchar su respiración acelerada. Y

cuando su gemido se filtra a través de las bocinas de mi *laptop*, mi corazón se detiene por unos breves segundos.

¿Acaso estaba teniendo un sueño húmedo…?

Me sobresalto cuando se sienta abruptamente en la cama, jadeando. Enciende la lámpara de su mesa de noche y se pasa ambas manos por el rostro, luciendo frustrado. Y como si no hubiera sido suficiente escucharlo gemir, se quita las sábanas de encima, dejando ver su miembro erecto marcado bajo el bóxer.

—Esto no puede estar pasando —susurro sin poder apartar la mirada de la pantalla. Siempre adelanto las grabaciones cuando se está desvistiendo o cambiando de ropa, pero ahora que lo veo casi desnudo, no puedo obligarme a apartar la mirada.

Era hermoso, por no decir que terriblemente sexi, y la personificación del deseo. Su pecho estaba, en su completa totalidad, cubierto de tatuajes. Los tatuajes se perdían por debajo de la liga del bóxer, dejando muy poco a mi imaginación. Sus muslos eran gruesos y estaban bien tonificados como resultado de pasar largas horas entrenando, al igual que su pecho y brazos. No había ni un solo lugar de su cuerpo que no pareciera estar duro, ya fuera por los músculos, oh, bueno, una erección que, a pesar de que lo estaba viendo a través de una cámara, dejaba claro lo cómoda que debía ser la cama…

Tal pensamiento me devuelve a la realidad. Estoy mirando a un hombre casi desnudo, sin su consentimiento, a través de unas cámaras que se instalaron solo para vigilarlo.

Estoy a punto de apagar la *laptop*, cerrar todo e irme a dormir, cuando toma su teléfono de la mesa de noche y comienza a marcar un número.

Pero son las palabras que le dice a la persona al otro lado de la línea lo que me hace detenerme por completo.

—Me casaré antes de tres meses. Sí, estoy seguro. —Cuelga y vuelve a acostarse—. Pero no lo haré sin antes saber cómo se siente en realidad esa boca tuya, pequeña mentirosa.

Todo el aire en mis pulmones me abandona al escuchar esas palabras, dichas con el ruso más excitante que le he oído jamás.

Y como si supiera exactamente en qué dirección está una las cámaras, gira la mirada hacia ella.

Sí, definitivamente, necesitaba irme a dormir.

DIECISÉIS

Dima Voronin Smirnov

Tenía a Izumi presionada contra el colchón, sintiendo cada curva de su cuerpo contra el mío, pero no haría ningún movimiento hasta que ella respondiera a mi pregunta.

Reprimo un gemido cuando mece sus caderas contra las mías. Sus manos, pequeñas y suaves, recorren mis bíceps hasta llegar a mi pecho.

—Con que a qué juego, ¿eh? —Muerde su labio inferior, convirtiéndose en la cosita más sexi que mis ojos hayan visto—. Creo que será mejor que te lo demuestre.

Y sin previo aviso, sus labios están sobre los míos. Gimo cuando su lengua recorre mis labios; la tomo de las caderas y la presiono contra mí, desesperado. Mi mano va a su cuello e inclino su cabeza para tener mayor acceso a su boca. Su lengua ávida, era además atrevida e increíblemente dulce.

—Demonios —exclamo cuando su mano llega a mi polla, que ya se encontraba completamente erecta, y la aprieta, haciéndome gemir.

—Tal vez no ha sido suficiente demostración, ¿o sí? —Sin darme tiempo a responder, me empuja contra la cama y se monta a horcajadas sobre mi pelvis—. Me encanta la imagen que tengo de ti en este momento. —Sonríe.

El cabello le caía alrededor del rostro, creando sombras oscuras sobre él que resaltaban el gris de sus ojos. Se veía hermosa, así sonriendo, tan distinta a cuando entré a la habitación y la encontré apagada, recluida dentro de sí misma, tratando de alejarme. Y estaba comenzando a descubrir que no me gustaba que lo hiciera. Prefería que peleara conmigo, que me enfrentara y contestara; me gustaba ver esa chispa de ira siempre que podía.

Sus manos curiosas recorrieron mi cuerpo con una mezcla de curiosidad y decisión. Cuando llegaron al dobladillo de mi camiseta, dejé que me la quite, y sus dedos siguieron con su exploración. Haciendo un trazo con el dedo, palpa algunos de mis tatuajes hasta llegar a la liga de mi pantalón.

—Me parece que este continúa hacia abajo —dijo, refiriéndose a uno de mis tatuajes.

—¿Ah, sí? Supongo que tendrás que averiguarlo.

Un gemido escapó de mi garganta cuando siento sus dedos deslizándose dentro de mi pantalón y luego apretando mi polla. Me inquieté ante sus caricias, porque cada centímetro de mi cuerpo quería tomar las riendas de la situación y sentirla a ella, pero quería que se dejara llevar, que fuera ella misma por una vez y olvidara lo que sea que la estuviera atormentando.

—Deja de jugar que me estás matando —susurré mientras seguía acariciándome de arriba hacia abajo.

—¿No querías saber a qué juego? Bueno, ahora lo sabes. —Me desabrochó el pantalón y lo

deslizó por mis piernas junto con el bóxer—. Estoy jugando con tu polla —murmuró antes de metérsela a la boca y chuparla.

Mierda.

Jadeo por aire mientras me siento abruptamente en la cama. Mi cabeza palpita, al igual que mi polla. Acabo de tener un sueño húmedo, como un maldito adolescente que acaba de ver a la chica que le gusta.

Me quito las sábanas de encima y miro mi erección. Si esto me lo había provocado solo un sueño, ¿cómo sería poder sentirla de verdad? Me paso las manos por la cara ante tal pensamiento; me estaría condenando a mí mismo si seguía por ese camino, pero una probada no le haría mal a nadie, ¿verdad?

Decidiendo que eso es lo que voy a hacer, tomo mi teléfono de la mesa de noche y llamo a mi madre. Había hablado con ella esta tarde para ponerla al día con lo sucedido.

—¿Dima?

—Me casaré antes de tres meses.

El silencio se hace al otro lado de la línea por unos segundos.

—Dima, ¿estás seguro de lo que dices?

—Sí, lo estoy. —Cuelgo antes de que mi madre intente convencerme de que me tome mi tiempo—. Pero no lo haré sin antes saber cómo se siente realmente esa boca tuya, pequeña mentirosa —murmuro en ruso, deseando con cada fibra de mi ser que ella pudiera escucharme.

Mi mirada se pierde en un punto de la pared frente a mí. Lo único que ilumina la habitación es la lámpara de mi mesa de noche, así que no alcanzo a ver mucho más allá de la cama.

¿Conocen la sensación de estar siendo observado, pero cuando miras a tu alrededor no encuentras a nadie? Bueno, así me he estado sintiendo cada vez que paso más de un par de horas en esta habitación. He revisado cada rincón del lugar esperando encontrar cámaras, pero para mi completa frustración, nunca he encontrado nada. Así que desconocía el motivo de por qué me sentía observado constantemente. Tal vez me estoy volviendo paranoico, o tal vez no he buscado lo suficientemente bien. Mi instinto me gritaba de que era la segunda opción la más probable, así que, decido hacerle caso, me levanto de la cama y comienzo a buscar, pero esta vez sin un detector de cámaras.

Me toma casi el resto de la noche, pero cuando lo encuentro, una sonrisa se dibuja en mis labios.

—*Ya ub'yu tebya*[1] —sentencio en ruso, esperando que quién esté detrás de las cámaras me esté escuchando.



ME DESLIZO en mi asiento frente a Jun, quien apenas aparta la mirada de su plato. Luce agotada; su ceño está fruncido y se frota los ojos cada cierto tiempo. Miro en dirección al puesto donde se suponía que Shinoda debía estar desayunando. Se había ausentado por cuestiones de trabajo, dejándonos a Jun, Izumi y a mí solos en el comedor.

—¿Estuviste bebiendo anoche? —le pregunto. Tiene el aspecto de una persona con resaca.

No asiente ni niega, solo se encoge de hombros. De verdad tiene muy mal aspecto, temo que en cualquier momento comience a vomitar.

—Jun, creo que deberías ir a descansar. No deberías ingerir nada sólido todavía.

Niega con la cabeza.

—Si mi padre se entera… —dice en voz baja y débil.

—No le diré nada, te lo prometo —le aseguro.

No le toma mucho optar por irse. Cuando intenta ponerse de pie, Izumi se acerca a ayudarla. Todavía parece estar borracha. ¿Por qué había estado bebiendo? Y lo que me preocupa más, ¿por qué Shinoda no debía saberlo? ¿Acaso también controla cuando bebía? Aunque, ahora que lo recuerdo, nunca la vi beber las veces que salimos.

—Nakamura, necesito que vuelvas aquí cuando la dejes en su habitación —le ordeno a Izumi antes de que salga del comedor.

Observo cómo su postura relajada cambia de inmediato; los músculos de sus hombros y espalda se tensan, y se pone más erguida.

—Por supuesto, señor Voronin.

Las veo irse mientras en mi mente se arma una pequeña lista.

1. Conseguir un anillo de compromiso pronto.
2. Poner a Izumi de rodillas frente a mí.
3. Matar a la persona que se atrevió a espiarme.

No voy a hacerlo precisamente en ese orden, pero debo poner manos a la obra. Y para cada cosa en esa lista necesitaré a mi pequeña mentirosa.

DIECISIETE

Mei Takahashi

Mierda. Mierda. Mierda.

Esto no podía estar pasando, nada de esto.

Esta mañana, cuando me levanté, fui a revisar las cámaras; ¿el motivo por el cual toda la sangre de mi cuerpo me abandonó? Estas estaban desactivadas. Y, por supuesto, no debían estarlo.

En mi pánico, intenté convencerme de que casualmente las tres cámaras se habían caído o fallado al mismo tiempo. Pero sabía que, a menos que alguien estuviera intentando sabotear la misión, no podía ser una coincidencia. Especialmente con la mirada que Dima dio anoche, justo en dirección a una de las cámaras.

Las había descubierto y para mi suerte, o muy mala suerte, los micrófonos seguían transmitiendo, así que pude escuchar a la perfección cuando dijo que me mataría. Aún no sabía que era yo quien lo había estado espiando, pero si su hermana Alicia sabía cómo rastrear al administrador de las cámaras, daría conmigo más pronto que tarde… Debía evitar que eso sucediera a toda costa y para lograrlo tendría que hacer algo fuera de mis órdenes, de nuevo.

Si le decía a Katashi lo que había ocurrido, me sacaría de la misión; porque, «a», corría el riesgo real de que me mataran; y «b», si la mafia se entera de que la Interpol está haciéndose pasar por los suyos, no habría un lugar seguro en todo el mundo para todos los agentes. Nos cazarían. Sería una masacre.

Luego de dejar a Jun en su habitación, regreso al comedor, no sin antes asegurarme de que todas mis armas están cargadas. No sé qué esperar de Dima, a pesar de todo el tiempo que he pasado vigilándolo e interactuando con él.

—Aquí estoy, ¿para qué me necesitas? —digo apenas pongo un pie en el comedor.

En sus manos descansa un arma. Mis ojos demoran unos segundos en apartarse de ella. Lo he visto usarla para matar un par de veces, gracias a algunas cámaras que lo captaron cuando era más joven y descuidado. No sé si para esos años ya existía esa frialdad en su mirada cuando mataba a alguien o lo torturaba, pero no quiero descubrir qué se siente ser objetivo de ella.

Por experiencia propia, sé que ese tipo de miradas no trae nada bueno para sus víctimas.

—¿Alguna vez te han observado sin tu consentimiento?

Sus palabras liberan miles de recuerdos, pero me obligo a mantener la calma y a no perder la cabeza.

—No. ¿Por qué la pregunta?

Mete la mano, la que no tiene el arma sujeta, en el bolsillo de su chaqueta y arroja sobre la mesa tres pequeñas bolitas negras. Eran las cámaras.

—Lo pregunto porque encontré esto en mi habitación. —Se pone de pie, rodea la mesa y camina en mi dirección—. No sabrás quién plantó esto en mi habitación, ¿o sí?

Niego con la cabeza.

—No, señor Voronin. Nadie en este lugar tiene motivos para espiarlo.

Enarca una ceja.

—Ah. Soy el señor Voronin de nuevo, ya veo. —Una clara molestia se filtró en sus palabras —. Supongo que hasta alguien tan imprudente como tú puede ver lo delicado de esta situación y la posición en la que te pone. —Suspira guardando el arma—. No confío en ti, Izumi, y por esa misma razón te quiero cerca. —Se inclina, imponiendo su altura sobre la mía—. Me ayudarás a encontrar al responsable de esas cámaras.

Sus palabras me producen un *shock,* había creído que le diría a Shinoda sobre las sospechas que tenía de mí y le pediría que me enviara lejos. Pero como dijo Al Pacino en *El padrino,* «mantén a tus amigos cerca, pero a tus enemigos aún más cerca».

Estando cerca de él debería tener más cuidado con lo que decía y cómo actuaba.

DIECIOCHO

Dima Voronin Smirnov

Observo la pantalla del ordenador, fijándome en cada detalle en la imagen. Estamos en mi habitación revisando las grabaciones. Los de seguridad habían protestado un poco cuando les pedí —muy amablemente— que me dieran acceso a todas las cámaras de la mansión.

A Shinoda no le haría mucha gracia, pero en cuanto sepa mis motivos, me dejará hacer lo que quiera con tal de no perder el arreglo matrimonial.

A mi lado, Izumi observaba la pantalla sin parpadear. Ha estado en silencio más de lo normal, sin soltar ninguno de sus habituales comentarios ingeniosos. Quizás, recordó al fin quién era yo y del poder que tenía en mis manos.

Esta situación también ha servido para poner mis pies sobre la tierra. Había estado a punto de echarlo todo a la basura por una maldita follada, y eso no debía suceder de nuevo.

—Ahí —digo, pausando una grabación de varias semanas atrás.

—¿Qué? Solo están los guardias de seguridad. —La voz de Izumi suena apagada, como si estuviera muy lejos de aquí.

—¿Ves ese leve parpadeo en la imagen? —Niega, sin apenas prestarme atención—. Alguien entró al sistema de seguridad y congeló la grabación para que quien instaló las cámaras pudiera entrar a mi habitación sin ser visto.

Suspira ruidosamente.

—Bueno, ya descubriste el misterio de cómo entraron. ¿Puedo irme? —Sus palabras salen a regañadientes, como si el pedir mi permiso fuese peor que flagelarse ella misma.

—¿Tienes un lugar mejor en el cual estar?

—En realidad, sí.

Arqueo las cejas, incrédulo.

—Parece que el mentirme se está volviendo una costumbre, ¿o me equivoco, pequeña mentirosa?

Cada músculo de su cuerpo se tensa. Estábamos sentados uno al lado del otro frente al escritorio, con apenas unos centímetros entre nosotros.

—Deja de llamarme así. Y no soy una mentirosa, tengo trabajo que hacer.

—No. Tu trabajo se encuentra durmiendo ahora mismo, así que no tienes nada que hacer.

Ríe, haciendo el sonido más peculiar al final de la risa. Era tal y como haría un puerquito.

—Es muy ingenuo de tu parte creer que mi único trabajo es cuidar de Jun.

—Estás con ella todo el día, y el único tiempo libre que tienes, a veces, es la noche.

—La noche es muy larga y recientemente Shinoda me dejó a cargo de otra tarea. Así que, con tu permiso o no, me retiro.

Mi mano es más rápida que mis pensamientos porque sale disparada y la toma por la muñeca, evitando que se vaya.

—Voy contigo.

Las palabras salen antes de que siquiera pueda ordenar mis pensamientos. Aunque va en contra de lo que pensé hace tan solo unos momentos, no puedo evitar la necesidad de saber en qué más está trabajando.

—Bien.



—No me jodas.

—Nunca lo haría.

No tengo palabras para lo que tenía frente a mí. Estamos en un circuito improvisado de carreras ilegales, y por como miran a Izumi, quien está a mi lado con una sonrisa, es evidente que aquí la respetan y admiran.

Hay coches deportivos y motos a donde quiera que mire. Los motores rugen con fuerza por todo el lugar, el olor a neumáticos quemados inunda el aire, y la música estaba a todo dar.

—¿Qué es este lugar, Izumi?

—El paraíso.

Me da la espalda y camina hacia un grupo de personas que la reciben con vítores. Debo admitir que estoy de acuerdo con ella, esto es el paraíso. Me acerco sin querer perderla de vista. Los hombres y mujeres a su alrededor detienen la charla en cuanto me ven.

—Ah —dice Izumi al mirar por encima de su hombro y encontrarme de pie detrás de ella—. Chicos, él es Dima Voronin. Dima, ellos son mi equipo de carreras.

Demoro unos segundos en procesar lo que ha dicho.

—¿Eres corredora? —pregunto sorprendido.

Sus amigos me observan fijamente, como si fuera un bicho raro para diseccionar y estudiar.

—Y la mejor en todo el lugar —responde una voz a nuestra espalda antes de que ella pueda hacerlo.

Izumi sonríe al reconocer de inmediato al que habló. Gira sobre sí misma y corre a abrazar al hombre, quien ya tiene los brazos abiertos para recibirla.

La escena me molesta más de lo que debería. Esta era otra de las pocas veces en la que la veo tal como realmente es, y aunque debía sentirme bien al observarla feliz, al final éramos como socios de trabajo. Aquello me sentaba como un golpe en el estómago, siendo ella misma con alguien más. Con otro hombre.

—Nick, él es Dima. Un compañero del trabajo. —El hombre frente a mí es americano, alto, rubio y de unos veintitantos.

—El chico Voronin. Sí, sé quién eres. Todo el mundo habla de ti y de la hija de Shinoda. —Palmea mi hombro con una sonrisa socarrona en su rostro—. Si arreglaran mi matrimonio con una chica como Jun, tampoco me quejaría. —Me guiña el ojo como si lo que acabara de decir no fuera una completa mierda.

Lo tomo del hombro pareciendo amistoso, pero aprieto con fuerza y le susurro al oído:

—Vuelve a ponerme una mano encima y te pongo una bala en la cabeza, ¿entiendes, «chico»?

Me alejo, sintiéndome más relajado que hace unos segundos. La mirada de Izumi iba de mí a la de su amigo, que parecía estar un poco pálido.

—Entonces, ¿correrás esta noche? —pregunto, atrayendo la atención de Izumi.

—Sí. Corro de vez en cuando en nombre de Shinoda para ganar algunas apuestas o cerrar un trato.

—¿Y esta noche por qué correrás?

—Ambas cosas. Y tú serás mi copiloto.

La sonrisa en mi rostro no es suficiente para demostrar lo feliz que me hace escuchar eso. Disfrutaba participar en las carreras ilegales, ¿pero que me eligiera a mí como su acompañante? Por Dios, era todo un privilegio.



ME ACOMODO en el asiento de copiloto, con Izumi ajustando los últimos detalles a mi lado para comenzar la carrera. Correría contra dos coches, ambos manejados por hombres que la miran como si fuera una mancha en sus zapatos. Ninguno cree que ella pudiera ganarles, y aunque nunca la he visto correr, confió en lo que es capaz de hacer.

Toma su teléfono y lo conecta al equipo de sonido del coche, dejando lista la canción que se va a reproducir. Es *The Hills* de The Weeknd.

—¿Listo?

Asiento, sin poder ocultar la emoción que se refleja en mi rostro.

Una mujer se acomoda frente a los coches y zarandea una banda roja y...

—¡Fuera!

Izumi acelera con todo lo que el motor del coche da y la música resuena en mi pecho.

La mejor puta sensación.

El rugido de los tres motores taladra mis oídos hasta que logro sentirlos en mi alma. Miro a Izumi, quien tiene la sonrisa más hermosa que le he visto. Sus manos y pies se mueven con una gracia y velocidad que me tienen completamente fascinado. Vamos en la delantera, dejando atrás a los otros competidores. Todo pasa demasiado rápido a nuestro alrededor. Izumi toma una curva que me impulsa hacia su derecha, luego otra a la izquierda y, después de esta, de nuevo a la derecha.

—¡Maldición, Izumi! ¡Debiste desacelerar! —grito para hacerme escuchar por encima de la música y el rugido del motor.

Ella niega sin dejar de sonreír.

—Nunca le tengas miedo al volante, Dima Voronin.

Y con eso vuelve a acelerar a fondo y a tomar una curva como si no le temiera a salir volando y hacerse pedazos.

Cuando nos acercamos a una recta, uno de los otros competidores acelera y nos rebaza en segundos.

—Oh, Tony. Qué estúpida decisión has tomado. Mi turno.

Acelera, posicionándose detrás del coche del tal Tony, siguiéndolo de cerca. Este intenta maniobras desesperadas para quitársela de encima, pero no lo consigue, e Izumi comienza a reírse como una desquiciada.

La miro sin conseguir apartar la mirada cuando me ordeno hacerlo. Ahora puedo decir con

toda seguridad que está completamente loca. Pero esa locura me atrae por más que me resista y quiera huir de ella.

Cuando rebasa a Tony otra vez, después de haber estado jugando con él, en lo único que pienso es en que quiero besarla. Verla conducir era la cosa más sexi y caliente que he visto en mi vida. Y su destreza no se compara con la de ningún otro corredor, siempre y cuando yo permaneciera fuera de ese grupo.

Cuando cruzamos la línea de llegada, Izumi tiene la respiración entrecortada y las mejillas ligeramente sonrojadas. Los vítores resuenan a nuestro alrededor, pero en lo único que podía concentrarme era en el gris de sus ojos, que me observaban como si quisieran verme el alma.

La tensión entre nosotros es palpable, al igual que el calor y las palabras que ambos queremos decir, pero que tenemos miedo de pronunciar en nuestras propias mentes. Su mirada está inundada de emociones, emociones que quiero abrazar y fundir dentro de mí. ¿Pero si yo no acepto las mías, ¿qué derecho tengo a exigirle a que ella lo hiciera?

—Encontraré la forma de sacarnos de esto sin ahogarnos en el proceso —susurro.

Ya no sé qué hacer. El plan que había estado tratando de sostener desde que llegué aquí estaba a punto de derrumbarse. Alejarse de Izumi ya no era una opción. Mi alma se ha entrelazado demasiado con la suya.

DIECINUEVE

Mei Takahashi

«Encontraré la forma de sacarnos de esto sin ahogarnos en el proceso».

Las palabras de Dima resuenan con fuerza en mi mente mientras me abro paso entre un par de personas que me felicitan por haber ganado la carrera. Generalmente, disfruto de estos momentos; son los únicos en lo que soy en verdad yo, a pesar de que me encuentro bajo una identidad falsa.

Entré a las carreras ilegales cuando tenía quince años: ciertamente a mis padres no les hizo ninguna gracia que tomara su coche por meses para practicar y participar en carreras clandestinas, pero mi esfuerzo por tanto tiempo me convirtió en la mejor. Este fue uno de los motivos por los que me asignaron esta misión: sabían que Shinoda buscaba a alguien que corriera en su nombre, y nadie en la agencia tenía mi destreza al volante. Tal hecho le había golpeado demasiado fuerte a James en el ego. Pobre.

Termino de recibir las felicitaciones y me dirijo al almacén. Necesito alejarme unos minutos de la multitud; me siento abrumada. Debo poner en orden todo lo que siento o terminaré cometiendo una estupidez.

El plan en cada carrera siempre había sido llevar a Nick como copiloto, el chico le agradaba demasiado a Shinoda y era el que le informaba de todo. Desde que llegué uno de mis objetivos principales fue acercarme a él. Pero hoy, sin darme cuenta, envié ese plan a la basura y elegí a Dima como mi copiloto. Y lo peor de esto era que no me arrepentía, lo había disfrutado como nunca.

Sentir la mirada de Dima sobre mí mientras conducía hizo todo aún más emocionante. Admito que me lucí un poco solo para sorprenderlo.

Me siento sobre el capó de uno de los coches y respiro profundamente. Tengo que explicarle a Nick antes de que hable con el señor Shinoda por qué elegí a Dima como mi copiloto. Lo último que necesito es que Shinoda sospeche de intento quitarle el prometido a su hija. Lo que, por supuesto, no es cierto.

—¡Izumi! —El grito de mi nombre me sobresalta. Saco el arma de la funda de cintura de mi pantalón y le apunto a quien gritó—. ¡Mierda! ¡Cálmate! —Nick levanta las manos y alterna la mirada entre mí el arma.

—Lo siento. Me asustaste. —Bajo el arma y la guardo. Si no se había dado cuenta de lo nerviosa que estaba, ahora lo sabe. Nunca me asusto con tanta facilidad—. Justo iba a buscarte.

Su expresión cambia de la sorpresa a la felicidad.

—Quería felicitarte por la carrera. Lo hiciste increíble. —Sonrío con sinceridad ante sus palabras.

—Gracias. Quería pedirte perdón por haberte quitado tu puesto de copiloto. Solo quería enseñarle a Dima lo que es una carrera de verdad.

Algo que me disgusta de esta identidad es lo arrogante que puede ser a veces. Los psicólogos de la agencia diseñaron mi perfil. Sabía perfectamente que Dima era un excelente corredor, tal vez el único contrincante digno para mí, por lo que insinuar que él no sabía lo que era una carrera de verdad no me hacía sentir especialmente bien conmigo misma.

—No te preocupes. Sé que fue solo por esta vez. Nadie puede impedir que sea tu compañero de carreras más de una vez. —Me guiña un ojo y se da la vuelta, encontrándose con un muy serio Dima.

Oh, mierda. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? ¿Y cuánto había escuchado?

—Tenemos que irnos. Shinoda ha solicitado tu presencia. —La frialdad en su tono podría congelar todo el infierno de ser posible.

Me pongo de pie y paso por su lado sin dirigirle la palabra, le echo un último vistazo a Nick y me despido de él con un movimiento de la mano.

Me dirijo al coche y abro la puerta del puesto de conductor, pero antes de que pueda subirme, una gran mano la cierra de golpe.

—¿Qué cara...?

—¿Por eso me escogiste como tu compañero? —El dolor en las palabras de Dima me golpea el corazón con fuerza—. Respóndeme, Izumi. ¿Por eso lo hiciste?

Cierro los ojos, no queriendo sentir nada de lo que mi corazón ahora experimenta. Culpa por haberlo lastimado. Y tristeza porque él la estaba sintiendo.

—Te explicaré todo en el camino. Aquí es demasiado peligroso.

—¿Por qué?

—Hay más personas de las que crees observándote. —Lo hago a un lado y entro al vehículo, al minuto Dima entra también.

—Tengo curiosidad por saber quiénes me observan, pero necesito primero esa explicación.

—La tendrás.

~

ME ORILLO a un lado de la carretera. Estamos a unos kilómetros de la mansión de Shinoda, por lo que no corríamos riesgo de que alguien viera el coche que me habían asignado para este tipo de trabajos.

—Te elegí como mi compañero porque así lo quise. Quería que me acompañaras —afirmo, sintiendo su mirada sobre mí, pero no tenía el valor para mirarlo. Era terreno peligroso el que estaba pisando con esta conversación.

—¿Por qué querías que te acompañara?

Gruño de frustración al escucharlo. Quiero mandarlo a la mierda por obligarme a decirlo en voz alta. ¿El lado bueno de ser la primera en dar un paso en la dirección que seguro nos llevará a la ruina? Podría restregárselo en la cara cuando todo se fuera por el caño.

—Primero que nada, te daré una paliza por obligarme a hacer esto.

—Nunca podría obligarte a hacer algo que no quieres, *malen'kiy*.

Todo en mi interior se calienta como la primera vez que me llamó así. Aunque quiero gritarle que no vuelva a decir una sola palabra en ruso en mi presencia, me contengo.

Ya estaba harta de esto.

—No sé cómo demonios seguiremos después de lo que diré, Dima. Pero será mejor que lo resuelvas, porque es toda tu maldita culpa. —Me giro en mi asiento y, mirándolo a los ojos por primera vez desde que detuve el coche, le digo—: Te deseo tanto, pero tanto, que ya no sé cómo hacer mi trabajo si te tengo cerca. No sé por qué siquiera me gustas. No te soporto.

Una parte de lo que había dicho es mentira, pero él no necesitaba saber cuál no era verdad.

La cadencia de su pecho se acelera mientras el deseo se desliza por su mirada, haciendo que ciertas partes de mi cuerpo cobren vida.

—Es la primera vez que una mujer me dice abiertamente que me desea. —Una perversa sonrisa se desliza por sus labios, haciéndolo lucir increíblemente sexi y muy caliente—. Y estoy jodidamente feliz de que lo hayas dicho tú. Sin duda fue más «civilizado» de lo que hubiera hecho yo.

La manera que remarca la palabra me obliga a preguntar:

—¿Qué planeabas hacer?

Su mirada recorre mi cuerpo como una suave caricia.

—Besarte y doblarte sobre el capó del coche mientras te follo.

Lo dice con tanta naturalidad que mis labios se abren ante la sorpresa. Tenía la impresión de que Dima era el tipo de hombre que disfrutaba de pronunciar sucias palabras.

Extiende su mano y acaricia mis labios, levemente entreabiertos.

—Pensándolo mejor ahora... —Gimo cuando me toma por el cuello, apretando suavemente mi garganta, y choca sus labios contra los míos. Su beso no es suave ni lento; es duro y controlador, como todo en él.

Llevo mis manos a su cuello, disfrutando de la sensación de su cuerpo bajo mis manos. Tiro de su cabello hasta que lo escucho gemir. Lamo la comisura de sus labios, dejándolo con las ganas de llevar su lengua a mi boca. Beso y muerdo su cuello, manteniendo el control sobre su cabello para que no pueda moverse.

—Dos pueden jugar a tener el control —susurro antes de tirar el lóbulo de su oreja.

—No lo creo, *malen'kiy*. —Sin previo aviso, envuelve su mano alrededor de mi cuello y gira mi cuerpo hasta que mi espalda golpea la puerta. Sin dejar de apretar el cuello, se inclina sobre mí—. A partir de ahora, yo tendré todo el control. Sobre ti. Sobre tu cuerpo. Te tendré como y donde quiera.

Bufo ante sus palabras. Había perdido la cabeza.

—No.

La excitación recorre sus facciones, haciéndome preguntarme si no le había dado lo que quería.

—No —repite. Une sus labios con los míos, su lengua se abre paso en mi boca a pesar de mi resistencia. Todo mi cuerpo es consumido por su beso. Es posesivo, como si estuviera reclamándome o escribiendo en piedra mi destino. Quizás lo había hecho desde el momento en que sus ojos se posaron en mí por primera vez.

Sin dejar de besarme, recorre con su mano libre todo el costado de mi cuerpo hasta detenerse en mi cadera. Gimo cuando muerde mi labio inferior hasta romperlo; el sabor metálico de la sangre se funde entre nuestras lenguas, haciendo el momento más sucio e intenso.

No quería pensar en la caja de Pandora que habíamos abierto, pero mi piel vibraba con la adrenalina del peligroso camino en el que nos habíamos adentrado.

Jadeo por aire cuando lleva sus labios a mi cuello, cada vello de mi cuerpo se eriza al sentir

su respiración acelerada contra este. Recorre la línea del escote de mi blusa antes de enterrar la cara en el valle de mis senos y comenzar a chupar.

—Dima —gimo cuando sus manos aprietan mis pechos, haciendo que mi centro se contraiga. Muerde por encima de la blusa y el sujetador uno de mis pechos, ocasionando que todo mi cuerpo se estremezca. Dios, quería sentir sus dientes y labios sobre mi piel desnuda, pero desnudarnos por completo sería demasiado arriesgado—. Dima, por favor —ruego, mas no sabía qué le estaba pidiendo.

—Mmm. ¿Qué es lo que quieres? —susurra contra mi piel—. ¿Mis dedos? ¿O mi polla dentro de tu apretado coño?

Gimo ante su boca sucia. Tomo su rostro entre mis manos.

—Quiero tu boca en mi coño. —Una siniestra sonrisa recorre sus labios.

—Lo que mi pequeña quiera, yo se lo daré.

Tira de la cinturilla de mi pantalón hasta dejarme expuesta. Presiona su nariz contra mis bragas negras, y mi centro responde con un apretón involuntario. Estaba arrodillado entre mis piernas. Oh, mierda, cómo me gustaba ver al gran Dima Voronin arrodillado a punto de darme placer.

—Mierda. Hueles tan bien. Eres jodidamente dulce. —Grito cuando tira tan fuerte de mis bragas hasta romperlas y metérselas al bolsillo de su pantalón—. Un pequeño recuerdo para cuando esté solo en mi habitación. —Me abre las piernas, y en un latido de mi corazón, su lengua se encuentra separando mis labios vaginales, probándome. Un gruñido surge de su pecho antes de tomarme de los muslos y mantenerme fija contra su boca. Me estremezco, gimo y grito su nombre a medida que sus lamidas y mordidas se van haciendo más salvajes.

Mi cabeza se golpea contra el vidrio a mi espalda, pero apenas registro la sensación de dolor cuando acaricia mi entrada con su dedo medio.

—¡Ah! ¡Dima! —Aprieto los músculos de mi vientre, queriendo llevarlo más adentro.

—¿Eres una pequeña codiciosa, no es así? ¿Quieres otro dedo dentro de ti? —Asiento frenéticamente, necesitaba mucho «más»—. Mira cómo me estás apretando. ¿Así me apretarás la polla cuando esté dentro ti? ¿Vas a exprimir cada gota de semen dentro de tu dulce coño?

—¡Deja de hablar! ¡Dios, esa boca tuya va a matarte!

Ríe entre dientes antes de penetrarme con otro de sus largos dedos. Pongo los ojos en blanco ante la cantidad abrumadora de placer que mi cuerpo estaba sintiendo. Su boca cae sobre mi clítoris, y en ese momento siento que pierdo completamente el control de mi cuerpo.

—Córrete. Quiero ese orgasmo en mi boca. Así podré probarte toda la noche. —Arquea los dedos, tocando «ese» punto perfecto, y colapso.

Araño sus hombros y cada músculo de mi cuerpo se tensa por la magnitud del orgasmo. Su lengua bebe cada gota de este hasta que me deja por completo limpia. Saca sus dedos de mi interior y los limpia con la lengua sin dejar de mirarme.

Jodidamente caliente.

Y pensar que había creído que Dima era un hombre frío.

El sonido de su teléfono rompe la tensión del momento. Lo toma y contesta de inmediato.

—Shinoda. Sí, ya estamos en camino. Está bien. —Cuelga y su atención regresa a mí. La lujuria y el deseo seguían brillando en su mirada. Pero ahora parecía tener un poco más de control—. Tenemos que regresar. Shinoda tiene una tarea para ambos.

Frunzo el ceño.

—¿No habías dicho que quería verme a mí?

Sonríe, pero esta vez hay algo diferente en su expresión, algo que no esperaba: un toque de timidez. Era una revelación, especialmente considerando que hace apenas unos minutos me estaba ordenando que me corriera en su cara.

—Mentí. Quería a ese idiota de Nick lejos de ti.

Niego. Este hombre era un caso perdido, pero una pequeña sonrisa se desliza por mis labios. ¿Lo había hecho por celos? Bien, ese no era el camino correcto.

Podría traer más problemas de los que seguro ya teníamos.

VEINTE

Dima Voronin Smirnov

El corazón quería salirse de mi pecho.

El recuerdo de lo que habíamos hecho en ese coche no me permitía pensar con claridad, incluso mientras nos dirigíamos a la oficina de Shinoda. Todavía podía saborear a Izumi en mi lengua y sentir el fantasma del calor de su cuerpo en mis manos. Y sus labios… El recuerdo de ellos solo me instaba a querer tomar más de ella. Cada centímetro hasta que todo me perteneciera solo a mí.

El resto del camino a la mansión transcurrió en silencio. No me arrepentía en absoluto de lo que había sucedido. Había pasado mucho tiempo meditando lo que sentía y las consecuencias que podría traer, y ahora me sentía preparado para enfrentarlas. Pero lo más importante era asegurarme de que mis acciones no afectaran a mi familia.

—¿Estás lista? —le pregunto en un susurro. Hace un tiempo habían dejado de escoltarnos a la oficina de Shinoda, así que podíamos hablar sin temer que alguien nos escuchara. Las cámaras que nos grababan no tenían micrófonos, y además, estábamos de espaldas a ellas.

No responde, solo asiente, abre un lados del *shoji* y entra. Shinoda estaba sentado detrás de su escritorio. Parecía que apenas había estado descansando. En los últimos días se le había visto muy poco, de seguro el hombre tenía algún asunto entre manos.

—Señor Shinoda —decimos Izumi y yo al mismo tiempo, inclinándonos lo suficiente para demostrar respeto. En otra ocasión le hubiera molestado nuestra falta de modales, pero hoy parecía demasiado inquieto por algo mucho más importante.

—Iré al grano, ya que no tenemos tiempo que perder. Los hombres de la Triada se están metiendo en nuestros asuntos. Atacaron a un grupo de los míos que venía de camino a la mansión. Mi primo iba en uno de los coches. Lo mataron.

A medida que habla, cada parte de mi cuerpo se tensa. La Triada era una organización criminal china, conocida por traficar personas y dedicarse a la prostitución… Eran hombres despiadados. Comparados con ellos, Shinoda parecía un santo.

—¿Ha tenido problemas antes con ellos? —pregunta Izumi, que parecía imperturbable. En ocasiones, cuando la veía hacer preguntas como esa, poniéndose en modo detective, me preguntaba dónde demonios había sido entrenada de verdad. Había investigado por mi cuenta a la organización de la que supuestamente venía, y aunque eran unas increíbles luchadoras, como ella, no parecían tener ese instinto para investigar y luego unir los puntos necesarios para resolver el problema.

Ladeo la cabeza mientras continúa haciéndole preguntas a Shinoda. Al parecer, nunca había tenido problemas de importancia con ellos, solo alguno que otro roce. Así que, ¿a qué se debía

este repentino interés por la familia de Shinoda? Antes de que pueda averiguarlo, Izumi le pregunta si alguien más, además de él, sabía que su primo iba en el coche y si el número de hombres que lo acompañaban era el mismo de siempre.

Eran preguntas muy específicas, demasiado para una mujer solo entrenada para matar. Era la primera vez que veía más allá de su irritante, en ocasiones, sentido del humor y la manera en que su cuerpo me hipnotizaba. Era muy consciente de lo inteligente que era Izumi; era algo que me gustó de ella de inmediato, pero había un instinto en ella que muy pocas personas poseían.

¿Saben qué tipo de personas tenían ese instinto?

Los psicópatas y la policía.

Su postura, la manera en que miraba todo lo que la rodeaba, como si aprendiera y estudiara cada cosa y persona. Miraba a las personas como si vigilara que todo lo que dijeran fuera verdad, tal como observaba a Shinoda en estos momentos. La recorro con la mirada, fijándome en cada tensión y soltura de su cuerpo. Tenía una mano en la cintura, cerca del arma que se encuentra sujeta a su muslo derecho; la mayor parte de su peso parecía estar puesta sobre esa pierna. Su cabeza estaba ligeramente ladeada y su pie izquierdo chocaba de manera constante contra el suelo de madera, produciendo un tap-tap cada pocos segundos.

Era una postura que reconocería en cualquier parte.

Izumi no era policía, pero había recibido entrenamiento o tenía a alguien cercano que lo era y conoció a lo largo de los años, lo que justificaría por qué adoptó esa posición.

El haberme percatado de estos detalles en tan solo unos minutos era prueba de lo distraído que había estado últimamente. Llevábamos el mismo tiempo en esa casa, y en ese mes lo único que había observado con detenimiento era cada curva de su cuerpo. Mis hermanas estarían decepcionadas de mí.

—¿Dima? ¿Estás de acuerdo? —La voz de Shinoda atrae mi atención, y evito sobresaltarme, ya que había estado aparentando oírlo.

—Lo estoy —respondo sin tener la menor idea de lo que habían estado hablando, pero ya lo descubriría.

—Bien. Los veré mañana por la noche.

Asiento, ansioso por llamar a mis hermanas. Íbamos a tener una larga conversación. Pero antes de salir de la oficina, pregunto:

—¿Jun cómo se encuentra? —Evito mirar a Izumi mientras hablo. ¿Me hacía una mala persona no sentirme culpable luego de haber tenido la lengua en el coño de otra mujer que no era mi prometida? Si era así, tampoco me arrepentía. Se lo explicaría todo a Jun cuando llegara el momento.

—Está bien, con un poco de resaca. Preguntó por ti hace un par de horas. Le dije que habías salido con Izumi.

Asiento y me retiro de la oficina con Izumi pisándome los talones. Cuando estamos lo bastante lejos de oídos curiosos, me adelanta y se detiene frente a mí.

—Lo que pasó hoy no volverá a repetirse. Fue un error.

La frialdad y seriedad de sus palabras me golpean fuerte. Bueno, no sabía exactamente qué estaba esperando: tal vez colarme en su habitación y volver a poner mi cara entre sus piernas, pero sin duda no esto. Toda ella era determinación y terquedad, por no mencionar la ira. Genial, ahora estaba molesta conmigo.

—¿Puedo saber por qué? —digo igualando su tono cortante.

Me mira como si hubiera dicho la cosa más estúpida e irracional del mundo.

—¿No es obvio? Estás comprometido, ¿sabes lo que eso significa, no? —Suspira molesta—. No debí dejarme llevar por las emociones del momento. Fue algo estúpido. Así que, como dije, no volverá a repetirse. Yo tengo un trabajo, y es proteger a Jun; ella es una buena chica, así que no quiero hacerle daño. Y tú, como su futuro esposo, deberías serle leal y res...

—¿Te arrepientes? —pregunto deteniendo su perorata—. Dime que te arrepientes y nunca más volveré a tocarte. —Doy un paso en su dirección, pero no retrocede. Estábamos en un punto ciego de las cámaras y ningún guardia podía vernos desde este lugar, por lo que estábamos a salvo—. Mírame a los ojos y dilo. Soy un hombre de palabra —afirmo pensativo—. La mayor parte del tiempo lo soy. Así que respetaré lo que respondas.

El silencio se extiende entre nosotros hasta que alza la mirada y se encuentra con la mía. Se había cerrado en banda. No veía más que frialdad en su mirada.

—Mañana por la noche acompañaremos al señor Shinoda a su club, se reunirá con el líder de la Triada. Prepárate, puede que no sea un encuentro pacífico. Yo le informaré al resto de los hombres que nos acompañarán lo que haremos. —Se da la vuelta y comienza a alejarse, pero luego se detiene—. Si eres un hombre de palabra, aceptarás lo que digo: no volverá a repetirse.

Se aleja en grandes zancadas hasta que se pierde entre uno de los tantos pasillos de la mansión. No miró ni una sola vez en mi dirección.

Dos cosas eran seguras: uno, se había percatado de lo distraído que había estado en la reunión, lo que me hacía preguntarme hasta dónde llegaban sus habilidades deductivas; y dos, no se arrepentía de lo que había sucedido entre nosotros, solo tenía miedo.

Y eso era genial, porque no era la única.



EL TIMBRE SONÓ un par de veces hasta que mi hermana Elaine contestó. Eran las tres de la mañana aquí en Japón, en Rusia debían ser cerca de las doce del día.

—¡Hermanito! —La voz chillona de Elaine me saluda, lo que aligera la tensión de mi cuerpo de inmediato—. ¿A qué debemos este placer? ¿No deberías estar durmiendo?

—Así es, pero necesitaba ponerlas al día. ¿Sabes dónde está Alicia?

—Estamos juntas —responde la aludida.

—¿Interrumpo algo? —Generalmente, cuando estaban juntas era porque se traían algo entre manos.

—Estamos comiendo con los chicos —responde Elaine.

—Dima, ¿cómo te trata la vida en Japón? ¿Algo interesante que contar? —La insinuación en las palabras de Camillo es clara, y supongo que por el siseo que le siguió, parece que Alicia también se percató de ello y lo ha golpeado.

—Todo en orden —miento a medias—. Marcello, ¿mi hermana te comió la lengua?

Pincho a mi cuñado tal y como lo había hecho desde que tenía memoria.

—No, Dima. Mi lengua sigue funcionando perfectamente bien. Tu hermana puede dar fe de ello, ya que no tuvo quejas hace un par de horas.

Hago una mueca de asco al escucharlo.

—Demasiada información. Gracias. —Escucho las risitas de todos a través de la línea—. Antes de que cualquiera de ustedes quiera hacer otro comentario sobre su vida sexual, necesito que investiguen a alguien. Y no, Alicia, lo que descubriste de ella no fue suficiente. Tengo la

sospecha de que no es quien dice ser. Hay mucho más.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Alicia.

—La he estado observando de cerca. Más de lo que debería. Su comportamiento a la hora de indagar, su postura, incluso cómo mira todo lo que la rodea. No es solo alguien que fue entrenada para matar, sino también para vigilar a todos, estudiar su comportamiento y adaptar su personalidad. Y sabe cosas que no debería.

Tuve la oportunidad en más de una ocasión de ver su comportamiento con distintas personas. Se presentaba ante Jun como una posible amiga, la escuchaba y hablaba con ella. Le daba la atención que muy pocas personas aquí le daban. Con Aiko era reservada, pero aun así no dejaba de tratarla como una posible amiga, incluso como una aliada. Ambas habían sido puestas aquí con el objetivo de servir y proteger. Con los chicos en la pista era una colega, amiga, socia. Bromeaba y reía, dejando de lado su postura de soldado. Con Shinoda era obediente y sumisa, algo que sin duda sabía que no era. Con el resto de los hombres de Shinoda era imponente, una líder innata, cuando les daba órdenes a algunos de ellos y cuando salíamos de la mansión con Jun. Y conmigo es todo lo contrario de cómo es con todos los demás; desafiante, terca, desobediente, atrevida y luchadora.

Se adapta a lo que le permite ganar la confianza de esa persona.

—¿No le dijiste a Alicia que creías que tenía contactos en la Policía? —pregunta Camillo, esta vez sin un rastro juguetón en su voz. Alicia debió contarle todo después de mi llamada ese día. No había secretos entre ellos.

—Y lo sigo creyendo, pero no me parece que sean simples contactos. Debe mantener una estrecha relación con alguien de la Policía.

—Tal vez no sea alguien de la Policía —dice Marcello—. Por lo que Elaine me contó, ella sabía información sobre ciertas personas. Tú mismo los investigaste; no encontraste ningún delito al cual darle importancia. ¿Pero ella tenía información que convenientemente Alicia logró encontrar sin mucho esfuerzo en los expedientes de la Policía de Japón? —Un nudo de inquietud se aprieta en mi estómago. Tenía sentido lo que decía; la información la habíamos conseguido demasiado fácil—. Estuve investigando por mi parte. No me mires así, *cuore,* no dije nada porque quería lucirme un poco cuando llegara el momento. —No puedo evitar reír. Marcello disfrutaba cuando Elaine le recordaba lo perceptivo y listo que era. Tenía un ego de mierda que alimentar—. Bien, continúo. Touji Shō, el amigo de tu prometida, tiene una orden de captura que fue emitida el año pasado por los Estados Unidos. Y su padre tiene una orden de captura por la Interpol por ser parte del tráfico de personas. Toda la información de sus antecedentes y sucios secretos se encuentra en los servidores del FBI y la Interpol. Así que tu chica debe conocer a más que simples policías.

Había dicho información muy importante, pero para mi cerebro, al parecer, lo más interesante era la forma en la que se había referido a Izumi. «Tu chica». No era «mía». Pero maldición, qué bien se escuchaba.

—Nada de eso salía en los informes que encontré de la Policía —susurra Alicia, sonando pensativa.

—Alguien sabía que haría que la investigaran —suelto, comprendiendo la situación—. Dejaron solo la información necesaria para saciar mi curiosidad por quién era.

—Pero no previnieron que te interesarías en ella más allá de lo debido. Por eso la has estado observando tan de cerca, ¿no? Ella te gusta. —No respondí de inmediato a las palabras de Marcello, pero había algo de verdad en ellas.

—Parece que es de familia poner el ojo donde no se debe —dice Camillo en un intento de broma, pero al igual que su hermano, tenía razón.

Mis hermanas y yo habíamos puesto el ojo donde no debíamos.

—Alicia, parece que has encontrado un nuevo reto. Búscala en todas partes. Usa el reconocimiento facial, rastreo de correos, llamadas y mensajes. Quiero saberlo todo.

—Esto será divertido. Destruiré los servidores de quien sea que la esté escondiendo. —Podía escuchar la sonrisa en sus palabras. Nada le gustaba más que hacer papilla los servidores de las personas—. Por cierto, rastreé al fabricante de esas cámaras con el código de serie que me enviaste.

Le había enviado varias fotos de las cámaras y micrófonos que había encontrado en mi habitación, al igual que un código de serie que traían las cámaras.

—Te escucho. ¿Qué encontraste?

—El fabricante es estadounidense, pero las cámaras son enviadas a distintos puntos por todo el mundo. Logré rastrear una de las rutas hasta Japón, en Tokio. Te enviaré la dirección para que puedas ir a echar un vistazo.

—De acuerdo. Muchas gracias por todo, chicos.

—Dima, escucha con atención lo que diré. Debes tener cuidado cuando vayas a esa dirección. Las rutas estaban muy bien encriptadas; alguien no quiere que nadie sepa a dónde se envían esas cámaras. No sabemos de qué se trata, así que cuídate las espaldas. Puede que te esté vigilando más de una persona.

«Hay más personas de las que crees observándote».

Las palabras de Izumi resuenan con fuerza en mi mente.

—Te lo prometo, tendré cuidado. Envíales saludos a nuestros padres.

Termino la llamada y me dejo caer sobre la cama.

¿En qué carajos me había metido? ¿Y quién me estaba vigilando tan de cerca?

El teléfono vibra en la palma de mi mano con un mensaje entrante.

«**Alicia:** ¿La boda sigue en pie?».

Medito unos minutos antes de responder.

«**Yo:** Te aviso mañana por la noche».

VEINTIUNO

Dima Voronin Smirnov

Detengo el coche frente a una tienda que vende todos los accesorios para la seguridad del hogar; era la dirección que me envió Alicia minutos después de nuestra llamada. El lugar parece ser un cuchitril desde afuera, pero algo que me enseñaron mis padres es a no dejarme llevar por las apariencias. A veces, lo que tenemos frente a nuestros ojos no refleja la verdadera naturaleza de las cosas.

Bajo del vehículo luego de asegurarme de que mis armas están en su lugar. No le informé a nadie de la mansión sobre mi destino cuando salí por la mañana; solo les dije a los guardias que, si Shinoda preguntaba por mí le dijeran que había salido a comprar un par de cosas para Jun. Eso lo mantendría satisfecho por un tiempo.

Estuve tentado de despertar a Izumi y traerla conmigo, ya que le había dicho que me ayudaría a encontrar a la persona que instaló las cámaras y los micrófonos en mi habitación, pero mi instinto me advirtió que era una muy mala idea. ¿Por qué? Eso estaba por averiguarlo. Iba a escarbar en su vida hasta descubrir quién era en realidad, porque si en algo tenía razón es que era una pequeña mentirosa escurridiza.

El sonido de una pequeña campana en la puerta de la tienda anuncia mi llegada al dueño de la tienda; se encuentra frente a una gran estantería llena de luces para exteriores, sensores de movimiento, cámaras y otros accesorios.

El dueño de este cuchitril era Phil Allen, tiene sesenta y cinco años. Estadounidense en toda su esencia. Fue dado de baja con honores de la Marina, sin hijos ni esposa. Sus padres muertos. Su único hermano se encontraba en una residencia de ancianos en Denver, Colorado. Era un don nadie, o eso aparentaba ser.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarlo?

Observo el pequeño lugar antes de responder. Hay dos cámaras frente a mí, probablemente equipadas con micrófonos. A pesar de que todo se veía sucio y desordenado, la tienda está bien abastecida. ¿Quién demonios le compra a este hombre como para que pueda mantener este negocio a flote?

—Me mudé hace poco con mi prometida que tiene dos pequeños diablos a los que llama perros. Viven haciendo desastres con mi jardín, pero mi mujer asegura que no son sus perros —digo en un inglés fluido. Mis padres nos enseñaron a mis hermanas y a mí a ocultar nuestro lugar de origen. Y mi inglés era excelente, por lo que este exmarine no debería darse cuenta de nada a menos que supiera quién soy—. Así que me gustaría instalar un par de cámaras para atrapar a esos demonios.

Phil se ríe y se acerca al mostrador para sacar varios modelos de cámaras, pero ninguna es lo

que estoy buscando.

—Estas son las mejores que podrás encontrar en el país. Lente de alto alcance, excelente calidad de video y vienen con un pequeño micrófono. Los perros de tu mujer no podrán esconderse de estas bellezas.

Asiento, tomo una de las cámaras y finjo estudiarla.

—¿No tendrás unas menos llamativas? No me gustaría que mi mujer se diera cuenta de que vigilo nuestro jardín.

Phil me observa unos minutos antes de asentir. Había una ligera tensión en sus hombros y lo notaba más alerta que hace unos minutos. Parece que puedes sacar al hombre de la Marina, pero no la Marina del hombre.

—Uno de mis vecinos te compró un juego de cámaras hace unas semanas y me recomendó este lugar —digo, continuando con mi teatro. Iba a hacer que la mierda le explotara en la cara—. Las cámaras que le diste son sorprendentemente increíbles. Dijo algo así como que se camuflan muy bien con el entorno. Su mujer ni siquiera se ha dado cuenta de que su esposo la vigila para saber si tiene una aventura con uno de sus compañeros de trabajo. —Río, y me inclino en dirección a Phil como si estuviera a punto de compartirle un gran secreto—. Me gustaría un par de esas, amigo.

—Lo siento, pero no vendo ese tipo de cámaras. Considero que todas las personas tienen derecho de saber que están siendo grabadas, y con esas cámaras nadie se daría cuenta. Es una invasión a la privacidad.

—Eso mismo pensé. —Dejo salir un suspiro decepcionado, luego, aprovechando la ventaja de estar cerca de él, lo tomo de la nuca y golpeo su cabeza contra el mostrador—. Sabes, Phil, me sentí genuinamente violentado cuando encontré esas cámaras en mi habitación. Estuvieron vigilándome por semanas. ¿Pero sabes que más encontré? —Aprieto su rostro contra la madera del mostrador, y gruñe debido a la presión. Sus manos permanecen a sus costados y se mueven en lo que él cree que es un movimiento imperceptible—. Presiona ese pequeño botón rojo de emergencia todo lo que quieras, nadie vendrá por ti.

Alicia se había encargado de interceptar sus dispositivos móviles, cámaras, micrófonos y ese botón rojo. Está enlazado a un número de teléfono desechable que, por mala suerte, sería difícil de rastrear, pero no imposible.

—¿Qué carajos quieres, maldito ruso? —pregunta entre dientes mi nuevo amigo Phil.

—Así que sabes quién soy. —Sonrío satisfecho con eso—. Quiero saber a quién le vendiste estas cámaras y micrófonos para vigilarme. —Con mi mano libre, saco los restos de las cámaras y micrófonos de mi bolsillo y los dejo caer en el mostrador—. Dime a quién se las vendiste y no te mataré.

—No te diré nada, asqueroso Voronin. —Bufo ante su insulto.

Levanto su cabeza y la golpeo con fuerza contra el mostrador.

—Creo que he sido demasiado amable. —Saco la navaja de mi bolsillo trasero, tomo su mano y empalo la navaja en el dorso de esta. Phil no grita, pero siento cómo su cuerpo se convulsiona por el dolor—. Comencemos de nuevo, Phil. ¿A quién se las vendiste?

—¡No lo sé! —grita.

Bien, es un avance.

Saco la navaja de su mano; la sangre sale a borbotones del pequeño agujero.

—¿Por qué no lo sabes, Phil? Eres un marine. Tu trabajo es saber todo de todos. —Recorro su brazo con la navaja hasta llegar a su codo—. Responde. ¡Ahora!

—Fue una compra anónima.

—¿Dónde la entregaste? —Mi pregunta no obtiene una respuesta, así que la hoja de mi navaja atraviesa la unión de su brazo con su antebrazo. En esta ocasión Phil grita, lo que me hace sonreír—. Vamos, Phil, creí que ya nos estábamos haciendo amigos. No quiero hacerte daño. Dime lo que quiero y podrás regresar a casa para informarle a tus amigos que estoy buscando a la persona que me ha estado vigilando. —Cada músculo de su cuerpo se tensa—. Así que sabes algo sobre eso. Eres un ser lleno de sorpresas. ¿Dónde hiciste la entrega?

—En una estación de trenes. Me dijo el número de tren y el vagón donde debía dejar el paquete. No me quedé para ver quién lo recogería.

Ya fuera o no mentira, no me diría nada más. Pero no necesitaba que lo hiciera, simplemente necesitaba que actuara.



HABÍA TRANSCURRIDO una hora desde que salí de la tienda de Phil. Lo noqueé antes de irme, por lo que tuve varios minutos para revisar el lugar y clonar sus dos teléfonos. Uno tenía un número desechable, así que esperaba que escribiera o llamara desde ese para avisarle a su jefe sobre lo sucedido, pero hasta ahora no se había comunicado con nadie, lo que me hacía pensar si tal vez tenía otro teléfono.

Me encuentro de camino a Kabukicho, el barrio rojo de Tokio. Este lugar es conocido por su vida nocturna, ya que ofrece una gran variedad de servicios de «compañía». A pesar de que Japón es un país en contra de la prostitución, tiene un gran problema en ese barrio, pero era justo lo que necesitaba. Todo el que estaba lleno de mierda hasta el cuello se encontraría en un barrio como ese, y yo necesitaba encontrar a Tanaka, mano derecha del jefe de la organización «Escarlata».

Alicia había estado trabajando duro desde ayer. Cuando descubre que alguien es capaz de esconderse de ella, hace hasta lo imposible por desmantelar su fachada. Estuvo rastreando a Tanaka hasta que su señal se perdió a un par de kilómetros de la entrada al barrio rojo, lo que solidificaba mi corazonada.

Aún tengo varias horas antes de regresar a la mansión y prepararme para esta noche, y mientras no tuviera contratiempos, todo estará bien.

El segundo teléfono en mi bolsillo, el que adquirí hoy por la mañana, vibra con una notificación cuando entro en el barrio rojo, pero decido que lo revisaré cuando salga de este lugar. Las calles estaban en calma, nada de música sonando fuera de los locales ni luces led. Los antros y clubes parecen estar cerrados. Por lo visto, el barrio rojo solo tiene vida por la noche.

Había escuchado entre los hombres de Shinoda varios de los nombres de los clubes de este lugar, pero el que más se menciona entre ellos, ya que tenía la mejor «calidad» de mujeres, era Yokubō. En inglés era «Lust» y hacía referencia al segundo círculo del infierno, por lo que había investigado. Era un tanto poético, puesto que todos los que pasaban por este barrio seguro terminaban en ese círculo del infierno.

Detengo el coche frente al club. Sus puertas están cerradas, pero como buen fiestero, sé que hay personal adentro organizando todo para otra noche de acción. Con suerte, el dueño estará ahí. Como dueño de mis propios clubes, siempre sé quién entra y sale, y todo lo que sucede a puerta cerrada, por lo que este hombre seguro ha escuchado del lugar al que suele ir Tanaka para

reunirse con su jefe, ya que es un cliente frecuente suyo. Es maravilloso lo que uno puede descubrir de una persona a través de sus transacciones bancarias.

En lo que va de semana, Tanaka ya ha visitado tres noches seguidas el club. El hombre tiene un serio problema con mantener la polla dentro de los pantalones. Y por lo que he visto, aún le falta asistir una noche más. De viernes a domingo parecía estar trabajando, ya que los lunes por la mañana recibe una buena suma de dinero.

La puerta del club se abre, para mi sorpresa, y entro. Las luces están completamente encendidas, por lo que podía ver con claridad el lugar. Hay una gran barra donde tres mujeres limpian y ordenan las bebidas y vasos. Hay varios reservados con asientos de cuero negro, cojines y una gruesa cortina que parece darle algo de privacidad a las personas cuando la necesitan. Un tubo de *pole dance* está en el medio del reservado. No era de extrañar, porque este es el club con más demanda. Permiten a las personas hacer lo que quieran a cambio de una buena cantidad de dinero.

No he dado más que un par de pasos cuando dos hombres se me acercan. Son altos, pero no tanto como yo. Tienen hombros anchos, músculos fuertes y la cabeza rapada.

—Está cerrado —dice el gorila uno en japonés.

Enarco una ceja.

—Eso es evidente. Vine a ver a su jefe. —Se miran entre ambos, pero ninguno se mueve. Suspiro, cansado de que todo el mundo me desobedezca hoy—. Pondré una bala en sus brillantes cráneos si no me llevan con su jefe en el próximo puto minuto.

Eso parece captar su atención porque pronto se apartan de mi camino y comienzan a avanzar. Seguimos las escaleras que van al segundo piso y luego nos adentramos en un pasillo que nos deja frente a una puerta recubierta de cuero color negro. Es, sin duda, la oficina privada del dueño.

Abro la puerta antes de que ninguno de los dos gorilas mueva un músculo y la cierro detrás de mí. De inmediato me arrepiento de entrar sin haber llamado. Kei Kumai, el dueño del club, está follando con una mujer sobre su escritorio, lo que es jodidamente asqueroso.

Carraspeo, tratando de llamar la atención de ambos, pero con los gemidos de la mujer apenas si he podido escucharme a mí mismo. Esto es muy, muy incómodo.

—¡Si escucho salir otro falso gemido de la boca de esa mujer, voy a pegarme un tiro! —grito. Ambos se quedan congelados; ella con las piernas abiertas y una mano en su pecho, y él con la polla medio afuera. Ladeo la cabeza—. Sí, la pobre de verdad estaba fingiendo.

—¿Quién demonios eres y qué haces en mi club? —Kei se acomoda dentro de sus pantalones, y la mujer se apresura a acomodarse el vestido para salir corriendo de la habitación, aunque no sin antes lanzarme un guiño. No sabía si Izumi era una mujer celosa, pero de serlo, seguro habría saltado sobre la mujer.

—Soy Dima Voronin. Vengo por negocios. —La sorpresa baila en sus facciones—. Siento haber interrumpido tu pequeño entretenimiento.

—¿Qué clase de negocios busca un Voronin por este barrio? Sé muy bien que los tuyos no están dentro del negocio de la prostitución. —Kei rodea su escritorio y toma una botella de licor del minibar—. ¿Quieres un trago?

—Así estoy bien. Y, respondiendo a tu pregunta, no vengo por esa clase de negocios. Quiero información sobre una persona.

Una sonrisa de suficiencia se extiende por su cara.

—Darte información te saldrá incluso más caro que alguna de mis chicas. ¿Estás seguro de

que no quieres un poco de diversión antes de hablar sobre negocios?

Suspiro. ¿Es que acaso hoy era el día de «molestemos todos a Dima»? Porque mi paciencia se estaba agotando. No quería llamar la atención, pero hacer explotar este lugar cada vez era más tentador.

—¿Has escuchado hablar sobre una mujer llamada Mhia Salvatore, Kei? —digo, tomando asiento de manera despreocupada en la silla ejecutiva frente a su escritorio—. Tal vez quieras que la llame y le cuente un poco sobre lo que haces aquí, para que tú y yo podamos hablar de negocios.

Veo cómo el color abandona su rostro a medida que asimila mis palabras. Mhia era una muy buena amiga de mi madre y hermanas. Ella tenía una organización que se encargaba de ayudar y proteger a todas las mujeres que han sido violadas, maltratadas o secuestradas. Pero, fuera del ojo público, la organización contaba con un grupo de asesinos entrenados que cazaban a hombres como Kei y los mataban muy lentamente. El nombre de Mhia era temido en el bajo mundo, incluso yo era lo bastante inteligente como para temerle.

—No creo que sea necesario llegar tan lejos, Dima. Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo.

Kei toma asiento al otro lado del escritorio en su, de seguro, incómodo sofá para visitantes. Era claro quién de los dos tenía el poder en esta conversación.

—Eso creí. —Abro la chaqueta del traje, dejando visible las dos armas en mi pistolera—. Quiero que me hables de Tanaka, de su jefe y de la organización «Escarlata». Y no trates de decirme que no sabes nada. Odio que me mientan. —Miro el reloj en mi muñeca—. Tienes una hora.

VEINTIDÓS

Mei Takahashi

Observo impaciente la entrada de la mansión. Dima ya debería haber llegado. Cuando fui a buscarlo por la tarde, luego de haber pasado toda la mañana con Jun en el invernadero, me informaron que había salido de compras en cuanto el sol se asomó entre las nubes, buscando algún detalle para Jun.

Las palabras me sentaron como un golpe en el estómago. En esta ocasión, fue más evidente que otras veces que debía recordarme que estaba comprometido. Seguía enfadada conmigo misma por haber cedido la noche anterior. Sí, se suponía que, por cualquier medio, debía acercarme a Dima, pero esto se sentía mal. Incorrecto. No solo porque estaba mintiendo para ganarme su confianza, o al menos intentarlo, ya que Dima había dejado muy en claro que sabía que ocultaba algo, sino porque llevar esto a una relación física, se sentía sucio. Él deseaba estar con una mujer que no era yo en realidad, pero al mismo tiempo, si supiera quién soy, no querría estar conmigo… Y eso me sentaba como otro maldito golpe, porque, a pesar de mis palabras de la noche anterior y de que era una agente encubierta, seguía queriendo estar con Dima. Así fuera únicamente para rascarme esta comezón de estar en su cama.

Era una terrible agente, amiga e hija. ¿Y lo peor de todo esto? Comenzaba a creer que no me importaba.

Lanzo una plegaria cuando veo llegar su camioneta blindada. Estaciona frente a mí y sale con gracia del coche, luciendo una estúpida sonrisa. Por alguna razón, esta me cabrea de inmediato.

—Salimos en quince minutos, Dima.

—Lo sé, *malen'kiy lzhets.* —Pasa por mi lado y se dirige a su habitación. Mis oídos apenas registran cómo me ha llamado, pero suponía que debía preocuparme si unía sus dos apodos favoritos para mí. Sin pensarlo demasiado, lo sigo. Estaba molesta. ¿Por qué estaba tan feliz?

—¿Dónde estuviste? —grito antes de darme cuenta.

Sus pasos se detienen a mitad de camino hacia la habitación. Estábamos en un lugar público y a la vista de las cámaras, pero para cualquiera que estuviera viendo a través de ellas solo parecería que estábamos teniendo una tranquila conversación. Y en cuanto a cualquiera que pudiera escucharnos, debía cuidar mis palabras.

—¿Preocupada por mí, Nakamura? —La burla en sus palabras es palpable y de inmediato me arrepiento de haber preguntado.

—Como miembro de la seguridad de Shinoda, sí, lo estaba. No puedes salir de la mansión sin protección. Eres un activo muy importante para la organización.

Sé que la he cagado cuando la expresión burlona desaparece y una mirada glacial ocupa su lugar.

—Para la próxima, llevaré escoltas. No quiero que se estropee el valioso activo de Shinoda —dice frío, pareciendo indiferente, pero podía ver más allá de esa máscara: le habían dolido mis palabras.

Retoma el camino a su habitación y desaparece.

EL PEQUEÑO VIAJE a nuestro destino había sido incómodo. A pesar de haber protestado, Shinoda me puso en el mismo vehículo donde iban él y Dima. ¿Su explicación? A la hora de un ataque era la que mejor podría cubrirlo. Dima no se inmutó ante el pasivo insulto de Shinoda a sus habilidades para combatir. De hecho, apenas participó en la conversación que Shinoda intentó mantener con él; se rindió al percatarse del mal humor de su futuro yerno.

Observé por el rabillo del ojo la reacción de Dima cuando nos bajamos frente al club, pero apenas si había mirado el lugar. El punto de reunión era un moderno club del barrio rojo, ya que Shinoda ni el líder de la Triada tenían poder aquí. Ambos se encontraban expuestos para un ataque.

Asiento en dirección a los hombres que nos escoltaron: un total de diez divididos en dos camionetas. Tres entrarían con nosotros, dos irían a la parte trasera del club para mantener el camino libre en caso de que necesitáramos escapar. Y los últimos cinco rodearían el lugar para informarme de cualquier movimiento sospechoso.

Entramos al club, Dima y Shinoda caminando por delante de nosotros en una clara muestra de poder para el público. El club estaba tan lleno como esperaba, pero había una buena cantidad de personas que eran una potencial amenaza. Escoltamos a ambos hombres al segundo piso, donde tenía la esperanza de que hubiera menos personas. En esta ocasión, opté por mi ropa táctica. Las armas y cuchillos estaban a la vista de todos, pero nadie miraba más de dos veces en nuestra dirección. Nuestras armas eran una clara advertencia: «acércate y muere».

—Caballeros, bienvenidos. —La voz de Kei Kumai irrita mis oídos de inmediato. Nuestras miradas no se cruzaron por más de un segundo, pero fue tiempo suficiente para captar la amenaza en sus ojos. Él sabía quién era, me había ayudado a encontrar a Tanaka cuando se estaba escondiendo de mí y mis agentes. Kei conocía muy bien de mi inexistente agrado hacia el líder de la organización «Escarlata», tanto así que le había puesto un precio a mi cabeza. Así que un movimiento en falso, y Kei haría que los hombres frente a mí me mataran al revelarles mi identidad, y él recibiría su recompensa.

—Por aquí, por favor. Sus invitados de esta noche ya han llegado.

Seguimos a Kei hasta un reservado que tenía vista a la pista de baile, donde una cuantas parejas bailaban. En mi línea de visión estaban Tao Lǐ y su hijo, Bao. Había dos hombres escoltándolos, pero además de ellos, no parecían tener más seguridad. O eran muy confiados o había hombres haciéndose pasar por civiles. Me inclinaba por la segunda opción.

—Hanzō. Ken'ichi. Vigilen a los civiles. Puede que haya más hombres de Tao escondidos —susurro por el intercomunicador sin quitarle la mirada de encima a los dos potenciales enemigos sentados en el sofá.

Me quedo de pie detrás del sofá donde se sientan Dima y Shinoda, vigilando a los escoltas de Tao. Hanzō y Ken'ichi me cubren las espaldas.

—Ha pasado tiempo —dice Shinoda en un perfecto chino. Dima permanece en silencio,

parecía estar estudiando a los hombres sentados frente a él. La madre de Dima, Anastasia, manifestó años atrás su disgusto por los hombres como Tao; había enviado a Mhia Salvatore por uno de sus socios cuando descubrió que forzaba a las mujeres para tener relaciones sexuales. Según los registros, el cuerpo del hombre fue encontrado sin genitales; murió desangrado. Así que no debía ser nada fácil estar delante de dos escorias que compraban y vendían mujeres para hacerse ricos y no poder matarlos. Incluso a mí me resulta tentador tomar mi arma y dispararles. El mundo sería un lugar mejor sin ellos.

—¿Hace cuánto que no hablamos? ¿Una década? —Tao parece relajado, como si el motivo de esta conversación no fuera que había ordenado a sus hombres matar al primo de Shinoda.

—Once años, si somos exactos. Pero quién lleva la cuenta. —Shinoda lo hace. Han sido once años con la Triada fuera de sus asuntos, hasta ahora—. Esta no es una reunión por los viejos tiempos. Mataste a mi primo, Tao, y quiero saber por qué.

Tao asiente, pareciendo genuinamente pensativo. Por otro lado, Bao no para de lanzarme miradas lascivas. Tal vez por accidente mi cuchillo termine en su ojo al final de la noche. Dima, sin quitarle la mirada de encima a Bao, se reclina contra el sofá y estira los brazos, uno pasando por detrás del cuerpo de Shinoda. Un roce de cálidos dedos recorre la parte interna de mi pantorrilla. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—No quería matar a tu primo. Quería matarlo a él. —La mano se posa sobre mi arma de modo sutil cuando Tao señala a Dima, quien permanece imperturbable y continúa acariciando mi muslo sin que nadie se dé cuenta. Iba a ser yo quien terminara matándolo.

—Oh, querido Tao. Puedes unirte a la fila y esperar tu turno. —El tono de Dima es arrogante, burlón. Sin duda le importa muy poco haber sido amenazado de forma abierta—. Mucho han intentado matarme últimamente, pero como puedes ver, sigo aquí.

—Los rumores parecen ser muy exagerados. ¿Este es el niño al que todo el mundo le teme? —Ríe Bao, mirándolo por encima de la nariz—. Sentado al lado de Shinoda como un perro faldero.

—¿Y qué raza eres tú? Por lo que he escuchado, te la pasas detrás de tu padre. ¿Intentas hacerlo ver que vales algo? ¿Acaso eres demasiado idiota para darte cuenta de que eres un bueno para nada que viola mujeres porque ninguna desea estar contigo, incluyendo tu madre?

Aun con la poca iluminación, observo como el rostro de Bao se vuelve rojo de la ira. En cualquier momento el humo comenzará a salir por sus oídos. Bao es caprichoso, le gusta tener la aprobación de su padre, pero la mayoría de las veces no consigue hacer nada bien y siempre termina desquitándose con alguna mujer cerca de él.

—¿El hecho de que quieras matarme tiene que ver con el precio por mi cabeza? —pregunta Dima volviendo su atención a Tao—. Porque si es así, tendré que decepcionarte. El hombre dispuesto a pagar por mi muerte ya no se encuentra entre nosotros. Los vivos. —Veo la sádica sonrisa recorrer el perfil de su rostro. A veces olvido lo que Dima es en realidad. La frialdad de sus palabras contrastan con su cálida mano recorriendo mi muslo.

Tao iguala su sonrisa y se inclina, dejando los brazos sobre sus rodillas. A su lado, Bao parece planear la mejor forma de matar a Dima. Tenía una mala noticia para él: no lo tocaría, Dima era mío.

—Supe de ese desafortunado accidente, pero él no era el único que quería verte muerto. Hay muchos ofreciendo millones por tu muerte y la de tu familia. —Ladea la cabeza y me mira por unos segundos—. Y hay otros que quieren ponerte tras las rejas.

Cada músculo, tendón y célula en mi cuerpo se tensa ante la clara insinuación de sus

palabras. Observo a Kei, quien está de pie al lado del reservado, escuchando la conversación. Sus ojos permanecen sobre mí. Se lo había dicho. Sabía que estaba infiltrada. Debí matarlo o desaparecerlo en el momento que tuvimos a Tanaka en nuestras manos. A James no le iba a hacer ninguna gracia esto y estaba segura de que pondrá sobre la mesa la opción de enviar de nuevo a un grupo de agentes para que asesinen a Dima.

—Bla, bla, bla. Es lo mismo de siempre con todos. Si quieres verme muerto, toma el arma y hazlo tú mismo, pero asesina a otro miembro de la familia Shinoda e iré por ti. —Señala a Bao —. Y comenzaré desmembrando a tu repugnante hijo. —Se pone de pie y se alisa el traje perfectamente planchado. Mi cuerpo anhela el tacto de Dima en cuanto desaparece y me reprendo por ello—. Hemos terminado con este teatro.

Todo sucede demasiado rápido como para procesarlo. Bao saca el arma escondida bajo la chaqueta de su traje y la apunta a Dima. Mis dedos, con la misma velocidad, se cierran alrededor de mi cuchillo y lo lanzo. Sin esperar a ver cómo se entierra en su globo ocular, me lanzo sobre el cuerpo de Dima cuando los dos hombres de Tao también sacan sus armas y le apuntan.

Dima cae al suelo con un golpe sordo, ruedo sobre mi espalda y tomo las dos armas de fuego en mis muslos. Acomodándome sobre ambas rodillas, les disparo a los escoltas de Tao. En cuanto sus cuerpos se encuentran en el suelo, le apunto a Tao, que se halla a medio camino del reservado.

—Eso fue demasiado estúpido, Tao. No debiste hacerlo. —Me pongo de pie sin dejar de apuntarle. Pone las manos en alto y regresa a donde había estado sentado minutos atrás—. Mira lo que conseguiste. Tu hijo y dos de tus hombres muertos.

Bao se encontraba sobre el sofá con ambos ojos abiertos, mirando hacia la nada; un reluciente cuchillo sobresale de su globo ocular derecho. Mi deseo de esta noche se había hecho realidad.

—Puedes matarme. Pero otros vendrán con la intención de matarlo. Y tú, rata escurridiza… —Disparo antes de que termine de hablar. La única con derecho de estropear esta misión era yo.

Me doy la vuelta, encontrando a Dima y Shinoda observándome.

—No me mientan al decirme que ustedes no querían hacer eso también.

—Eso es cierto. Pero ahora no solo vendrán por Dima, sino por mí y el resto de mi familia. —Shinoda tiene razón, pero no podía permitir que Tao saliera vivo de este lugar. Era un cabo suelto que tenía que eliminar a toda costa.

—Nakamura, se acercan tres camionetas a toda velocidad. Tienes que sacar al señor Shinoda y a Voronin de inmediato —avisa uno de los hombres por el intercomunicador.

—Mierda. Tenemos que irnos. Están llegando tres camionetas. De seguro son de Tao.

Nos apresuramos en ir a la oficina de Kei. Había visto los planos y sabía que había una salida de emergencia en ese lugar. Hanzō y Ken’ichi están en la retaguardia. Entramos a la oficina de Kei y me dirijo al fondo de esta. Me toma unos segundos encontrar la puerta trasera, pero esta se abre con un chasquido cuando tiro de la manija.

—Sigan las escaleras. Los llevarán a la salida trasera del club. —Hanzō y Ken’ichi van primero, luego los siguen Dima y Shinoda. Me demoro unos segundos y luego me giro en dirección a Kei, quien parece sorprendido de que sepa de esta tercera salida—. Debiste mantener la boca cerrada. —Levanto el arma y disparo. La sangre y el contenido cerebral manchan las paredes.

Bien, así no estropeará mis planes.

Cierro la puerta detrás de mí y bajo las escaleras de dos en dos hasta llegar a donde todos se

encuentran reunidos. Hanzō y Ken’ichi se estaban subiendo a la camioneta blindada al mismo tiempo que el resto de los hombres hacían un perímetro alrededor de nosotros. Estoy por pedirle a Dima que suba al vehículo cuando el sonido de unas llantas chirriando me hace girar la cabeza. No me da tiempo de gritar ni de advertirle.

La camioneta frente a nosotros explota y sale volando, y con ella, nosotros. Lo único que pienso antes de que mi cabeza golpee la pared a mi espalda es que todo está a punto de irse al infierno.

VEINTITRÉS

Dima Voronin Smirnov

El dolor en mi columna vertebral me obliga a despertarme, pero de inmediato el dolor en mi sien y costados me abruma. Me concentro en cada una de mis respiraciones en un intento de no desmayarme. La fuerza de la explosión debió haberme roto un par de costillas.

Miro a mi alrededor, encontrando a Izumi frente a mí. Estaba colgando del techo por unas cadenas, al igual que yo. Seguía inconsciente. Verla en aquel estado elimina por completo el enojo que sus palabras me habían provocado horas atrás para ser sustituido por el dolor. No había podido protegerla a pesar de que me prometí hacerlo. No importaba que quisiera mantenernos alejados.

Parecíamos estar en un sótano: no había ventanas y el aire está impregnado de humedad. Me recuerda al sótano en casa de mis tíos Lorenzo y Roxanne, solo que ahora me encuentro en el lugar donde habían estado mis víctimas. No veo a Shinoda por ningún lado y me preocupa que esté muerto, porque si es así, la organización de Japón estaría en problemas. No tenían quién la dirigiera, a menos que me casara de inmediato con Jun. El pensamiento me eriza los vellos del cuerpo.

Debía evitar a toda costa que Shinoda muriera, no quería convertirme en el líder de la Yakuza.

El sonido de varias pisadas me pone alerta. No sabía si los hombres de Tao habían orquestado todo esto o era obra de alguien más. No importaba que la persona que estaba pagando por mi cabeza estuviera muerta, todos querían que mi familia y yo dejáramos de respirar, y con la coronación tan cerca, las personas se están volviendo más audaces.

—El pequeño Voronin está despierto —dicen en japonés a mi espalda; segundos después, cuatro hombres se detienen frente a mí—. Atraparte fue más de lo que anticipé. No eres tan hábil como tu padre.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa. Fue fácil porque hicieron volar la camioneta frente a mis narices; si lo hacían unos minutos después, estaría muerto. Cuando se jugaba sucio, todo se obtenía en un chasquido de dedos.

No respondo y, en su lugar, los observo. Tenía la certeza de que eran hombres de Tao, después de todo, ya habían intentado matarme una vez. Uno de los hombres que tenía enfrente se acerca a Izumi, empuja su cuerpo inerte con la punta de su arma, pero no reacciona. Ella había estado atrás de mí, debió golpearse bastante fuerte contra la pared. El miedo se cierra en la boca de mi estómago, ¿y si el golpe había sido más fuerte de lo que creía? Podría tener un derrame interno o su cráneo podría haberse fracturado por la fuerza del impacto.

Bajo la mirada a su pecho, este sube y baja en constantes respiraciones. Mientras el oxígeno

entre y salga de sus pulmones, todo estará bien. Solo debía sacarla de aquí y llevarla a un hospital.

Regreso la atención a los hombres frente a mí, quienes habían estado observándome con atención.

—¿Qué crees que dirá Shinoda cuando sepa que te has estado acostando con la guardaespaldas de su hija? —No muerdo el anzuelo, tendrían que intentarlo mejor si quieren que hable—. Te hemos estado vigilando desde que pusiste un pie en Japón. Nos intrigaba saber qué traía al pequeño Voronin tan lejos de sus tierras.

Se miran entre ellos cuando no respondo. Mi atención se divide entre los hombres de Tao, Izumi y las cadenas de mis manos. Las respiraciones de Izumi dejan de ser pausadas y superficiales, para convertirse en inhalaciones profundas. Sé muy bien que tiene un excelente entrenamiento, pero finge tan bien que no podría asegurar si está despierta o es el dolor que siente su cuerpo lo que altera su respiración.

—Creímos que si te seguíamos lo suficientemente de cerca podríamos averiguar la fecha y el lugar en el que se llevará a cabo la coronación, pero tú y tu familia han sido muy cuidadosos y han reforzado su seguridad.

—Dinos, Dima, ¿tu familia te ha desvelado el lugar donde se llevará a cabo la ceremonia?

Aparto la mirada del que parecía ser el líder del grupo, ya que es el único que ha hablado hasta ahora. Enarco una ceja en dirección al hombre que hace la pregunta. Debe ser idiota si cree que le diré algo sobre mi familia.

—*Sem'ya ne predayet sebya*[1].

—¿Qué dijo? —pregunta el líder mirando a sus hombres—. ¡¿Qué dijiste, maldito ruso?! —El escozor en mi mejilla inunda mis sentidos, pero luego pasa a segundo plano cuando la ira recorre mi cuerpo—. Si no respondes de inmediato, comenzaré a arrancarte los dedos.

Permanezco inmutable, analizando a los demás hombres. Podría ahorcar al líder en los siguientes dos minutos, pero los otros dos están armados, lo cual era una gran desventaja para mí. Necesitaba neutralizarlos, pero no puedo hacerlo mientras estoy atado con esta maldita cadena.

Miro rápidamente a Izumi, pero eso me basta para darme cuenta de que ya está despierta. Tiene a dos hombres a su lado, pero podría inmovilizarlos con las piernas. Mientras los demás procesan lo que estaba sucediendo, rompería el cuello del líder como si de una ramita se tratara.

—Nunca, pero nunca debes secuestrar a un mafioso. —Sonrío—. Y menos a uno que no le teme a la muerte. *Seychas!*[2].

Tomando con fuerza las cadenas entre mis manos, levanto mi cuerpo y rodeo el cuello del líder con mis piernas. Golpea mis muslos y costados, pero no lo suelto, a pesar de que el aliento se escapa de mi pecho. Muevo las manos aprisa por encima de mi cabeza, y en cuanto tengo ambas libres, tomo la cabeza del líder y le rompo el cuello. Ruedo por el suelo y me impulso para ir por uno de los hombres que ha estado tratando de inmovilizar a Izumi. Golpeo su cabeza con la culata del arma que tomo del suelo y cae inconsciente al suelo. Dos hombres más se encuentran inertes bajo los pies de Izumi.

Me acerco y la tomo por las piernas, estas rodean mi cuello. La sostengo por la cintura mientras libera sus manos y luego la bajo al suelo con cuidado. Nos miramos por unos segundos hasta que rompo el silencio.

—Creí por un instante que estabas muerta —afirmo, seguido de un suspiro. Tomo su rostro

entre mis manos. Tiene la cara magullada, pero sigue siendo la pieza de arte más hermosa—. Quiero que me prometas algo.

Frunce el ceño y se aleja de mi tacto.

—No pienso prometerte nada.

—Lo harás —sentencio—. Así que escúchame con atención. —Comienza a hablar, pero pongo mi mano sobre su boca y acallo sus protestas—. No importa lo que suceda, asegúrate de que Shinoda salga vivo de aquí. Yo me encargaré de hacerles tiempo.

La ira hace brillar sus hermosos ojos, se aleja y toma las armas del suelo.

—No haré esa estupidez. Buscaremos a Shinoda y saldremos de aquí los tres.

Niego y la detengo cuando intenta pasar por mi lado.

—No lo estás entendiendo. Si Shinoda muere y yo vivo, tendré que casarme con Jun y convertirme en el líder de la Yakuza.

—¿No fue a eso a lo que viniste aquí en primer lugar? Te comprometiste con ella porque estabas dispuesto a casarte.

La miro, esperando que pueda ver en mis ojos lo que quería decir en realidad. Sabía que me oculta muchas cosas, que era más peligrosa para mí que toda la mafia china junta, pero no me importaba. Sus mentiras y secretos eran míos. Ella lo es, por más que niegue esto entre nosotros. No necesito tocarla o besarla para entender que esto siempre ha sido algo más allá de lo físico.

—Ya no estoy dispuesto a casarme con una mujer a la que no quiero. —No le doy el tiempo suficiente de procesar mis palabras, la tomo del cuello y estampo mis labios contra los suyos. No iba a morir, pero pasaría un tiempo hasta que pudiera probar la dulzura de sus labios de nuevo—. Quédate detrás de mí en todo momento, *moy malen'kiy*.

Tomo las dos armas que quedan en el suelo y nos encaminamos a las escaleras. No tenemos forma de saber cuántas horas han transcurrido desde que estuvimos en el club, pero mi cuerpo comienza a resentir el hecho de no haber tenido tiempo para sanarse.

Recorremos sin decir nada las escaleras que nos llevan a la salida. Miro por encima de mi hombro a Izumi antes de abrir la puerta frente a nosotros. Nos recibe el silencio, pero no me dejo engañar. Le hago señas a Izumi y recorremos la pequeña casa con las armas en alto en menos de tres minutos. Agudizo el oído, a lo lejos se escuchan voces hablar en jerga, parecen ser una pequeña multitud.

—Izumi, ¿cuál es la tradición a la hora de asesinar al líder de una organización aquí en Japón? —pregunto, temiendo tener razón con lo que mi instinto me gritaba.

—En público, para que quede constancia de su derrota, se le corta la cabeza con una katana samurái [3].

—Eso se escucha como la mierda.

~

Mei Takahashi

OBSERVAMOS a los hombres que suponemos son de Tao rodear y golpear a Shinoda. Lo tienen atado con las manos a su espalda en un poste de madera. Lo iban a asesinar si no intervenimos.

Las palabras de Dima regresan a mi mente. Quería que lo dejara aquí y escapara con Shinoda. Como parte de la seguridad del líder de la Yakuza, eso es lo que tengo que hacer, pero

como agente, debía sacar a Dima de aquí. Él era el único que sabía la fecha y el lugar donde se llevará a cabo su coronación, y necesitamos esa información para arrestar a los cabecillas criminales más poderosos del mundo. Esta es la mentira más grande que he dicho en mi vida, porque si me voy con él de aquí, no tendrá nada que ver con mi papel en esta misión.

—Vi un rifle en la esquina de la casa. Te protegeré las espaldas mientras tomas a Shinoda —digo sin mirarlo, porque si lo hago, solo querré besarlo de nuevo, y ahora mismo necesito concentrarme.

Tenemos que rescatar a Shinoda, y para mi cerebro eso se escucha como la mierda.

—Más vale que tengas mejor puntería que yo, *moy malen'kiy.*

El apelativo vuelve a tomarme por sorpresa. ¿Mi pequeña? Tiene un serio problema con llamarme suya.

Lo veo alejarse sin mirar atrás y usa los coches aparcados frente a la pequeña casa como una cubierta. Regreso a la casa, tomo el rifle y uso una de las ventanas para subir al techo. Me toma unos minutos encontrar a Dima con la mira, pero cuando lo hago, está desarmando a uno de los hombres y dejándolo inconsciente al minuto. Toma el arma y continúa avanzando.

Todos se encuentran concentrados en Shinoda como para percatarse de que los que están un poco alejados del grupo han desaparecido. Cuando es claro que ya no puede acercarse más sin ser descubierto, hallo a mi primera víctima y disparo.

No transcurre un minuto cuando ya hay más de cuatro cuerpos en el suelo. Los disparos vuelan hacia la casa, pero desde su posición ninguno podía verme. Disparo a dos hombres que cargan contra Dima al reconocerlo. Una parte se concentra en dispararme y la otra en hacerlo hacia Dima, pero este les devuelve el fuego con la misma intensidad.

Shinoda parece estar inconsciente por la cantidad de golpes, pero cuando Dima llega a él, levanta un poco la cabeza. Maldigo cuando el rifle se queda sin balas. Me apresuro a bajar del techo y entro a la casa. Me posiciono en las ventanas delanteras, disparando a todo aquel que está cerca, pero desde aquí no puedo cuidar de Dima.

Salgo al porche y disparo a los que están cerca de mí. Me cubro detrás de una de las camionetas cuando una ola de disparos vuela en mi dirección. Doy un paso más cerca de Dima, pero de inmediato me veo obligada a retroceder por el puñetazo que alguien conecta con mi rostro.

—Mierda.

Golpeo al hombre frente a mí, tomo el arma de su mano y disparo. Uso su cuerpo como escudo ante otra ola de disparos. Disparo a diestra y siniestra hasta que me quedo sin municiones. Corro entre los coches y lucho contra todos los que se acercan lo suficiente para golpearme. Cuando logro acercarme lo necesario para ver a Dima, el aliento se escapa de mis pulmones.

Hay cuatro hombres rodeándolo, pero él no cede, ya que si lo hace, matarían a Shinoda. Está luchando con todo lo que tiene, pero está herido y débil. Vislumbro a un par de metros un arma y corro hacia ella. La tomo, y cuando la alzo para disparar a los hombres que mantienen rodeado a Dima, solo veo cómo este se interpone entre el cuerpo de Shinoda y una katana samurái.

—¡No! —El grito me desgarra el alma.

Disparo consecutivamente y corro hacia Dima. La katana sobresale de su pecho, pero sigue respirando. Lo ayudo a sentarse en el suelo, con cuidado de que la katana no se mueva.

—Eres un idiota —digo con un nudo en la garganta—. Tenías que hacerte el héroe, ¿no?

Me picaban los ojos por las lágrimas. Yo no lloraba, no lo hacía desde que me rescataron ese

día en México.

—Te dije… que no estaba dispuesto a… casarme con una mujer que no quería.

Las ganas de golpearlo me inundan, pero en lugar de eso me pongo de pie y desato a Shinoda, este se desploma en el suelo emitiendo un quejido. Le doy una bofetada y abre los ojos, parecía desorientado.

—Necesito que pongas tu mierda en orden, vayas por una de las camionetas y me ayudes a subir a Dima a ella. —No responde, así que lo sacudo, perdiendo los nervios—. ¡Te salvó la vida! Así que será mejor que me ayudes a salvarlo o yo misma te mataré —le prometo.

Asiente, se pone de pie tambaleante y se dirige a la camioneta más cercana.

Si no logro salvarlo… No, tengo que salvarlo, no voy a permitir que él se sume a esas dos niñas que nunca pudieron ser salvadas.

Tomo una de las correas para cuchillos en mi muslo y rasgo mi camiseta hasta tener un trozo que rodee el torso de Dima.

—Voy a sacar la espada, ¿sí? Necesito que respires hondo.

Asiente, pero su rostro parece cada vez más pálido, y el que no diga un comentario sarcástico me preocupa más todavía. Retiro la espada y me apresuro a cubrir la herida, luego uso la correa para cuchillos y trato de mantener el trozo de tela en su lugar.

—Dima —lo llamo cuando sus ojos se cierran. El terror me oprime el pecho—. ¡Dima! Dime algo, por favor. —Lo sacudo, pero apenas abre los ojos—. No voy a dejar que mueras, ¿me escuchas? Soy la única que tiene derecho de concederte eso.

Paso su brazo por encima de mis hombros y rodeo su cintura cuando Shinoda se acerca con la camioneta. Con un grito lo pongo de pie. Shinoda me abre la puerta de la parte trasera y lo subimos. Descanso su cabeza en mi regazo y controlo su pulso. Es lento.

Shinoda acelera a fondo, no estamos tan alejados de la ciudad, ya que lo que creía que eran casas de campo en realidad es un recinto residencial. Debíamos estar a treinta minutos del hospital más cercano.

Los dedos fríos del terror me acarician la nuca cuando su pulso se detiene.

—No. No. No. —Alejo su cabeza de mi regazo y me acomodo encima de él para dar inicio a las compresiones—. Vamos, Dima. No te rindas. No puedes dejarme con estos locos sentimientos en las manos. —Las lágrimas me empañan la vista—. ¡¿Cuánto falta, Shinoda?! —grito.

—¡Diez minutos!

—Mierda. ¡Que sean cinco o meteré una bala en tu cabeza!

Continúo con las compresiones, las lágrimas han abandonado mis ojos hace tiempo, ahora recorrían mi rostro con enojo, recordándome que me rendí con lo nuestro mucho antes de que empezara.

—No me dejes. Estos sentimientos son tu culpa. Así que ven y tómalos. —Sollozo—. ¡Tómalos, maldita sea! ¡No te atrevas a morir!

El sonido de las sirenas nos rodea cuando entramos a Emergencias. Shinoda se baja de la camioneta y se apresura a llamar a los doctores a gritos. En cuestión de minutos lo tienen en una camilla con una doctora encima de él, retomando las compresiones.

—¡A quirófano! ¡Tengan listo el desfibrilador!

Son las últimas palabras que escucho antes de que desaparezca entre los pasillos. Las lágrimas no paran de correr y el terror, con cada segundo que transcurre, amenaza con encerrarme en un agujero negro. Miro mis manos, están rojas debido a su sangre. Se siente

incorrecto tenerla en mi piel, porque la misma debería estar circulando por el cuerpo de Dima, pero la realidad es que no sé si volvería a escuchar latir su corazón.

Levanto la mirada, encontrando a Shinoda, quien me observa con ojos nuevos. Tiene el rostro amoratado y parece apenas capaz de mantenerse de pie. Lo tomo de las solapas de la chaqueta de su destrozado traje.

—Reza para que viva, Shinoda, porque si muere, no será la mafia rusa quien venga por tu cabeza. Seré yo.

Me alejo del hospital y camino por las calles de Tokio. Ya amanece, lo que significaba que solo nos han retenido unas cinco o seis horas. Cuando encuentro lo que busco, me encierro en la cabina. Tomo el teléfono público y marco el número de Himari.

Responde casi al último tono.

—¿Sí?

—Soy Mei.

Decir mi verdadero nombre en voz alta después de tanto tiempo se siente extraño, pero esa extrañez es bienvenida en este momento.

—Dios, creí que estabas muerta. Estuve revisando las grabaciones de ese club al que irías, y cuando te vi…

—Necesito que escuches con atención, Himari —interrumpo su palabrería, no tenemos tiempo para esto—. Tengo pruebas de que los chinos están involucrados con la trata de personas. Eso era lo que la agencia en China necesitaba para hacer una redada, ¿no?

—Sí, ¿pero cómo lo conseguiste?

—Eso no importa. —No le diría que me había colado hace días en la oficina de Kei para robar todos los archivos de su ordenador. Necesitaba protegerme las espaldas de alguna forma si Kei decidía hacerse el valiente y enviar a alguien por mí para obtener la recompensa por mi cabeza. Después de todo, conocía mi secreto—. Te enviaré la información tan pronto como pueda, pero dile a Katashi que se comunique con la agencia en China. Que se preparen para hacer la redada esta noche.

—¿Por qué?

Sonrío mientras algo oscuro se desliza bajo mi piel.

—No lo verán venir.

VEINTICUATRO

Narrador

Pequeñas y cálidas manos lo sacuden. Las sombras a su alrededor se mueven, envolviéndolo. Alejándolo de ella.

Observó a su alrededor. Hay una casa a la distancia, y parecía estar sola. Abandonada. Como si de un imán se tratara, se deslizó hacia ella. Era una casa pequeña, parecida a las que había visto en Japón, pero algo la hacía diferente a las demás. Parecía carente de color y vida.

El *shoji* se deslizó sobre sus ruedas sin emitir un sonido cuando subió las escaleras del porche. No había más que una espesa oscuridad frente a él, y esta lo invitaba a perderse en ella. Tenía la leve sensación de que si entraba ahí, nunca más regresaría.

No podía recordar dónde había estado antes de abrir los ojos y encontrarse en este lugar, pero sentía que algo, ella, lo mantenía lejos de esa absoluta oscuridad.

No recordaba su nombre, solo su rostro y enigmáticos ojos grises.

¿Quién era esta mujer?

¿Por qué no podía irse, caminar hacia el silencio y la calma absoluta, sin sentir que su pecho se rasgaba en dos?

Tenía una familia, lo sabía, pero se sentía tranquilo con el hecho de que ellos estarían bien si moría. Aquel hombre se lo debía, después de todo, se encontraba aquí en lugar de él.

Dio un paso hacia la oscuridad, pero de inmediato un dolor azotó su cuerpo. Se sentían como descargas eléctricas que encendía en llamas todo a su paso. Su cuerpo vibró por unos segundos, pero la sensación luego desapareció. Ignorando aquella escalofriante experiencia, dio otro paso, en esta ocasión el dolor que sintió sometió su cuerpo y lo obligó a caer de rodillas.

Jadeó, sintiendo que algo reverberaba en su pecho con fuerza, sacudiendo todo a su paso. La casa frente a él se deshizo tablón por tablón. Entre la espesa negrura, un rayo de luz apareció y lo cegó.

El aire expandió su pecho cuando logró ver lo que se encontraba entre la luz.

Una mujer cubierta de sangre lo miraba con una súplica en los ojos, pero fueron las lágrimas en ellos lo que causó que se pusiera de pie y diera un paso tambaleante en su dirección.

Él nunca la vio llorar.

Él nunca vio el dolor y miedo en ella.

Él nunca vio algo tan real.

~

Dima Voronin Smirnov

EL DOLOR desgarrador en mi pecho es lo primero que siento al abrir los ojos. Se siente como si alguien estuviera dividiendo mi cuerpo en dos. Era una sensación incorrecta, aterradora. Intento hablar, llamar a alguien para que lo detenga, pero las palabras son imposibles de formar.

Observo desesperado a mi alrededor cuando un movimiento a mi lado llama mi atención. Siento sus manos entre las mías antes de verla, pero cuando lo hago, todo a mi alrededor desaparece. Su rostro seguía siendo el mismo que la última vez que la vi, pero hay más golpes y moretones. Quiero preguntarle qué pasó, pero de nuevo las palabras no salen.

—¿Duele? —Su voz atraviesa la nebulosa que abruma mi mente. Asiento, sintiéndome indefenso y desesperado. Quiero que desaparezca el dolor—. Está bien, dejará de hacerlo en un momento.

Quiero estirar el brazo cuando ella aleja una de sus manos de las mías. No la quiero lejos, necesito cada centímetro de ella tocando mi cuerpo. No dejo de mirarla, anhelando que se acueste a mi lado para que todo desaparezca, así como sucedía cada vez que me enfrento a ella.

Una puerta se abre frente a nosotros y una mujer vestida de blanco entra. Me dedica una sonrisa antes de suministrar algo en la bolsa de suero. A los minutos, siento cómo mi cuerpo se entumece. La mirada de Izumi, seguía sobre mí, pero no podía descubrir nada de lo que había en ella.

La visión se vuelve borrosa y siento que mi mente se aleja de aquí.

Antes de que todo se vuelva completamente negro, la calidez de sus labios encuentra los míos.



LA SEGUNDA VEZ que despierto el dolor en mi pecho ha desaparecido casi por completo y ya no es una tortura respirar. Todo a mi alrededor está oscuro, pero aun así logro vislumbrar su figura hecha un ovillo en el sofá que está a mi lado.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos secuestraron?

Mis recuerdos son borrosos, no sabía muy bien qué había sucedido luego de que esa espada atravesó mi cuerpo. Solo recordaba que dolió como la mierda.

Izumi, como si sintiera el peso de mi mirada, se endereza. Mira a su alrededor y luego sus ojos se encuentran con los míos. Estira la mano y enciende la lámpara que se encuentra en la mesa de noche. Demoro unos segundos en adaptar mis ojos a la claridad. Bajo sus ojos hay unas oscuras ojeras y parece terriblemente agotada.

—¿Dima? ¿Te duele algo? —susurra. Estira el brazo y aparta uno de los rulos que había caído por mi frente.

—Estoy bien.

Las palabras me raspan la garganta. Toma un vaso de plástico de la mesa de noche y me lo tiende. Tengo que beber dos veces más para poder eliminar la molestia en mi garganta. No permito que vuelva a tomar asiento en el sofá cuando veo su intención de hacerlo, en su lugar, tiro de su muñeca y la acomodo en el borde de mi cama.

—¿Qué sucedió?

Me observa en completo silencio por lo que parecen ser horas, hasta que responde.

—Moriste. Eso fue lo que pasó.

Diablos.

—¿Por cuánto tiempo?

—Cinco minutos. Estaban por declararte muerto cuando tu corazón comenzó a latir.

—Bueno, eso es una mierda. ¿Mis padres y hermanas lo saben? —Me aterra el hecho de que podrían estar de camino a Japón con tal de asegurarse de que estoy bien. Había muchas personas aquí que los querían muertos, no era seguro para ellos. Para nadie en realidad.

—Shinoda habló con ellos y les explicó lo sucedido. Tu madre tuvo una conferencia con el cirujano que te operó. Hablaron por horas.

Sí, no me sorprendía que mi madre hubiera hecho eso. Era la mejor cirujana cardiovascular de Rusia y tenía conocimientos sobre otras ramas de la medicina. Seguro había revisado mi expediente de manera exhaustiva.

—¿Están de camino? —pregunto, necesitando saber si todo estaba por irse al infierno.

—No. Shinoda lo convenció de que estabas bien, pero tus hermanas exigieron hablar contigo en cuanto despertaras.

La presión en mi pecho se alivia. Mientras estuvieran en Rusia, estarían bien, pero si salían del territorio, todo el mundo iría por ellos.

—Lo haré más tarde. —le digo al ver que saca su teléfono. Tomo sus manos entre las mías, mantenía su mirada alejada de mí—. *Malen'kiy*, mírame. —Conecta sus ojos con los míos, y me quedo sin palabras. Eran tantas las emociones que no sabría por cuál comenzar, pero una sobresalía entre las demás: miedo—. Lo siento.

Niega.

—Ninguna disculpa borrará la imagen de tenerte muerto entre mis brazos —susurra—. Sentí como tu corazón se detuvo, Dima. Estabas muerto cuando llegamos al hospital.

El dolor es palpable en sus palabras. No había nada que pudiera hacer para borrar esos momentos de su mente, pero haría lo que fuera con tal de que se sintiera mejor.

—Pero ahora estoy aquí gracias a ti. Si no me hubieras traído a tiempo, no habría regresado.

—También estoy molesta contigo —dice frunciendo el ceño. Llevo mis dedos a la zona entre sus cejas y la acaricio con suavidad hasta que la piel se alisa.

—¿Por qué?

—Fue una estupidez lo que hiciste.

Sonrío. Acaricio sus labios, que se entreabren, y solo quiero poder besarla sin que importe el mañana.

—Te dije que ya no estaba dispuesto a casarme con una mujer a la que no quería. Eso fue antes. —La recorro con la mirada, llevaba una sudadera de gran tamaño y pantalones de chándal —. Súbete encima de mí.

La confusión arruga su rostro.

—¿Qué? —Niega—. ¿Estás loco? Es peligroso, tus puntos podrían soltarse.

—Estaré bien. Ahora, súbete.

Se cruza de brazos, dejando salir su terquedad.

—No pienso hacerlo.

La observo con severidad.

—Móntame o yo mismo te subiré. Créeme, no te gustará nada si lo hago.

Lo medita por varios segundos hasta que se acomoda a horcajadas sobre mi pelvis. Gimo internamente al sentir como su entrepierna presiona contra la mía. Jesucristo, si no estaba dentro

de su cuerpo en los siguientes cinco minutos iba a morir. Me había resistido por demasiado tiempo y ya era hora de tomar lo que me pertenecía.

—Escucha con atención lo que va a suceder. —Mis manos recorren sus muslos por encima de la tela del pantalón hasta que llego a su entrepierna y puedo sentir su calor llamándome—. Vas a desnudarte y luego voy a fundirme en ese codicioso coño tuyo, ¿entiendes?

Inhala con fuerza, y estoy seguro de que no se había dado cuenta. Mueve sus caderas para frotarse por unos segundos contra mi erección, que había estado ahí desde el momento en que vi el miedo que tenía a perderme.

—¿Y si no lo hago? ¿Vas a obligarme?

Froto mi dedo pulgar en su coño, sabiendo exactamente dónde se encuentra su clítoris. Se muerde el labio inferior para acallar un gemido, pero sé lo mojada que está por mí en este momento.

—No, *malen'kiy*, sabes que nunca podré obligarte a hacer algo que no quieres. Está en contra de tu naturaleza. —Sonrío sin dejar de acariciarla, disfrutando cómo el placer con cada segundo que pasa inundaba y contorsionaba su hermoso rostro—. Pero voy a masturbarme frente a ti, imaginando que tu preciosa boca hace el trabajo. Lo haré hasta que tu coño esté tan adolorido que no puedas evitar querer empalarte con mi polla.

Sus mejillas se sonrojan. No es por vergüenza, sino por la ira. De cualquier forma, escogería alguna de las opciones que le ofrecía y terminaría dentro de ella. No es algo fácil de decidir para Izumi, lo sabía, así que al ofrecerle opciones, se resignaba a un «no tenía opción», y prefería eso a que se culpara a sí misma por estar con un hombre que en su mente seguía comprometido.

—Tictac, *malen'kiy.* ¿Qué camino elegirás?

Hago presión en su montículo y sus piernas tiemblan. Tal vez solo había tenido su cuerpo una vez, pero sabía reconocer cuándo estaba a punto de correrse. Detengo mis movimientos, dejando a su cuerpo y su mente frustrados sexualmente.

—A la mierda.

Lo siguiente que sé es que sus labios están sobre los míos.

Esa es mi pequeña mentirosa.

~

Mei Takahashi

¿QUÉ DEMONIOS ESTOY HACIENDO?

Oh, sí, besando y meciéndome contra la erección del hombre que es mi misión, y más importante, estaba jodidamente comprometido. Un hombre que nunca podría ser mío. Había demasiadas personas que estarían en contra. La primera: él mismo. Cuando supiera la verdad sobre lo que hacía y quién era, iba a matarme, pero ahora solo quería disfrutarlo una última vez.

Sus manos me recorren y acarician con adoración y posesividad. Dejo de besarlo por un momento para quitarme la sudadera. No llevaba nada debajo, así que sus manos se encuentran de inmediato con mis pechos. Esta vez no reprimo el gemido que sus caricias me provocan. Resuena por la habitación y siento como su erección crece debajo de mí.

Dima está bien dotado.

Con cuidado de no lastimarlo, me pongo de pie rápidamente y termino de desvestirme.

—Maldición, Izumi. —Me acomodo entre sus piernas, me estremezco cuando acaricia mis labios con su dedo pulgar, produciéndome un hormigueo. El cabello cae sobre mis hombros, pero no es lo bastante largo como para cubrirme los pechos—. Era una diosa de ojos grises y cabello negro azabache. Me arrodillaría en este momento si pudiera.

Sonrío ante sus palabras. Llevo las manos debajo de las sábanas y busco el borde de su bata de hospital. Sisea cuando mis dedos fríos rodean la base de su polla. Me relamo los labios al verla. Brilla por el semen que se había escapado y ahora solo deseo descubrir a qué sabe. Dejándome domar por mis deseos, me inclino y lo recorro con la lengua. Gimo al mismo tiempo que él cuando chupo la punta y el sabor dulce de su semen inunda mi paladar.

—Jesucristo, mujer. —Vuelve a gemir mientras meto la mitad de su miembro en mi boca. Lo lamo, lo beso y rozo ligeramente con los dientes la punta, disfrutando de sus escalofríos de placer. Acaricio sus pelotas mientras siento su mano en mi cabello, que me lleva a un lugar más profundo. Respiro por la nariz cuando llega a mi garganta, aún faltaban varios centímetros, pero era demasiado. Detiene mis movimientos con un gruñido, le doy un último beso en la punta ante de retirarme.

—Mi primera corrida terminará en tu coño, así que abre esas piernas y móntame. —Gimo ante su boca sucia. Era imposible no reaccionar ante sus palabras. Hago lo que dice simplemente porque lo necesitaba dentro de mí, no porque lo ordenara. Gimo con fuerza cuando estira mis paredes como nadie nunca lo había hecho. Solo había tenido sexo dos veces, en ambas ocasiones con hombres diferentes, y ninguno tenía el tamaño de Dima—. Mierda. Estás apretada. Tu coño está gritándome que lo llene con mi semen.

Me aprieto a su alrededor. Muevo las caderas y los últimos centímetros entran. Estaba perfectamente llena y se sentía de maravilla. Comienzo a moverme sin quitarle la mirada de encima: su rostro estaba lleno de placer y su mirada llena de adoración y algo más, pero no buscaría que era ese «algo», solo disfrutaría.

Pierdo toda vergüenza mientras gimo y grito extasiada. Alguien podría escucharnos, pero no me importaba.

—Esa es mi chica —exclama golpeándome con su polla desde abajo—. Úsame y córrete. Quiero poder olerte en mi más tarde.

—Odio esa boca tuya —digo, cabalgándolo en busca del orgasmo—. Me vuelve loca.

Se empuja contra mí con fuerza, golpeando lo que seguro era mi cuello uterino. Qué maravilla.

—¿Seguro? ¿No la odias cuando está sobre ti? —Me tenso a su alrededor—. Maldición, Izumi. Puedo sentir lo cerca que estás.

Vuelvo a gemir y me inclino para besarlo. Quería que se callara, porque si decía una vez ese nombre, iba a volverme loca. Quería que dijera «mi» nombre, pero eso sería demasiado peligroso.

Tiemblo a su alrededor un par de veces más antes de correrme y gritar su nombre. Mis músculos quedan inservibles cuando se presiona contra mí y se corre con un rugido que enciende cada una de mis terminaciones nerviosas.

—No importa qué suceda de ahora en adelante. Eres mía, *malen'kiy*.

Más que ser solo palabras, parecía ser una promesa.

VEINTICINCO

Dima Voronin Smirnov

Un suave cuerpo a mi lado es lo primero que siento al abrir los ojos. Lo segundo es su lenta respiración contra mi cuello. Lentamente, con cuidado de no despertarla, giro la cabeza y la miro.

Era la primera vez que pasaba la noche con una mujer. Siempre era yo el que me iba para evitar los silencios incómodos por la mañana, y aunque en esta ocasión no podía irme hasta que me dieran de alta, de haber tenido la oportunidad de dejar esta cama, no me habría ido.

Izumi duerme sobre mi lado bueno con un brazo rodeando mi torso. Su mano descansaba justo donde late mi corazón y sus piernas estaban enredadas con las mías. Debajo de la sábana que nos cubre está su cuerpo completamente desnudo, y solo de pensar en lo cálido y suave que es, mi erección matutina se endurece. Ahora la sábana parecía una tienda de campaña.

Suspiro, ¿qué tan incómodo podría ser para mi chica si entraba una enfermera en este momento?

El pensamiento me hace sonreír, no solo porque sí sería incómodo, sino que por ahora es «mi» chica. Lo ha sido desde la primera vez que la vi. Aun cuando no sabía ni su nombre, mi cuerpo se sintió atraído por ella y por sus secretos.

Pero ahora es el momento de desmantelar sus mentiras, porque así podía protegerla de la tormenta que se avecinaba.



ALEJO la mirada de las ventanas y la dirijo hacia el hombre que ha entrado a mi habitación. Izumi se había ido cuando una enfermera entró, diciendo que tenía que hacer una revisión de rutina. A pesar de que le dije que no tenía que irse, no me escuchó, así que se vistió y se despidió con un rápido beso. El movimiento me tomó por sorpresa, pero fue jodidamente increíble.

—Shinoda —saludo e inclina la cabeza a modo de reconocimiento. Parece algo demacrado, con algunos moretones en el rostro, pero aparte de eso parece en perfectas condiciones—. ¿Puedo saber qué te trae por aquí?

La pregunta está de más. Ambos sabemos que tenemos una conversación pendiente.

—Me alegra que estés bien.

Por supuesto que le alegra. Si muriera, tendría a toda Rusia sobre él.

—¿Sabes la razón por la que acepté hacer esta alianza con tu familia? —pregunta y cada parte de mi cuerpo se tensa. Aun así, asiento, lo había hecho para expandirse y tener más poder

sobre sus enemigos—. Lo hice por Jun. —Evito poner los ojos en blanco, eso es una mierda—. Me parecías un buen chico y creí que serías bueno para ella.

—Ambos somos conscientes de que sabes exactamente cuál era la vida que llevaba en Rusia. Mujeres y coches. Cuando no estaba follando, estaba participando en carreras ilegales. Así que no intentes usar a Jun para hacerme sentir mal, porque no funcionará. Sé que ella no te importa.

Su rostro toma distintos tonos de rojo por la ira.

—¿Cómo te atreves a insinuar tal cosa cuando has dañado la reputación de mi hija? ¿Es que no tienes vergüenza?

—Soy un Voronin Smirnov. No la tengo. —Da un paso en mi dirección, pero chasqueo la lengua—. Escúchame bien. Te salvé la vida, así que ahora me debes, ¿entiendes? —Cierra los puños y los abre una y otra vez—. Ahora te pregunto, ¿cuánto vale para ti tu vida?

No responde tal y como espero, pero ambos sabemos que demasiado. Si muere y no toma el control, toda su organización se irá abajo.

—Anunciarás que el matrimonio entre Jun y yo ha terminado debido a nuevos acuerdos entre nuestras familias. Luego esperarás a que el día de la coronación llegue y te presentarás con tus hombres para cuidarnos las espaldas en caso de un ataque, y jurarás lealtad. ¿Entiendes?

—¿Y si me niego?

Sonrío.

—Tus hombres te matarán por desobedecer una de sus más antiguas reglas en la Yakuza y por sentenciarlos a una muerte segura a mano de los rusos.

Si antes parecía enojado, ahora mismo está colérico. Antes de venir aquí investigué sobre alguna de sus tradiciones, y me sorprendió un poco saber que si ibas en contra de alguien que te salvó la vida, tu sentencia era la muerte. Era algo así como el ojo por ojo.

Arriesgué mi vida por la suya, así que era mi derecho pedir el favor que quisiera, aun cuando eso nunca sería suficiente para pagar la deuda. Nada nunca lo sería, después de todo, una vida tenía un valor infinito.

—Mi hija nunca te lo perdonará.

Niego.

—Te equivocas. Pasé el tiempo suficiente con ella para saber que al único hombre que le guarda rencor es a ti.

—Un día toda la mierda que has hecho se te vendrá encima y nadie podrá salvarte.

—Cuento con que así sea.

Antes de salir de la habitación, arroja dos objetos de plástico a mi cama. Al principio no entiendo qué son, pero luego me doy cuenta de que son dos teléfonos.

El mío y el que había clonado de aquel hombre.

Primero tomo el mío y uso la marcación rápida para llamar a mi madre. Seguro están cenando, pero quería asegurarle que estoy bien y que regresaré a casa en cuanto pudiera.

Contesta al segundo tono.

—¡Dima! —Sonrío al oír su voz.

—Hola, mamá.

—¿Hola, mamá? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¡Casi mueres! ¿Sabes lo asustada que estaba cuando Shinoda me llamó para decirme que mi hijo estaba en un quirófano y que estaban tratando de salvarle la vida? —El enojo e ira eran casi palpables, a pesar de que estamos a kilómetros de distancia, lo que me hace sentir un poco culpable.

—Lo siento. Se suponía que las cosas no iban a ponerse tan mal.

Murmura algo en ruso que no logro entender.

—Tú y tus hermanas tienen la costumbre de usar la línea entre la vida y la muerte como si fuera una maldita cuerda de saltar.

No puedo evitar reírme, lo que sin duda la enfurece todavía más.

—Te prometo que estoy bien. De hecho, regresaré a casa.

La línea permanece en silencio por unos minutos.

—¿Ya no quieres casarte? —No había juicio ni enojo en su voz, solo curiosidad.

—No, mamá. Ya no quiero.

—Mmm. Tiene que ver con esa chica que tu hermana no ha dejado de investigar, ¿cierto?

—Puede que sí —susurro tomando el otro teléfono y desbloqueándolo. Había varios mensajes sin leer.

—No intentes negarlo. Fui la primera en darse cuenta de que tus hermanas estaban enamoradas de los Coppola. De hecho, estoy segura de que supe que tu padre estaba enamorado de mí antes de que me lo dijera.

—*Printsessa*, sabes que eso es mentira. Creías que estaba enamorado de una prima lejana llamada Anastasia —dice mi padre al fondo—. Y hola, hijo, acabo de llegar. Me alegra escuchar que sigues vivo.

—Papá, quiero escuchar esa historia.

—No.

—Sí.

Sonrío ante el evidente desacuerdo de mis padres.

—¿Por qué estás en negativa, mamá? Parece una historia divertida.

Le dice algo a mi padre por lo bajo y lo escucho gruñir en protesta.

—No fue nada, tu padre solo quería castigarme haciéndome creer que estaba enamorado de otra.

Bufo.

—Papá, eso fue idiota.

—Lo sé, pero luego recompensé a tu madre. Fue un trabajo «duro».

Hago una mueca ante la insinuación. Escuchar a tus padres hablando de su intimidad era algo que ningún hijo querría.

—Oookey. Antes de que continúen la conversación, quería saber cuándo será la ceremonia. Ya que no voy a casarme, el proceso será menos lento, ¿no?

—¿No vas a casarte? ¿Ha pasado algo con Shinoda? —Mamá parece explicarle por lo bajo todo porque a los minutos dice—: ¿Por qué siempre soy el último en enterarme de la vida amorosa de nuestros hijos?

—No lo sé, cariño —dice entre risas mamá—. Dima, podremos adelantar la ceremonia un par de semanas. Todo está listo, solo falta enviar las invitaciones.

Asiento, pero entonces recuerdo que no puede verme.

—Está bien. ¿Aproximadamente para cuándo?

—En tres semanas. Mientras más rápido todo, mejor. Las cosas aquí cada vez están más tensas.

—Está bien, mamá. Les estaré avisando cuándo voy a regresar.

—Cuídate y no olvides que te amamos.

—Y yo a ustedes.

Cuelgo la llamada y el peso que no sabía que llevaba en mis hombros desaparece. Miro el

otro teléfono en mis manos y me desplazo por los mensajes. Recordaba haberlo sentido vibrar antes de llegar al club en el barrio rojo por primera vez, pero no había revisado la notificación.

Todos los mensajes eran enviados por un mismo número. Así, busco el primero que fue enviado y luego comienzo a leerlos uno por uno.

«**P:** Lo sabe. Vino a mi tienda pidiendo información».

«**P:** Debes tener cuidado».

«**Desconocido:** Lo tendremos».

Así que, tal como habían dicho mi hermana e Izumi, tenía a más de una persona vigilando cada uno de mis pasos.

«**P:** Debes prepararte por si lo descubre y mover a los tuyos».

«**Desconocido:** Estamos listos por si deciden atacarnos».

«**P:** Bien, pero tienes que sacarla de ahí».

¿Sacar a quién de dónde? ¿Y era un ella?

«**P:** Si la descubren, la torturarán, y luego la matarán. Los rusos están locos».

«**Desconocido:** No lo haremos. Está cerca de descubrir lo que necesitamos».

«**P:** Haz lo que quieras. Solo te he advertido, pero prepárate para cargar con la muerte de otro de tus agentes».

Ese fue el último mensaje enviado por Phil, pero esta corta conversación me había dado más información de la que tenía. No era una organización criminal la que me había estado vigilando, era una entidad de la ley. ¿Quiénes eran? ¿El FBI? ¿La CIA? ¿O la Interpol? ¿O todos se habían unido?

Tamborileo los dedos sobre mi barbilla. Era una mujer quien está infiltrada, alguien que tenía como misión obtener alguna información. ¿Estaba entre el personal de la mansión de Shinoda? ¿O estaba entre uno de sus pocos soldados femeninos?

La puerta de mi habitación se abre, dejándome ver a la mujer que era mi kriptonita. La misma a la que me había resistido por un maldito mes y que ahora era mía.

Y era jodidamente un «ella».

VEINTISÉIS

Mei Takahashi

Entro en la habitación, balanceando el peso de las dos bolsas de comida entre mis brazos. Me siento algo insegura sobre cómo actuar ahora con Dima. Ya no va a casarse, lo que me deja sin una excusa para no estar juntos, claro, si ignorábamos la más obvia de las razones. Hablé con Himari por la mañana para asegurarme de que todo ha salido bien con la redada en China. Tal y como predije, nadie de la Triada lo vio venir, pero eso no evitó que hubiera varias bajas en ambas partes.

¿Me sentía culpable por haber usado a una de las agencias de la Interpol para vengarme por lo que le hicieron a Dima? En absoluto, y comienzo a creer que algo no está del todo bien conmigo.

—Le pregunté al doctor qué podía traerte de comer, ya que creí que tendrías hambre —digo mientras acomodo los envases de comida en la mesa de noche. Me siento como una pequeña perra por seguir manteniendo esta mentira luego de haber dormido juntos, así que no estaba lista para mirarlo y enfrentarme a lo que hice—. Lamento decirte que aún no puedes ingerir comida sólida, así que tendrás que conformarte con sopa. Te traje varios tipos, ya que no sabía de qué sabor te gustaría. Aunque si quieres comer otra cosa, puedo consultar con el…

—Izumi —me interrumpe de pronto—. Mírame.

Como la mujer obstinada que soy, pienso en ignorar su orden, pero se vería demasiado raro si lo hago. Así que yendo en contra de mi instinto, que es correr en la dirección opuesta a toda la mierda en la que me metí, lo miro.

No hay nada nuevo en la forma en la que lo hace, quizás de una manera más abierta, pero no es suficiente explicación para las náuseas que me revolvieron el estómago al ver sus ojos. El calor de su mirada recorriéndome solo era un recordatorio de lo bien que me sentí al tenerlo dentro de mí, de lo que sus sucias palabras pueden hacerme. Todo en él es un recordatorio de que no debería desearlo, pero a veces lo incorrecto se siente tan jodidamente bien.

Tan rápido como esos pensamientos toman forma, la culpa me golpea con fuerza. Mis padres. La agencia. Todos pusieron las esperanzas de terminar con la organización criminal más grande del mundo sobre mis hombros.

Aunque anoche, mientras lo montaba, sentí cualquier cosa menos culpa.

Suspiro para mis adentros. Sí, era una pequeña perra.

—Llamando a Tierra. ¿Izumi? —Parpadeo varias veces para concentrarme en su voz—. ¿Estás bien?

—Sí. Lo siento, ¿dijiste algo?

Me mira en silencio por lo que parece ser una eternidad, casi puedo escuchar los engranajes

de su cabeza girando a toda velocidad, tratando de averiguar por qué mi cambio tan repentino. Bueno, tenía una noticia para él, se encontraba frente a Mei, no a Izumi.

—Te estaba dando gracias por la comida.

—No fue nada. —Tomo asiento en el pequeño mueble al lado de la cama y lo observo tomar uno de los envases de sopa—. ¿Estás mejor hoy?

—Lo estoy.

—¿Tus puntos están bien? —pregunto observando el costado del cuerpo.

—Sí, lo están.

—Mmm —murmuro sin saber qué más decir.

Algo que disfruto de ser Izumi es que los psicólogos de la agencia le dieron una personalidad fuerte, dura, dominante. Y aunque soy todo eso en el campo, fuera de él solo soy Mei. Nada de perseguir delincuentes, interrogar prisioneros o preocuparme por los enemigos que me he hecho a lo largo del tiempo. En algún momento de la noche anterior, la fachada de Izumi cayó. Estaba harta de no poder ser yo misma con él.

—¿Te arrepientes?

Su pregunta me toma por sorpresa.

—¿De anoche?

Asiente mientras toma bocados de la sopa.

—¿Lo haces, Izumi?

Evito hacer una mueca ante el nombre.

—No, no me arrepiento.

Es la verdad, y eso es lo que más me preocupa, porque no sé qué demonios hacer. Estoy atrapada entre mi deber y mis sentimientos.

—¿Entonces qué es lo que tanto piensa esa cabecita tuya? —Con cuidado de no derramar la sopa, estira el brazo más cercano a mí y me toma del mentón—. Háblame, *malen'kiy.*

Y ahí está ese maldito apodo que le hace cosas locas a mi corazón.

—Vas a irte, ¿verdad? —Es lo primero que se me ocurre para responder, pero ya sé la respuesta. Lo escuché hablar por teléfono con sus padres a hurtadillas. Algo que me hace sentir incómoda.

—Voy a hacerlo. Ya no tengo nada que me retenga aquí.

Sabía que era cierto y que lo mejor era que se fuera. Estará mejor con su familia en Rusia. Sin embargo, el pensamiento no evita que sus palabras escocieran menos.

—Entonces, supongo que fue un gusto —digo poniéndome de pie, lista para marcharme, pero su mano en mi cabello me detiene.

—¿Un gusto? —Tomándome aún del cabello, tira de mí y acerca nuestros rostros, hasta que estoy segura de que el dióxido de carbono que él exhala es el que yo estoy inhalando—. Jodidamente no fue un gusto, *malen'kiy.* Fue el mejor de los gustos y vendrás conmigo a Rusia.

La adrenalina, miedo y felicidad recorren mi cuerpo en iguales cantidades, así que lo único que se me ocurre hacer es una llave para liberarme de su agarre y alejarme de su tentador cuerpo.

—No pienso ir contigo a ningún lado, Dima.

—Lo harás.

—No me estás escuchando bien. No «voy» a ir contigo. Para dejarlo más claro, no «quiero» ir a ningún lado contigo.

La ira brilla en sus ojos, pero parece mantenerse en control. Este era un lado de Dima que había presenciado muy pocas veces, y siempre en pequeñas cantidades, Ahora puedo ver lo

dominante que podía ser, y eso es emocionante y caliente en partes iguales.

—¿Y por qué no? —La calma en su voz eriza los vellos de mi cuerpo.

—Simple, una noche juntos no te da ningún derecho sobre mí. Tengo una vida aquí, un trabajo.

Arquea una ceja.

—¿Te refieres a tu trabajo como sicario del grupo «Escarlata»? Escuché de buena fuente de que el líder de esta quiere tu cabeza en una bandeja de plata.

El sudor recorre mi espalda. ¿Cómo sabe eso? Nadie, además de Kei y Tanaka, sabe abiertamente los motivos de por qué mi cabeza tenía precio. Parece demasiado tranquilo como para saber la verdad. ¿Así que quién le ha dicho que me están cazando?

—Solo fue un malentendido, se le pasará el enojo cuando hable con él. Soy su mejor arma.

—No tengo dudas sobre eso, pero de lo que sí tengo curiosidad es acerca de por qué me sigues mintiendo. ¿Cuál es ese secreto por el que te has enredado tanto en tu telaraña de mentiras? ¿Qué es lo que no quieres que sepa?

Me observa detenidamente, como si así pudiera ver dentro de mí, pero mantengo mi expresión estoica a pesar del miedo que ahora mismo me recorre. Sabe algo.

Durante el tiempo que pasamos juntos, siempre me ha acusado de ser una mentirosa, pero ahora se sentía diferente. Estoy en terreno peligroso, y si doy un paso en falso, estaré muerta.

—No oculto nada, y lo único que tienes que entender es que no iré contigo, ¿lo comprendes?

Después de unos eternos segundos, aparta la mirada como si encontrara lo que estaba buscando.

—Lo entiendo, aun así irás conmigo.

Retrocedo un paso inconscientemente, pero él se da cuenta de inmediato y la ira regresa a su mirada.

—Si intentas forzarme, te mataré.

Una risa escapa de su pecho sin emoción alguna.

—¿Después de que te esforzaste tanto para mantenerme con vida? No lo harás, eso lo sé. Y no voy a forzarte. Creo que ya deberías tener claro que nunca podría obligarte a hacer algo que no quieres.

—¿Entonces qué te hace creer que lo haré?

Me dedica una pequeña sonrisa y su mirada se inunda de una nueva emoción que no logro identificar.

—La coronación será en tres semanas.

No.

Un nudo se forma en mi garganta.

—Quiero que seas mi acompañante.

Sus palabras son como un cuchillo en mi corazón.

No lo hizo. Jodidamente no lo dijo.

—¿Y si no voy? —pregunto con el alma rota.

—Entenderé que lo de anoche para ti no significó nada.

—¿Saldrás de mi vida?

—No volverás a verme o a escucharme, pero siempre estaré ahí. —Aprieta las manos alrededor del envase en su regazo, quizás con la sopa ya fría, como si quisiera tocarme, pero no puede levantarse y yo estoy fuera de su alcance—. Eres mía. No mentí cuando lo dije anoche.

Medito algunos segundos, pero no tengo una respuesta para ninguna de sus palabras.

—Está bien. Lo pensaré.

Asiente, con esa emoción todavía en su rostro.

—Te avisaré de la fecha una semana antes.

Salgo de la habitación luego de esas tortuosas palabras. Mi alma y corazón están divididos en dos pedazos. Si no me hubiera dicho nada, habría regresado a la agencia y enfrentado la decepción de mis compañeros con el mentón en alto. Me he preparado mentalmente para no volver a verlo, pero ahora deja todo en mis manos.

Es mi decisión si condenarlo a él y a su familia o no.

VEINTISIETE

Mei Takahashi

El peso de las miradas es abrumador, pero las ignoro tanto como puedo.

He esperado dos días en un motel de mala muerte a que Katashi me llame y exija mi regreso a la agencia, ya que le informé a través de Himari que mi posición en la mansión de Shinoda se ha visto comprometida. Durante esos dos días, me he concentrado en organizar toda la información que tengo: registros bancarios, grabaciones de voz, expedientes con los datos que he recolectado, planos más detallados de cada una de las propiedades que he visitado con Jun. He estado alrededor de un año en el campo, reconociendo el terreno, antes de que Tanaka hiciera su movida con la llegada de Dima a Japón. Tenía mucha información, pero ninguna es tan valiosa como la que se me reveló en aquella habitación de hospital.

Solo espero que las carpetas que llevo en mis brazos, además del *pendrive* con decenas de horas de grabación de la oficina de Shinoda, sean suficientes por ahora, así tendré tiempo para pensar sobre qué hacer.

Himari y James me reciben a las puertas de la oficina de Katashi. El corto abrazo de la primera me reconforta y me hace suspirar. Estoy de nuevo en mi vida, pero volver a llevar un traje a la medida me hace sentir todo menos en casa. James me dedica una mirada de suficiencia cuando lo veo, seguro estaba regodeándose en este momento, pero no podría importarme menos.

—Katashi espera por ti.

Lo sé, y por eso estoy tan nerviosa.

Armándome de valor, abro la puerta con mi mano libre y entro a la oficina, seguida de mis dos compañeros. El aire no parece ser suficiente para mi cerebro, porque demora varios segundos en procesar la escena frente a él.

Al otro lado del escritorio de Katashi, se encuentran mis padres y no hay más que decepción en sus miradas.

Me inclino hasta la mitad de mi cuerpo en señal de respeto y a modo de saludo.

—Es un gusto estar de vuelta —digo enderezándome.

—¿Es esa toda la información que tienes para nosotros?

—Así es, señor Katashi.

Con pasos seguros y decisivos, me acerco a su escritorio y deposito las cinco carpetas sobre este. Luego tomo el *pendrive* de uno de los bolsillos de mi pantalón de vestir y se lo entrego. Regreso a mi posición, entre Himari y James.

—Un año de investigación en cinco carpetas y un *pendrive* —susurra Katashi, pero aun así, todos los presentes logramos escucharlo. No hay ningún rastro de emoción en su voz, así que no sabría decir si está decepcionado de mí o no. Debería estarlo; he hecho mucho más en otras

misiones y con menos tiempo—. Antes de comenzar, quiero saber cómo estás, Mei. ¿Te viste obligada a hacer algo para mantener tu posición?

Los recuerdos de la muerte de Kei pasan fugazmente por mi mente, seguidos de las muertes de Tao, Bao y el resto de sus hombres. He quitado más vidas en este mes que en toda mi carrera como agente. Y luego está la amenaza de muerte que le hice a Shinoda cuando Dima estaba al borde de la muerte.

—Estoy bien, señor. Muchas gracias por su preocupación. Y no, no hice nada fuera de lo ético que pueda perjudicar a la agencia.

Mentira. Mentira. Mentira.

Pero ninguno de ellos sabe exactamente lo que ha sucedido, solo saben lo que yo les he reportado.

—Bien. ¿Sufriste de algún maltrato? Ya haya sido físico o verbal, quiero saberlo.

Paso saliva, sintiendo la garganta de repente seca.

Dima intentó matarme durante mis primeros días, luego nos enfrentamos en un entrenamiento. Seguido de eso, pasamos semanas merodeando alrededor del otro hasta que la tensión fue tanta que terminó torturándome con su boca y vocabulario sucio, y por último estaba la noche de hace tres días, que me había dejado algo adolorida.

Nada de eso era agresión, bueno, a excepción de lo primero.

—No, señor. No fui maltratada de ninguna manera.

Miro a mis padres por unos minutos, pero no hay ni un atisbo de preocupación por mí en sus miradas. ¿Qué habría pasado si en verdad hubiera sido agredida? ¿Se habrían molestado, entristecido? ¿Acaso se sentirían culpables si supieran lo que ocurrió en México? ¿O sería solo otra misión fallida en mi expediente para ellos?

—Muy bien, Mei. Entonces comencemos. —Nos indica a mí y a mis compañeros que tomemos asiento en un largo sofá—. ¿Por qué tu posición en la mansión de Shinoda se vio comprometida?

Bueno, el que me haya acostado con el exprometido de su hija es motivo suficiente para quererme fuera, ¿no? Aunque quería hacer esa pregunta, para ver si suena tan divertido como en mi mente lo hace, me trago las palabras.

—Hace tres días, Shinoda se reunió con el líder de la Triada. Fue una emboscada, pero lo que comprometió mi posición fue que Bao Lǐ sabía quién era en realidad. Luego de haber sobrevivido, Dima Voronin canceló su matrimonio. Fue la oportunidad perfecta para retirarme.

Hay muchos espacios en blanco en esa historia, pero solo agregaré más información cuando mi jefe pregunte. No voy a correr el riesgo de hablar de más. A sus ojos, no he hecho nada fuera de lo ético, y el que supiera que había asesinado a Kei, Bao y Tao a sangre fría no estaba en mis planes.

—Himari me informó de que Voronin, Shinoda y tú desaparecieron luego de la emboscada. ¿Dónde estuvieron? Intentamos rastrearte por las cámaras de seguridad de la ciudad, pero no encontramos nada.

Aparto la mirada de Katashi cuando mi madre habla. Hay una ligera desconfianza en sus palabras. Sé que me está analizando. Mi postura, respiración, incluso cuántas veces parpadeo por minuto. Está buscando cualquier indicio de que me he involucrado demasiado con la misión y, por ende, con mis objetivos, pero no encontrará nada. El único capaz de ver a través de mi farsa se irá a Rusia en cualquier momento.

—Fuimos secuestrados. No sé por quién —digo antes de que puedan preguntarme, aunque

eso era otra mentira—. Estaban detrás de Dima. Su cabeza tiene un precio.

Mi madre asiente, pareciendo satisfecha.

—¿Cómo lograron escapar?

Esta vez la pregunta proviene de James. Enarco una ceja como si no fuera obvio.

—Fui la mejor en mi entrenamiento en cautiverio —respondo con el orgullo latiendo en mi pecho.

Luego del fracaso en México, nos enseñaron a escapar en caso de ser secuestradas y a sobrevivir en cualquier entorno. Fue una de las pocas cosas que la agencia creyó que no necesitaríamos en México, pero qué equivocados habían estado.

—¿Pero «cómo»?

Evito lanzarle una mala mirada a James ante su insistencia. ¿Es que acaso no puede dejarlo pasar y ya?

—Dima también tiene un excelente entrenamiento, como saben. Dejamos indispuestos a nuestros secuestradores y nos largamos de ahí.

—Los mataron entonces —concluye mi padre, que había estado en silencio hasta ahora.

Niego.

—Estaban vivos cuando nos fuimos de ahí.

Sé que no tendría problemas por haber matado para escapar, pero si se enteraban de que lo había hecho para ayudar a Dima a salvar a Shinoda, estaría condenándome a mí misma. Todos aquí quieren a él y a su organización muertos.

La ira recorre el rostro de James. No confía en mí y nunca le he agradado, eso era claro, pero no explica por qué su insistencia en hacerme quedar mal.

—Muy bien. Voronin fue herido durante el escape, ¿cierto? —Asiento, regresando la mirada a Katashi—. No veo el expediente médico en el informe, Mei.

—Su hermana debió desaparecerlo. Al igual que todo rastro de que había sido herido.

He estado al pendiente de las noticias desde el instante en que lo internaron en el quirófano y lo único impactante fue la redada que se llevó a cabo en China. Su hermana debía estar detrás de la falta de información.

—Es lo más lógico —agrega Himari—. Estuve navegando por la red oscura en busca de información sobre el secuestro y nada apareció. Solo algunos anuncios de que le pagarían a quien llevara a cabo el asesinato de la dinastía criminal Voronin Smirnov.

Evito hacer una mueca ante las palabras. Si la familia de Dima era como él, no son tan malas personas entonces. Sí, trafican drogas, armas, gemas, asesinan y torturan, pero ahora sé que llevan a cabo esas dos últimas solo si es necesario.

—Excelente —exclama Katashi—. ¿Hay algo más que te gustaría agregar, Mei? ¿No lograste conseguir la fecha de la ceremonia de transición de poder?

Las palmas de las manos comienzan a sudar, pero me resisto a restregarlas contra mis muslos, nada bueno saldría de eso si lo hacía. Las palabras están en la punta de mi lengua, mi mente me grita que lo haga, que pronuncie las palabras, después de todo, a eso vine. Pero mi terco y necio corazón me implora que no lo haga, que calle y acepte la oferta de Dima.

Recuerdo con claridad aquella extraña emoción en la mirada de Dima cuando dijo que en tres semanas sería la ceremonia y que quería que fuera con él. ¿Había sido una súplica aquello que brillaba con tanta fuerza en su mirada? ¿O era esperanza?

Un pensamiento aún más aterrador aparece en escena y crispa cada uno de los músculos de mi cuerpo.

¿Acaso sabe quién soy en realidad y ha decidido confiar aun así en mí?

Un nudo se forma en mi garganta porque, si es así, entonces estoy a punto de fallarle. Si lo protejo y mis padres se enteran, no tendré nada. No tengo una gran familia como la suya que me respalde. Estaré sola, porque sería suya hasta que se aburriera de mí.

Él no me quiere como yo había encontrado la forma de hacerlo.

Con una última inhalación, digo las palabras, con la secreta esperanza de que me haya mentido y que solo fuera una prueba que fallaría.

—La ceremonia se llevará a cabo en tres semanas.

VEINTIOCHO

Dima Voronin Smirnov

Hago una mueca al primer intento de bajarme del coche, todo el costado derecho me duele como la mierda y creí que luego de una semana en el hospital el dolor sería llevadero, pero estoy jodidamente equivocado.

Intento ponerme de pie de nuevo y en el camino una pequeña mano rodea mi cintura y me ayuda a enderezarme. Jun me dedica una de sus pequeñas sonrisas y me ayuda a llegar a mi habitación. Shinoda no estuvo nada feliz cuando le dije que me quedaría un par de días en su casa antes de volver a Rusia, pero lo cierto era que no puede negarse. Tengo dos cosas que hacer antes de irme.

—Gracias —digo entre dientes cuando me dejo caer en la cama. Me sentía como si hubiera corrido una maratón, cuando tan solo habían sido unos cuantos pasos. Observo por unos minutos a la mujer frente a mí, que me miraba con amabilidad, tal como comenzó a hacerlo luego de que llegamos a nuestro trato semanas atrás—. Lo siento, Jun.

La culpa por lo que le he hecho pasar el último mes se remueve en mi pecho. Ha estado bajo mucha presión por mi culpa, entre los *paparazzi*, su padre y la idea de casarse, y aunque no me arrepentía de cancelarlo todo, me importaba su bienestar. Es una persona increíble en este mundo de mierda, quien se merece a alguien mucho mejor, porque yo no estoy dispuesto a cambiar por ella. Solo existe una persona por la que cambiaría mi mundo entero, y no la he visto desde hace una semana.

—Está bien. Siempre supe que no era la mujer para ti. —Toma asiento a mi lado—. Cuando nadie te presta atención, tienes la oportunidad de observar a las personas con detenimiento, y descubrí algo durante el tiempo que compartí contigo.

—¿Y eso es? —pregunto mirando el techo con atención.

—El día que llegaste aquí estabas dispuesto a casarte conmigo, pude ver la determinación en tus ojos. Pero a medida que los días transcurrieron comencé a percibir cierta indecisión. Ya no eras tan atento y conversador, te perdías en tus pensamientos, cuando en un principio absorbías cada una de mis palabras. —Logro vislumbrar su sonrisa aun cuando solo puedo ver el perfil de su rostro—. Ahí fue cuando supe que algo mucho más importante que la necesidad de hacer sentir orgullosa a tu familia había captado tu atención.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo lo…?

—Yo estuve dispuesta a hacer lo mismo —dice deteniendo mis palabras.

—No sé si son las drogas que todavía están en mi cuerpo y me hacen un poco lento, pero no te estoy entendiendo.

Se ríe por lo bajo y se gira para verme. Hay tanta comprensión en su mirada que me hacía sentir ligeramente incómodo.

—Estaba dispuesta a casarme hace un año contigo para hacer sentir orgulloso a mi padre. Después de todo, su vida sería mucho más sencilla si hubiera tenido un hijo.

—¿Y qué cambió?

—Me enamoré.

Mis ojos se abren como platos. No esperaba esa respuesta, aunque ahora estoy agradecido con aquel desconocido, porque si Jun se hubiera enamorado de mí y mis acciones le rompieran el corazón, me haría sentir como una mierda. Ella no merece tal cosa.

—¿Tu padre lo sabe? —pregunto en un susurro, temiendo que entre como un huracán a la habitación al escuchar que su hija se ha enamorado. Niega—. Sabes que intentará alejarte de él cuando lo sepa, ¿no? ¿Y cómo demonios lo conociste? Apenas si te dejaban salir cuando llegué aquí.

Ríe entre dientes, se deja caer a mi lado y entonces suelta la bomba.

—No es un él. Es un ella.

—Diablos. —Es la única palabra que mi boca es capaz de pronunciar. Qué más se le podía decir a alguien que te soltaba algo así—. Entonces, ¿eres bisexual o lesbiana?

En cuanto digo las palabras quiero golpearme la cabeza contra la pared. Es una pregunta algo personal y no quería hacerla sentir más incómoda de lo que seguro ya estaba en mi presencia.

—En realidad, nunca me llamaron la atención las mujeres, al menos no hasta que llegó ella. No fue fácil, ¿sabes? —La tristeza se filtra en sus palabras—. Desde muy pequeña fui consciente de que mi padre me casaría tan pronto como pudiera para que comenzara a tener bebés y asegurar su imperio, así que cuando comencé a tener sentimientos por una mujer, me negué. Lo hice por tanto tiempo que casi la pierdo. —Siento el peso de su mirada sobre mí, pero no se la devuelvo—. Al cancelar nuestro matrimonio me diste la fuerza para decírselo a mi padre, y aunque no está para nada feliz, me siento libre, porque puedo demostrarle al mundo entero cuánto la amo.

—¿Por qué mis acciones te dieron la fuerza? —pregunto, aunque una parte de mí ya sabe la respuesta.

—Ningún padre se sentirá decepcionado de su hijo si sabe que eso lo hace feliz, y si lo hace, entonces no lo ama. Solo lo ve como un medio para obtener lo que él no pudo. —Sus palabras me golpean con fuerza, porque por un tiempo temí decepcionar a mis padres y que su amor por mí disminuyera. Como si pudiera escuchar mis pensamientos, dice—: No conozco a tu familia personalmente, Dima, pero puedo decir con certeza, basándome en lo que me has contado, que nada de lo que hagas podrá hacer que te amen menos.

Se levanta de la cama y se dirige al *shoji.*

—Gracias. —Aunque ya no tengo miedo a lo que Izumi me hace sentir, tener esta conversación termina de aclarar mis pensamientos. Si ella me lo permite, pasaría el resto de mi vida a su lado como su esposo—. ¿Y puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Quién es ella?

Me regala una sonrisa completa y desliza el *shoji* sobre sus ruedas.

—Creo que eres lo suficientemente listo para averiguarlo tú mismo. Después de todo, siempre ha estado frente a ti. —Frunzo el ceño—. Y, Dima, no importa qué pase, no la dejes ir. Ninguna mujer en el mundo arriesgará tanto por ti como lo ha hecho ella.

Sale de mi habitación, dejando mis pensamientos hechos un desastre. ¿A qué se refería con que ha estado frente…? Oh, mierda. Dejo salir una carcajada al darme cuenta, tantos años de entrenamiento y pasé por alto que Jun y Aiko tenían un romance. Por eso al principio fue tan fría conmigo, me veía como una amenaza, pero con los días su aversión hacia mi disminuyó. Supongo que se dio cuenta de lo mismo que Jun. Mis planes habían cambiado.

Me alegra que Jun haya encontrado a alguien que la ame como debería. Merece una vida plena y feliz, y Aiko podría darle eso. Es una increíble persona y sé que nadie la protegerá como ella.

Dejo que mis pensamientos se deslicen hacia sus últimas palabras. Estoy de acuerdo con lo de no dejar ir a Izumi, pero necesitaba saber cuánto había arriesgado por mí. Necesitaba saber si fue ella quien me estuvo vigilando todo este tiempo. Si realmente me quiere o si solo fui un trabajo más para ella.

Suspirando, me resigno a la idea de que tendré que esperar una semana más para descubrirlo. Y aunque me destroce, estaré siempre a su lado.

~

CIERRO LA PUERTA del coche y me dirijo hasta el bar de mala muerte. Alicia tardó dos días en rastrear a Tanaka hasta Sanya, un distrito que se encontraba al sur de Tokio conocido por ser una zona bastante peligrosa. Está a una hora del barrio rojo, por lo que tenía curiosidad sobre qué había provocado que Tanaka se encontrara tan lejos de su guarida.

En cuanto entro al bar, todas las cabezas giran en mi dirección. El lugar huele a cigarro y licor barato, mas evito hacer una mueca. No estoy en las mejores condiciones, así que prefiero evitar sacar mi arma y llevarme a alguno de estos hombres conmigo si intentan atacarme.

Ignorando a todos, me dirijo a una de las mesas más alejadas de la entrada. Lo reconozco gracias a una fotografía que Alicia encontró en los registros de la Policía. Tanaka había sido arrestado un par de veces por robo a mano armada, por lo que no es un criminal de mucha monta.

Me detengo frente a su mesa y lo observo, buscando algún rastro de miedo, pero solo encuentro confianza. Debe saber algo grande si cree que no voy a matarlo. Tomo asiento, estirando las piernas tras una hora entera conduciendo. Fue arriesgado venir solo, pero ni loco hubiera traído a uno de los choferes de Shinoda.

—Creí que le tomaría más tiempo encontrarme, señor Voronin.

Disimulo mi sorpresa al escucharlo hablar en ruso. Tal vez ese expediente solo era una distracción del verdadero hombre detrás de él. Si trabaja para el líder del grupo «Escarlata», algún talento oculto debe tener. Según lo que Kei me contó, solo contrata a personas únicas e indispensables.

—Eres una rata escurridiza, Tanaka —le espeto, aunque no se ofende ante mis palabras, lo que me hace sonreír—, pero conozco a muchas personas con excelentes habilidades para encontrar a otros.

—De eso no tengo dudas, señor Voronin. —Hace girar el vaso en su mano con lo que parecía ser ron—. Me llegó el rumor de que fuiste al barrio rojo a preguntar por mí, y tengo la ligera sospecha de que no viniste a preguntarme sobre la organización a la que pertenezco.

Tanaka es un hombre listo, sabe observar en silencio y esperar el momento perfecto para darse a conocer. Alicia no lo encontró, él se dejó encontrar.

—Háblame de Izumi Nakamura.

Una grotesca sonrisa se desliza por su joven rostro. Tanaka tiene un par de años más que yo, pero por el aura peligrosa que lo rodea sé que no es un hombre con el cual se puede bajar la guardia.

—Oh, la joven pródiga ha atrapado tu atención.

Sus palabras envían un recordatorio a mi cerebro. Aquel día, cuando fuimos en busca del hombre que le puso precio a mi cabeza, la llamaron de la misma forma.

—¿Por qué le dicen así?

Su sonrisa se ensancha.

—Izumi tiene la tendencia de hacer cosas que molestan a sus empleadores.

Enarco una ceja.

—¿Me estás diciendo que al líder de tu organización no le gustan las cosas que hace? —pregunto incrédulo sin entender una mierda—. Porque si es así, tu jefe es un idiota. Izumi tiene increíbles habilidades.

—Lo sé, por eso se la recomendé a Shinoda. —Asiento, ya lo sabía, por eso lo había estado buscando—. Pero no me refería a eso, ella suele involucrarse con personas que ponen en peligro los negocios de sus empleadores.

—Es una sicaria, por supuesto que se involucra con personas de ese tipo. —Estudio la reacción de Tanaka a mis palabras, pero permanece igual de confiado y divertido desde que tomé asiento. Apoyando los codos en la mesa, me inclino hacia él—. Tú sabes quién me ha estado vigilando, ¿no es así? —Asiente sin dejar de sonreír—. Por eso has estado sonriendo como el maldito gato de Cheshire —susurro, pero creo que me oye, teniendo en cuenta cómo la diversión baila en sus ojos—. ¿Qué quieres a cambio de esa información?

—Oh, señor Voronin, podrías apuntarme ahora mismo con el arma bajo la chaqueta de tu traje y no diría ni una palabra. —No me inmuto ante el hecho de que sabe que estoy armado—. Eso le quitaría lo divertido a todo esto. Has estado participando en un juego que desconoces y tus próximos movimientos decidirán tu futuro y el de tu familia.

Pongo los ojos en blanco.

—Deja esos malditos acertijos. Todos tienen un precio, dime cuál es el tuyo.

Niega, y entonces hace algo que me pone los pelos de punta, deja de sonreír.

—Si te lo digo, desapareceré antes de que recorras la distancia entre este lugar y la mansión de Shinoda. —Ladea la cabeza y me observa con detenimiento—. Sé que sospechas de Izumi, por eso has venido por mí. Intentas negarte que podría ser ella, porque eso significaría que no podrán estar juntos.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa.

—¿Cómo carajos…?

—Tengo ojos en todas partes, así como tú los tienes. Te daré una pista y lo que encuentres a partir de ahí será tu problema, porque si mencionas mi nombre, me matarán o harán algo mucho peor. —Se pone de pie y, antes de alejarse por completo, se inclina ligeramente—. Revisa las grabaciones del hospital.

Se aleja, y a los segundos escucho cómo la puerta del bar se cierra. Me pongo de pie con la intención de ir y obligarlo a que me dé el maldito nombre, pero el sonido de un disparo me detiene por unos minutos. Me apresuro a salir del bar, esquivando como puedo a los hombres y mujeres que gritan y corren en el interior de este.

A un par de pasos de la entrada del bar está Tanaka con un agujero en la cabeza. Por el

sonido que oí, fue un rifle de alto alcance, y quien quiera que haya disparado, lo estuvo siguiendo.

Observo con atención cada edificio que me rodea sin encontrar nada sospechoso, pero puedo sentir que alguien me observa.

VEINTINUEVE

Mei Takahashi

Observo a Dima a través de la mirilla, casi sintiendo la caricia de su mirada cuando observa por unos segundos el edificio donde me encuentro, pero luego camina hacia su coche y se sube a él. Demora solo dos minutos en acelerar y desaparecer de mi vista.

Guardo el rifle y me apresuro a salir del edificio con cuidado de que nadie me vea. Con el mismo cuidado, me subo a mi motocicleta y acelero, alejándome lo más posible de la escena del crimen. Había estado vigilando y siguiendo a Tanaka de cerca desde que descubrí que Dima no había regresado de inmediato a Rusia luego de que le dieran de alta. No sé cómo, pero sabía que iría detrás de él. Ahora, luego de enterarme de que se han reunido, sé que Dima sospecha de mí. Y estoy segura de que, en alguna parte de él, ya sabe que soy yo.

El plan inicial era avisarle a la agencia que Tanaka había compartido información confidencial con Dima, pero cuando lo vi salir de ese bar me asusté. No sabía cuánto le había dicho, y el recuerdo de aquella mirada que me dedicó en el hospital me atormentó por unos segundos antes de apretar el gatillo. Si no se lo dijo, no iba a correr el riesgo de que se reúnan de nuevo. Después de todo, tuve que matar a Tanaka luego de que me hiciera entrar en la mansión de Shinoda.

Nunca debí dejar cabos sueltos.

~

En cuanto llego a casa, sé que algo no va bien.

Antes de venir a aquí, dejé el rifle en un piso que mis padres no saben que tengo. Es a donde voy cuando necesito un descanso de esta vida.

Soy recibida por un inquietante silencio cuando entro a la casa. Con la mano encima del arma en mi cadera, recorro cada rincón hasta llegar a la cocina, donde mis padres se encuentran de pie con expresión seria.

Suspiro de alivio al ver que son ellos y no algún ladrón.

—No nos dijiste que saldrías. —Son las primeras palabras que mamá deja salir.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué debería haberlo hecho? Dejé de decirles a donde voy después de que cumplí dieciocho.

—Acabas de regresar de una misión encubierta, no puedes andar por las calles como si nada. Alguien podría reconocerte.

Evito poner los ojos en blanco.

—No es la primera vez que voy de encubierta, ¿recuerdan? Sé cuidarme sola.

Quería decir palabras mucho peores que esas, pero me las guardo por mi propio bien.

—Ese chico Voronin sigue aquí. Si te ve, podrías estar en problemas. —Casi me río ante las palabras de mi padre. El único problema que habría si vuelvo a ver a Dima es que yo no le salte encima, y viceversa. Bueno, ese sería el caso si aún no sabe quién soy en realidad, y si fuera así, lo único que quedaría por hacer sería ponerme de rodillas y pedirle perdón por haber contado el secreto que me confió—. ¿A dónde fuiste de todas formas?

—A dar un paseo —respondo encogiéndome de hombros, y decido que no estoy de humor para continuar con este interrogatorio cuando mi teléfono comienza a vibrar. Lo saco del bolsillo trasero de mis pantalones y contesto al ver el nombre en el identificador—. ¿Sí, Himari?

No necesito ser una agente entrenada para saber por qué me llama.

—Encontraron a Tanaka muerto frente a un bar en Sanya. Están intentando rastrear la bala, pero parece que el arma por la que fue disparada no está registrada.

Ninguna de mis armas en el piso lo están.

—Demonios. ¿Nadie pudo ver quién fue?

Mis padres me observan en silencio mientras tomo asiento en una de las sillas frente a la encimera.

—No. Fue asesinado por un rifle de alto alcance. La policía interrogó a los que presenciaron el homicidio. Aseguran que lo vieron salir del bar y minutos después otro hombre lo siguió al exterior. La descripción que dieron encaja con la de Dima Voronin.

Hago una mueca, solo tomó media hora para que relacionaran todo.

—¿Nadie sabe qué hacían ambos en el mismo lugar?

—Se encontraron en el bar. Los que estuvieran cerca de ellos ahí no lograron entender la conversación. Hablaban en ruso.

Asiento. Tanaka era un hombre muy listo, lo que sea que le dijo, no quería que nadie cercano lo escuchara. Siempre fue paranoico en cuanto a la Interpol, por eso mismo, nunca se negó a ayudarnos. Supongo que al final su paranoia tuvo sentido.

—Parece que está buscando algo.

—Creo que te está buscando a ti. Revisé las grabaciones de todos los lugares a los que fueron juntos. Izumi, la forma en que te mira… Creo que se ha obsesionado contigo.

Un escalofrío me recorre. ¿En serio cree que lo ha hecho? Porque yo no. Sé cómo se ve alguien obsesionado, y Dima no lo está. No digo nada de eso, ni del hecho de que lo único que siente por mí es deseo, de que eso es lo que está viendo en realidad.

—Se irá pronto, recuerda. Así que estaré bien.

—Está bien, pero ten cuidado. No sabemos qué le dijo Tanaka. Podría haber revelado tu identidad.

Sé que no lo hizo. Pasé mucho tiempo con Tanaka como para saber que era más del tipo que disfruta jugar. Tal vez incluso le pareció divertido que Dima no supiera quién soy todavía. Incluso a mí me sorprende que su hermana Alicia aún no me haya encontrado. O tal vez ya lo hizo y solo quiere decírselo a Dima en persona.

—Tendré cuidado, lo prometo.

—Bien, te mantendré al tanto de todo. Y si Dima se pone en contacto contigo de alguna manera para decirte el día exacto de la ceremonia, contáctame de inmediato.

—Lo haré.

Cuelgo antes de que pueda pedirme otra cosa que me fuera casi imposible emocionalmente de hacer.

—¿Qué sucedió, Mei? ¿Por qué parece que has visto un fantasma?

—Alguien asesinó a Tanaka.

Es lo único que les digo a mis padres como explicación antes de tomar el casco y las llaves de mi motocicleta para volver a salir. Ignoro cada una de sus órdenes de regresar a la cocina y explicarles lo que está sucediendo, porque no puedo hacerlo.

Con cada día que pasa, temo que Dima me haga saber de alguna manera la fecha de la coronación, porque entonces tendría que decidir qué hacer.

No quiero traicionar a Dima de nuevo, pero sobre todo no quiero decepcionar a mis padres más de lo que ya he hecho, porque eso es lo único que veo en sus ojos cada vez que me miran.



Dos días después

OBSERVO desde una distancia prudente a Dima despedirse de Jun con un abrazo. Todo en mi interior me grita que me acerque a ellos y los separe, pero no puedo hacer tal cosa. Además, Jun ya no va a casarse con Dima.

También se despide de Aiko, con un apretón de manos, y luego esta regresa a su posición, que es al lado de Jun… Solo que, en esta ocasión, sucede algo inaudito, algo que nunca las había visto hacer: se toman de las manos, entrelazando los dedos. Mi quijada por poco toca el suelo. Son pareja. Jun y Aiko están juntas.

Casi quiero reírme por lo irónico de todo el asunto. Todo el tiempo que pasaban juntas no era como mejores amigas, lo que quiere decir que Jun engañó a Dima.

Era estúpido, pero eso me hacía sentir mucho mejor. Ella nunca lo quiso, por lo que esa noche juntos fue realmente mío.

Dima recorre el pasillo que lo lleva a la zona de embarque con seguridad y sin mirar atrás, como si no le importara lo que está dejando. ¿Aunque es así? Nunca estuvimos juntos, y aún hay un gigantesco secreto entre nosotros… Nada de eso importa. Quiero con cada pedacito de mi corazón, que ahora era suyo, que mire hacia atrás y me encuentre entre la multitud, pero eso no sucede. En su lugar, lo veo desaparecer en la puerta de embarque.

Permanezco en el aeropuerto, aun cuando Jun y Aiko se van con varios guardaespaldas escoltándolas, observando aquella puerta, pensando en lo diferente que habría sido todo si me hubiera ido con él. Aunque zambullirme en esa idea es peligroso para mi corazón, y él no soportaría hacerse pedazos.

Suspirando, decido que es hora regresar a mi piso. No había vuelto a casa de mis padres desde hace dos días, lo que incluye ignorar todas sus llamadas y mensajes. No podía seguir ahí bajo sus constantes miradas de sospecha y decepción. Es demasiado.

Me tambaleo sobre mis pies cuando un sujeto golpea su hombro con el mío al pasar a mi lado a toda velocidad mientras habla por teléfono.

—Idiota —murmuro por lo bajo y continúo mi camino hacia el exterior.

Me dirijo a mi motocicleta de inmediato y me subo a ella. Cuando me pongo el casco, una vibración en el bolsillo de mi chaqueta de cuero llama mi atención. Frunciendo el ceño, saco el

teléfono, que sin duda no es mío. Un número desconocido ha dejado un mensaje de voz. Dejándome llevar por la curiosidad, conecto el teléfono inalámbricamente a las bocinas dentro del casco y le doy reproducir al audio.

«Me molesta un poco el hecho de que no te hayas dado cuenta de que alguien te ha estado siguiendo desde que saliste de tu piso».

Mi cuerpo vibra ante su voz y se tensa por sus palabras. En todo caso, si alguien revisa mi piso, no encontrará nada que me relacione con la Interpol.

«Antes de que te molestes, no sabía cómo contactarme contigo, así que hice que te siguieran y te dejaran este teléfono. Admito un poco que me dolió que no te acercaras a despedirte, *malen'kiy*, no te conocía por cobarde».

Pongo los ojos en blanco ante su burla, pero mis labios se encontraban estirados por una pequeña sonrisa.

«Quería verte antes de irme, pero nunca apareciste, así que tendré que dejar lo que tenía en mente en mi lista de cosas por hacer antes de regresar a casa. Te estaré avisando por este medio el día de la ceremonia, espero poder verte ahí».

Suspira audiblemente, y podía imaginármelo pasando las manos por sus rizos mientras dejaba este mensaje.

«Es la primera vez que le suplico a alguien, pero necesito verte de nuevo, por favor. Tienes que saber la verdad».

La voz de una mujer suena de fondo por unos segundos.

«El avión está por despegar. Solo quiero que sepas que no importa lo que hagas, nunca podrás decepcionarme, y aunque tu decisión me lastime, nada cambiará lo que siento. Cuídate, *moy lzhets*[1]».

Ahogo un sollozo y le doy reproducir de nuevo al mensaje, y cuando vuelve a terminar, lo escucho de nuevo. Lloro frente al aeropuerto sin importarme las miradas curiosas. Este mensaje era la confirmación de que Dima ya sabe que soy yo la que he estado detrás de aquellas cámaras, que yo soy la agente encubierta que mencionaron en aquella conversación.

Me contaron todo en detalle luego de mi regreso, y el recordar aquello solo me hace llorar con más fuerza.

Himari escaneó todos los teléfonos de Phil luego de que Katashi le informó que Dima había dado con él después de rastrear las cámaras. Cuando se descubrió que habían sido clonados, Katashi ordenó que trataran de borrar la conversación del dispositivo clonado, pero era imposible. Phil y Katashi hablaron sobre sacar a una agente de la misión.

No lo entiendo, él está arriesgando todo por mí. Lo que más ama Dima es a su familia, y yo no valgo la pena.

Escucho una última vez el mensaje antes de dirigirme a mi piso con la mirada vidriosa. Él quería decirme una verdad, y yo temía saber qué era aquello.

TREINTA

Dima Voronin Smirnov

Miro la pantalla de mi teléfono por lo que parece ser la millonésima vez en los últimos tres días. No obtuve respuesta a mi mensaje de voz, por lo que tomaría su silencio como una respuesta dubitativa.

Resoplando, busco en mi ordenador el video que ha tenido mi absoluta atención desde que Alicia lo encontró. Siguiendo la sugerencia de Tanaka antes de que lo mataran, le pedí a mi hermana que revisara todas las grabaciones del hospital donde me atendieron después de aquel día en la mansión de Shinoda. Encontró varias tomas donde aparecía mi pequeña mentirosa, pero ninguna revelaba nada importante. Es así hasta que yo llego a la grabación del día del secuestro.

La he mirado mil veces, lo suficiente como para saber qué sucede cuando las enfermeras y médicos me ingresan al hospital sin signos vitales. Nunca me dijo qué tanto afectó que me hirieran, pero al verla gritarle a Shinoda y amenazarlo, sé con certeza de que no fui un trabajo más. Le importo.

Luego de terminar con Shinoda se dirige a una cabina telefónica, las cámaras del hospital no cubrían ese plano, pero Alicia la siguió con las cámaras de los alrededores. No se podía escuchar lo que hablaba, ya que la cámara se encontraba demasiado lejos de ella, pero Alicia buscó entre las grabaciones de esa línea telefónica hasta dar con la conversación.

Abro el cajón de la mesa de noche de mi habitación en casa de mis padres y saco el portafolio que mi hermana armó para mí con todo lo que necesito saber. Ella la encontró mucho antes de que le pidiera que buscara en esas grabaciones, pero dijo, y cito: «No me correspondía decírtelo. Tenías que descubrirlo por tu cuenta».

Acaricio la fotografía, su fotografía, en el expediente de la Interpol, sede Japón. Es Mei Takahashi, la agente que mencionaron en aquella conversación.

Sirve a esta fuerza desde los diecisiete, pero recibió entrenamiento desde los diez años. Sus padres son agentes muy importantes y respetados, por lo que esperan mucho de ella.

A los diecisiete años, junto con otras hijas de agentes fueron enviadas a una misión encubierta en México… Cierro los ojos por un minuto al saber lo que viene. He memorizado cada palabra en estas páginas. Alguien en la Interpol los delató, por lo que cuando llegaron a México las estaban esperando.

El reporte, que es información de clasificación uno, narra que dos de las cinco chicas fueron encontradas muertas luego de haber sido abusadas incontables veces. Las otras tres, incluyendo a mi Mei, estaban en un crítico estado de desnutrición cuando las hallaron. No fueron abusadas, pero sí golpeadas con brutalidad.

Se defendieron, dijo Mei en una parte del reporte. No dejaron que las vieran como presas

débiles, pero las otras chicas no soportaron la presión. Dijo que intentaron protegerlas, pero eran demasiados contra ellas. Me duele el corazón cada vez que pienso que ella y sus compañeras tuvieron que ver cómo abusaban de esas dos chicas y cómo luego las mataban, pero se hace pedazos una y otra vez cuando leo las palabras «No quiero que mis padres lo sepan».

Me es fácil imaginar a una Mei de diecisiete años luchando con este tipo de trauma completamente sola, y me duele el alma por ella y todas esas jóvenes mujeres.

Al principio no entendí por qué había decidido mantenerlo en secreto, pero luego de analizar todo el tiempo que pasamos juntos, lo supe. Ella no quería poner la culpa en los hombros de sus padres, no quería decepcionarlos, y eso mismo es contra lo que había estado luchando todo este tiempo.

Por eso dije aquellas palabras en el mensaje de voz cuando me informaron que el teléfono fue entregado con éxito. Me sorprendió un poco que hubiera estado ahí en el aeropuerto mirándome partir, pero también calentó todo en mi interior. Tal vez al principio, no me creería, pero le haría entender de que la quería y que nunca me haría sentir decepcionado.

Escucho por última vez la grabación de la llamada que mantuvo con su compañera llamada Himari, en la que ordenó que se llevara a cabo una redada en China para acabar con la Triada. Evité por poco darme golpes de pecho la primera vez que escuché la grabación; ella lo había hecho por mí, lo sabía. Usó a su gente para que llevaran a cabo su propia venganza.

Ella me quiere de la misma forma que yo a ella. Es todo o nada.

Levanto la cabeza de golpe cuando llaman a la puerta de mi habitación y, enseguida, entra mi hermana Elaine.

—Creí que ya habías regresado a tu piso —dice, tomando asiento a mi lado, en la cama.

—Quiero pasar un tiempo aquí, estuve mucho tiempo lejos.

Me dedica una cariñosa sonrisa antes de apartar algunos rizos de mi frente.

—Solo fueron casi dos meses. ¿Recuerdas que ibas a irte por mucho más que eso?

Río entre dientes.

—Tal vez no estoy listo para alejarme de todos ustedes por tanto tiempo.

—Yo tampoco lo estuve cuando me fui a vivir a Italia por una temporada, pero a veces ese tipo de sacrificio son necesarios. —Asiento, porque tiene razón, pero lo que diferencia su caso del mío es que ella estaba con el hombre que amaba mientras esperaba que sus hijos nacieran—. ¿Cómo lo llevas?

—Si te preocupa que la mate cuando la vea, no lo haré, así que no te preocupes.

—Eso lo sé, pero quiero saber cómo está todo por aquí —dice Elaine, palmeando la zona donde se encuentra mi corazón—. Sé que no es fácil cuando descubres que alguien que quieres te ha estado mintiendo.

Sí, ella y Alicia lo sabían mejor que nadie.

—Estaré bien cuando la tenga a mi lado. —Suspiro—. Tal vez no sabía cuál era su verdadero nombre o cómo se llamaban sus padres, pero todo fue real, excepto el principio. —Mi hermana frunce el ceño sin comprender, así que le explico—. Una vez le dije que la destruiría y la convertiría en la cáscara vacía que aparentaba ser… Pero lo cierto es que nunca lo estuvo. Mei e Izumi son la misma persona, no un papel que crearon para una misión, pero creo que ella no lo tiene del todo claro. —Paso saliva, recordando todo el tiempo que pasamos juntos—. Mientras más tiempo estaba a su lado, más real se volvía todo. Ella dejó de aparentar ser una cáscara vacía en algún momento y me mostró su auténtica personalidad. Una combinación de Mei e Izumi.

—¿La quieres a pesar de todo?

Asiento.

—Con sus secretos y engaños, la quiero. Podrá ser una agente y una mentirosa, pero es «mi» agente mentirosa. —Miro a los ojos de mi hermana, que brillan de felicidad—. Todos saben lo que podría pasar cuando le diga la fecha de la coronación, ¿verdad?

—Estaremos preparados en caso de que algunos agentes nos visiten. —Un destello de preocupación aparece en su rostro—. Sabes lo que significa si te entrega a la Interpol, ¿no?

—Nos habrá condenado antes de que siquiera podamos estar juntos realmente, pero será su completa decisión.

—¿La dejarás ir?

—Sí, pero nunca estaré lo bastante lejos como para que alguien pueda lastimarla.

—¿Y qué harás si un día decide casarse y formar una familia?

Sus palabras son puñaladas profundas a mi corazón, pero reprimo el dolor que me recorre.

—Permaneceré en las sombras. Nunca haré nada que pueda hacerla infeliz.

Elaine suspira audiblemente y deja caer su cabeza sobre mi hombro.

—Todos estamos orgullosos de ti, Dima. Eres un hombre increíble, quiero que lo sepas.

Sonrío, rodeo sus hombros con mi brazo y nos quedamos así por un buen tiempo.

—¿Dima?

—¿Sí, hermana mayor?

—La ceremonia será en dos días.



ALGUIEN MUY SABIO una vez dijo: «Mantén a tus amigos cerca, pero a tus enemigos aún más cerca». Nuestra agente nunca escuchó tal cosa, porque mientras mantiene una conversación acalorada con sus padres, luego de que la citaran a la agencia por no haber ido a trabajar los últimos días, alguien se encuentra revisando su piso. A veces, quienes creemos que son nuestros amigos en realidad se encuentran en el equipo de las personas que nos quieren destruir.

James sabe que algo pasó con Mei en esa misión. Él vio cómo ella y Dima Voronin asesinaban a sus hombres cuando los envió a matar al joven Voronin. Tal vez no apretó el gatillo, pero lo ayudó, y esa era suficiente traición para él.

La siguió por días, hasta que encontró el momento para allanar su propiedad, y ahora, viendo el arsenal de armas que tenía sin registrar en aquel piso, sabía que Mei Takahashi era más peligrosa de lo que creyó y que sin duda nunca debió subestimarla.

Con cada segundo que pasa Mei despotricando contra sus padres, acusándolos de no estar ahí cuando los necesitaba y de ser dos agentes que analizaban cada milímetro de su vida, James se acercaba más a descubrir la verdad de lo que había hecho en realidad.

Y cuando un teléfono suena entre un montón de documentos sobre la dinastía Voronin Smirnov, James sabe que la ha atrapado.

Había un mensaje de un número desconocido con cinco palabras.

«Te veo en dos días».

Él sabía quién era, que Mei había ocultado que Dima se contactó con ella y que hizo aún cosas peores que esa. Porque mientras revisaba el piso, encontró un rifle que coincidía con el tipo de bala que había atravesado el cráneo de Tanaka.

Después de tanto tiempo y de soportar que le arrebatara los mejores casos, se desharía de

ella.

Cuando Mei regresa a su piso, sabe que alguien ha irrumpido en él. No se podía ser uno de los mejores agentes sin ser precavido. Tenía un detector de movimiento bien escondido junto a la puerta de entrada y había cámaras en cada habitación.

Oliver James había descubierto su secreto, y cuando descubre que ha revisado el teléfono que le fue dado por el criminal que él tanto quería atrapar, pero que ella quería tomar como suyo, sabe que no tiene tiempo.

La coronación sería en dos días y ya toda la Interpol debía saberlo. Tenía solo un par de horas para salir del país y llegar a Rusia antes de que fuera demasiado tarde.

Aquel sabio tal vez tuvo razón en algún momento, pero para mala suerte de nuestra agente, su enemigo la amaba hasta el punto de dejar que rompiera su corazón en mil pedazos, y su amiga Himari la había traicionado, ayudando a James a encontrar aquel piso.

TREINTA Y UNO

Mei Takahashi

Miro por encima del hombro para asegurarme de que nadie me ha estado siguiendo desde que bajé del avión. He llegado a Rusia hace una hora y me encuentro más paranoica que nunca.

Cuando recibí la alerta de que alguien había entrado a mi piso, mi corazón se detuvo, y casi muero de un infarto cuando vi quién había sido. Sin duda, James quiere acabar conmigo, y tal vez ya lo ha logrado, pero no me importa.

Tomé mi decisión mucho antes de verme obligada a escapar. Me llevó más tiempo del que creí encontrar un avión con destino a Rusia con el que pudiera pasar desapercibida, por lo que ahora solo tengo menos de un día para encontrar a Dima. Me deshice de mis documentos legales y salí del país con unos falsos; también me aseguré de no dejar mi rostro visible para las cámaras de seguridad. He hecho todo lo que está en mis manos para que sea imposible de rastrear.

Ahora, recorriendo las calles de Moscú, no sé muy bien a dónde ir. No creí que lo lograría; realmente estuve esperando en todo momento que los guardias de seguridad me detuvieran. No sabía dónde vivía Dima; esa siempre fue información clasificada. Además, no podía escribirle porque me había deshecho del teléfono que me dio antes de irme. Ordenando mis pensamientos, decido hospedarme en el hotel más cercano y, de ahí en adelante, planear qué hacer.

Me estremezco a causa del frío mientras recorro las concurridas calles; he empacado solo lo estrictamente necesario, por lo que no traje ropa adecuada para el frío. A un par de cuadras, diviso un hotel.

Manteniendo la mirada baja, me dirijo hacia allá.

~

DEJO SALIR un suspiro en cuanto pongo un pie adentro; está cálido. El lugar parece ser lujoso, pero gracias a años depositando parte de mi sueldo en una cuenta externa, tenía una muy buena cantidad de dinero para vivir por varios meses, de ser necesario, en un sitio así. Algunas personas se giran para verme mientras me dirijo a la recepción, pero los ignoro. Supongo que no ven todos los días a una mujer japonesa de metro y medio que parece estar escapando de la ley.

—Bienvenida al hotel King, señorita. ¿En qué puedo ayudarle? —dice la recepcionista en un perfecto inglés cuando llego a ella. Su sonrisa es cordial y tiene unas hermosas facciones. Sus ojos azules parecen un océano en calma.

—Me gustaría una habitación de una sola cama, por favor.

—Por supuesto. ¿Cuánto tiempo se hospedará con nosotros?

—Solo una noche.

—Muy bien. Su nombre, por favor.

Medito unos segundos; no puedo dar el mismo nombre con el que compré mi boleto de avión. Era arriesgado, pero aún más arriesgada es la idea que tengo en mente.

—Izumi Voronin.

Los ojos de la recepcionista se abren como platos.

—¿Está casada con Dima Voronin? —susurra—. Hasta donde sé, es el único con el apellido Voronin que todavía sigue soltero.

Un cosquilleo de irritación me recorre por la forma en que sus ojos brillan al hablar de él. Ya que últimamente lo mío es mentir, sin que se dé cuenta, cambio el anillo que siempre llevo conmigo y lo pongo en mi dedo anular.

—Así es, Dima es mi esposo —digo con una sonrisa, dejando caer las manos con disimulo frente a sus ojos. En esta ocasión, mentir no me deja un mal sabor en la boca.

—En ese caso, será un gusto dejarle la *suite*. Puedo abrir una cuenta para usted, y todo lo que consuma será enviado a su esposo.

Bueno, mierda. No quería gastar el dinero de Dima, pero si le envían una factura a nombre de una esposa que no tiene, sabría que estoy aquí y eso es justo lo que necesito.

—Por supuesto, eso sería excelente.

Con una última sonrisa, se dedica a reservar la habitación y preparar todos los detalles. O aquí son muy confiados o nunca dudarían del apellido Voronin. Dejo que mi mente divague ante el hecho de que me gusta cómo suena mi nombre junto al apellido de Dima. Es irónico que al principio de toda esta historia relacionara su apellido con el peligro y la muerte; ahora significa seguridad y esperanza.

—Todo listo, señora Voronin. Puede subir a su habitación.

—Gracias.

Tomo la tarjeta digital que me tiende y me apresuro a ir hacia los elevadores.



MI BOCA se abre formando una pequeña «o» al cruzar la puerta de la *suite*. El lugar es hermoso, elegante y grita miles de dólares a donde quiera que mire. Recorro cada rincón hasta asegurarme de que las únicas entradas de la habitación son por el balcón y la puerta por la que acabo de ingresar.

Me doy una rápida ducha y extiendo todas mis provisiones en la cama tamaño *king size*. Solo tengo dos mudas de ropa, dos bragas, un sujetador y varios miles de dólares en efectivo. Logré pasar dos armas de fuego por el área de seguridad del aeropuerto y dos armas blancas, además de un par de cartuchos, gracias a algunos favores que me debían algunos miembros de la seguridad en los aeropuertos. de Japón y Rusia. A ninguno les hizo gracia que los amenazara con divulgar sus sucios secretos a las autoridades, por lo que ignoraron mi equipaje cuando pasó por el control de rayos X.

Pido algo para cenar, permitiéndome disfrutar por segunda vez una de mis mentiras. La primera vez fue cuando dejé que Dima poseyera mi cuerpo.

Me entretengo las siguientes horas comiendo papas fritas y limpiando mis armas hasta

asegurarme de que queden brillosas. Cuando el teléfono junto a la cama comienza a sonar, solo demoro un segundo en contestar. Mi corazón late desbocado.

—Buenas noches, señora Voronin.

Mi cerebro sufre un cortocircuito al escucharlo llamarme así. Suena tan sexi que tengo la imperiosa necesidad de escucharlo mientras se hunde en mi coño y me hace suya de esa forma tan única.

—Hola.

—Mmm. Creo que merezco más que eso, teniendo en cuenta que eres mi esposa.

Cierro los ojos por unos segundos, sintiéndome algo avergonzada.

—Sobre eso… Sé que no debí decir que era tu esposa, pero no se me ocurrió otro apellido cuando la amable señorita en recepción me preguntó cómo me llamaba. Luego preguntó si estábamos casados, asegurando que si era así podía abrir una cuenta a tu nombre y enviarte la factura. Yo… no sabía qué hacer; necesitaba comunicarme contigo de alguna forma y aproveché la oportunidad.

—Podrías haberme llamado desde el teléfono que te di. Habría ido por ti al aeropuerto.

Meneo la cabeza, pero luego recuerdo que no puede verme.

—Necesitamos hablar, de hecho. Hay varias cosas que necesito explicar.

—Qué bueno que lo dices, porque hay algo que necesito decirte.

Giro la cabeza cuando alguien llama a la puerta; la adrenalina recorre mi cuerpo. Los agentes de la Interpol no tocaban, solo irrumpen, pero si se trata de una estrategia… Tomo mi arma y me dirijo rápido a ver quién es.

—Aguarda un momento, hay alguien en la puerta —digo en un susurro, asegurándome de que la persona al otro lado no pueda escucharme.

En un rápido movimiento, abro la puerta y levanto el arma.



Dima Voronin Smirnov

MIRO FIJAMENTE el cañón del arma que me apunta.

—¿Me perdí en algún momento la parte en la que los japoneses reciben a sus invitados de esta forma? —pregunto con una ceja alzada mientras guardo mi teléfono.

Mei me dedica una confusa mirada antes de bajar el arma.

—¿Qué demonios? ¡Pude haberte disparado!

No me inmuto ante sus palabras, en su lugar, la hago a un lado y entro a la habitación.

—No lo hiciste.

—Pude haberlo hecho. —Me volteo a verla, encontrándola con los brazos cruzados—. ¿Qué estás haciendo aquí? Se supone que hay personas queriendo matarte ahora mismo.

—Este es nuestro territorio; solo unos pocos se atreven a atacarnos, y mi familia ya se encargó de ellos. —Doy un paso en su dirección—. Y respondiendo a tu primera pregunta, pagué por esta habitación, así que creo que tengo el derecho de estar aquí. —Me inclino sobre su cuerpo y la acorralo, poniendo mis brazos a la altura de su cabeza—. Además, dijiste que teníamos que hablar, Mei.

Su cuerpo se estremece visiblemente al escucharme pronunciar su nombre.

—Lo sabes desde lo del aeropuerto, ¿no es así? —pregunta en un susurro, sosteniéndome la mirada sin titubear.

Esa era mi chica.

—Lo sospeché desde hace un tiempo; solo necesitaba la confirmación. —Rozo su nariz con la mía antes de recorrer toda la longitud de su cuello, impregnándome de su dulce y tentador olor —. ¿Fue divertido jugar conmigo todo este tiempo?

Niega.

—Al principio vi todo como una misión más, luego lo complicaste todo con tu fascinante forma de ser.

Sonrío contra su cuello, ahora recorriendo la longitud de este con la lengua. Tiro del lóbulo de su oreja hasta que la escucho gemir.

—Yo tengo algo que sin duda te resultará «fascinante». —Enderezándome, la miro fijo, encontrando su rostro medio sonrojado y sus pupilas dilatadas—. Ponte de rodillas y suplica perdón, *moy malen'kiy lzhets*.

La incredulidad es la primera emoción visible en su rostro; la siguiente es la ira.

—Si viniste aquí para humillarme, entonces puedes irte a la mierda. —Frunce el ceño—. Sabes que, tengo una idea mejor. Quédate con tu maldita *suite* que yo me largo.

La tomo de la cadera y la pego a mi cuerpo.

—No irás a ningún lado. Viniste; ahora jodidamente me perteneces. Ese fue nuestro acuerdo. —Sin alejar su cuerpo del mío, llevo mi otra mano a sus carnosos labios y los acaricio. A pesar de su enojo, estos se abren para mí—. Te quiero de rodillas porque voy a follar esa linda boca. Me lo debes luego de no haber ido a despedirte, y es una buena forma de pedir disculpas.

—¿Y si no lo hago? —pregunta desafiante.

—Cómo te gusta jugar con mi paciencia —susurro. Llevo mi dedo pulgar al interior de su boca—. Chúpalo. —Sus labios se cierran a mi alrededor, lo que me hace gemir y frotarme ligeramente contra su cuerpo—. Si no lo haces, pondrás las manos en esa puerta y me dejarás follarte hasta asegurarme de que no puedas caminar mañana. —Gime mientras su lengua juega con mi dedo. Lo saco de su boca con un húmedo y sonoro «pop» que deja a mi polla palpitando —. ¿Qué eliges?

Con una sonrisa sensual en los labios, la veo arrodillarse, para luego desabrochar mi pantalón y bajarme la cremallera. Siseo cuando su pequeña mano saca mi miembro de mis calzoncillos y luego lo acaricia de arriba abajo.

La punta se encuentra brillosa, y cuando se relame los labios, mis caderas se balancean en su dirección.

—¿Vas a tomarlo como una buena chica? —Asiente. Gimo al sentir el calor de su lengua recorriendo la punta—. Entonces chúpala toda, Mei. Es hora de que te tragues tus propias mentiras, así nunca más podrás mentirme.

Obedeciendo, sus labios comienzan a chupar y a lamer. Jesucristo, era como estar en el cielo después de días en el infierno sin saber nada de ella. Tal como dije, le follo la boca, disfrutando del sonido de su respiración acelerada y de la sensación de golpear el fondo de su garganta.

—Me tomas tan jodidamente bien —dejo salir entre gruñidos. Sus uñas se entierran en mi trasero, lo que eleva mi libido por los cielos. Mis pelotas y cada músculo de mi cuerpo se tensan. Estaba cerca, y aunque quería durar más, había fantaseado demasiado tiempo con la idea de tenerla así, frente a mí, hermosa y dispuesta, con el rostro lleno de lágrimas por la manera en que se atragantaba—. Voy a correrme.

Intento retirarme, pero aprieta su agarre contra mi trasero.

—Dámelo todo, Dima.

Sonriendo y enamorado más que nunca de esta mujer, hago lo que me pide. Con un rugido, libero mi carga en su boca. Sus ojos se vuelven blancos al saborearme, entonces gime y la veo tragar mi semen.

—Eres un pecado, Mei Takahashi.

Se pone de pie, sonriente, pero no hemos acabado. Termino de quitarme los pantalones y luego sigo con la camisa. Dejo caer mi arma en algún lugar y la tomo de los muslos, obligándola a cerrar las piernas alrededor de mi cintura. Solo lleva una bata de baño, por lo que siento el calor de su sexo de inmediato.

La llevo a la habitación y la arrojo en la cama. Le quito la bata en cuestión de segundos, dejándola desnuda para mí. En esta ocasión, con la iluminación de la habitación, puedo verla y apreciar cada centímetro de su cuerpo.

—Eres preciosa —susurro recorriendo su cuerpo con mi boca—. Un puto afrodisíaco. Una delicia.

—¿Por qué siempre tienes que decir ese tipo de cosas?

Sonrío contra su pecho antes de tomar su pezón en mi boca y morderlo. Gime, levantando la pelvis hacia mí. Estos casi dos meses habían sido suficiente juego previo, así que, dejando de perder el tiempo, me acomodo en su entrada.

—Porque sé que te vuelve loca —digo y luego me entierro hasta la empuñadura en su coño.

Ambos gemimos ante la intromisión. Había olvidado lo genial que era estar en su interior. Nuestros movimientos son sincronizados, sabiendo lo que le gustaba al otro, a pesar de haber hecho esto antes solo una vez.

Me deleito escuchando el placer que siente y el sonido de nuestros cuerpos chocando, convirtiendo el momento en algo sucio, perfecto e íntimo. Acelero mis movimientos cuando sus paredes se aprietan a mi alrededor. No necesitamos hablar, nuestros cuerpos lo hacen por nosotros.

Sus brazos y piernas me rodean, aferrándose a mí, mientras grita su orgasmo, haciéndole saber a todo el hotel el nombre del hombre que la estaba haciendo correr. No me toma más de un minuto seguirla; me corro llenando su cálido coño con mi semilla, disfrutando de marcarla como mía.

Dejo caer parcialmente mi peso sobre ella, necesitando un minuto. Sus manos recorren mi espalda, acariciando algunas de las cicatrices que había obtenido a lo largo de los años.

—Necesito decirte algo —susurra.

—Tienes mi absoluta atención. Siempre la tienes.

—La Interpol sabe que mañana es la coronación. —No me tenso ni doy señal de que sus palabras podrían haberme afectado; aun así, sus brazos se aprietan a mi alrededor—. Primero quiero que sepas que yo no se los dije. Uno de los agentes estuvo siguiéndome y, en cuanto tuvo la oportunidad, se coló en mi piso. Encontró el teléfono que me diste y leyó el mensaje. Tuve que deshacerme de él al venir aquí para que no pudieran rastrearme. —Con cuidado de no lastimarla, le doy la vuelta y la abrazo contra mi pecho—. Lo único que les dije fue que la ceremonia sería en tres semanas y… Lo siento tanto, Dima. Sé que confiaste en mí para darme esa información y te traicioné, pero tenía tanto miedo. Miedo de que, si te elegía, me harías a un lado en cuanto te aburrieras de mí; entonces no me quedaría nada. —Algo húmedo toca mi pecho, y es entonces cuando me doy cuenta de que ha comenzado a llorar. Seco sus lágrimas, encontrándome con su

mirada brillosa—. Pero luego escuché ese mensaje de voz y me di cuenta de que no podía hacerlo. No podía condenarte a ti ni a los tuyos.

Toma mi rostro entre sus manos.

—No podía hacerlo porque te amo, Dima. Lo hago en cuerpo, corazón y alma. —Acaricia mis pómulos con cariño y ternura, ablandando todo en mi interior—. Mi corazón es tuyo para hacer lo que quieras con él, porque siempre te elegiré a ti.

No digo nada por varios minutos, pero entonces sonrío. Acerco mis labios a los suyos y la beso con todo lo que tengo, dejando mi alma en sus manos. Era suya.

—No cambiaría nada de las últimas semanas, porque todo me llevó a ti. No me importan las mentiras ni los secretos, te amo con cada uno de ellos. Tomaré cualquier cosa que quieras darme y la atesoraré siempre. —Beso su frente—. Y quiero que sepas que nunca me harás sentir decepcionado. Te elegiré siempre. Eres mi agente. Mi mentirosa. Mi mujer.

Asiente, volvemos a besarnos, fundiendo nuestras almas y corazones, volviéndonos uno solo en más de un sentido.

—Pero… ¿pero tu familia?

Niego, deteniendo sus palabras.

—Estamos listos para enfrentarlos. Todo estará bien, ¿sí? Mañana temprano iremos a casa de mis padres y nos prepararemos.

—¿Pero no pueden escapar? Habrá muchos heridos, Dima.

La acerco más a mi cuerpo, enredando mis piernas con las suyas.

—Nadie con los apellidos Voronin Smirnov retrocede. Les enseñaremos por qué somos los reyes de la mafia. Todos aprenderán su lección mañana.

TREINTA Y DOS

Dima Voronin Smirnov

Con Mei a mi lado, entro a la «sala del trono» sintiéndome poderoso. Nadie de mi familia dijo nada cuando me vieron llegar con ella, lo cual agradecí, ya que de por sí había estado muy nerviosa con la idea de conocerlos. No como un agente de la Interpol, sino como mi mujer.

Ahora, recorriendo la alfombra roja hacia mi nuevo futuro, no podía sentirme más feliz. Pasé tanto tiempo creyendo que debía probar mi valía que no me di cuenta de lo valioso que era para mi familia en realidad.

La «sala del trono» está llena de nuestros invitados, desde aliados como la Yakuza y la mafia italiana hasta políticos conocidos. Emanuele aún no ha regresado de Venezuela, pero esperamos que llegue durante la ceremonia de «coronación» en caso de que necesitáramos refuerzos contra la Interpol. Al final del pasillo están mis hermanas junto a sus esposos, y en la tarima se encuentran mis padres. Las cadenas de oro de las que tanto había escuchado hablar adornan sus cuellos. Al verlas, lo que está a punto de suceder se vuelve tan real.

Había evitado pensar que me convertiría en un rey de la mafia durante toda mi vida; nunca fue algo que me atrajera. Sí, disfruté del poder que mis apellidos me daban, pero nunca anhelé más, y sigo sin hacerlo. Sin embargo, este es mi deber, y me siento orgulloso de cumplirlo. Ya es hora de que mis padres se tomen un respiro después de cinco décadas gobernando.

Dejo un beso en los labios de Mei antes de situarme junto a mis hermanas. Frente a nosotros se encontraba un sacerdote. Por lo que mi padre me había contado, el que coronó a mi madre ya falleció, pero este pertenece a su misma línea de sangre.

—Sean todos bienvenidos a este maravilloso día. Nos hemos reunido hoy para presenciar la ascensión de Alicia Voronin Smirnova, Elaine Voronin Smirnova y Dima Voronin Smirnov, hijos de Anastasia Smirnova y Alexei Voronin, nuestros reyes de la mafia. —Una ola de aplausos recorre la habitación, pero al minuto se detiene. Miro a mis hermanas, la expectación y el orgullo relucen en sus rostros. Soy consciente de que ellas nunca quisieron esto para sus vidas, pero, al igual que yo, entienden que es su deber—. Anastasia Smirnova, ponte de pie. —Mi madre acata la petición; lleva un hermoso vestido azul perlado con diamantes incrustados en la parte superior de este—. Alexei Voronin, ponte de pie. —Mi padre, con una sonrisa ladina, lo hace, vistiendo completamente de negro, pero eso no evita que mi madre lo mire siempre hipnotizada. Siempre quise algo como lo que ellos tienen, y ahora sé que lo he encontrado.

El sacerdote mira en nuestra dirección.

—Hijos míos, de rodillas. —Me dejo caer, manteniendo la vista gacha, pero con una postura segura—. Anastasia Smirnova, ¿entregas tu título como reina de la mafia solo porque lo deseas?

Si alguien en esta sala te ha obligado, puedes decirlo.

—Lo entrego porque lo deseo, padre.

—Alexei Voronin, ¿entregas tu título como rey de la mafia solo porque lo deseas? Si alguien en esta sala te ha obligado, puedes decirlo.

Elevo la mirada, encontrándome de inmediato con la suya. El orgullo reluce en ella, al igual que el amor que siente por nosotros.

—Lo entrego porque lo deseo, padre.

El sacerdote, junto a otro monaguillo, le quita las cadenas a mis padres. Aparece un tercero con una cadena extra, ya que solo había dos hasta hace un par de semanas.

—¿Aceptan a Alicia, Elaine y Dima Voronin Smirnov como sus reyes?

—Los aceptamos, padre —responden mis padres al unísono. Por el rabillo del ojo, observo cómo se toman de las manos.

—¿Aceptan todos en esta sala a Alicia, Elaine y Dima Voronin Smirnov como sus reyes de la mafia y nuevos líderes?

—Los aceptamos, padre.

El coro de voces reverbera en mi pecho. Era intimidante que tantas personas te eligieran y dejaran el peso del mundo sobre tus hombros, pero al mismo tiempo era emocionante.

La atención del sacerdote cae sobre nosotros.

—¿Juran proteger a sus aliados, liderar con sabiduría y proteger al inocente?

—Lo juramos, padre.

—¿Juran vengar a todo aquel que muera fuera del código, ser bondadosos cuando lo necesiten y asesinar a todo aquel que atente contra su familia?

Miro a mis hermanas y, cuando sus miradas se encuentran con la mía, asentimos. Siempre cuidamos de los nuestros.

—Lo juramos, padre.

—Entonces, por el poder que me es otorgado, los declaro reyes de la mafia y líderes de la mafia rusa.

La cadena cae alrededor de mi cuello; era bastante pesada, pero no me tambaleo ni titubeo. Nos ponemos de pie, encontrando a todos los presentes de rodillas. Busco en la primera fila a Mei y, cuando encuentro su mirada puesta en mí, sonrío. Se ve hermosa. Miro al resto de la multitud, aunque sé que no están aquí. Mi abuelo Lucios y mi primo Ángelo se encontraban en alguna parte del mundo viendo patinar a Aster sobre el hielo.

—Ante ustedes, los nuevos reyes…

—Bravo. Maravillosa ceremonia.

Todos ponemos nuestra atención en el hombre al final de la habitación, luciendo ropa táctica azul oscuro. La palabra «Interpol» reluce en su pecho en letras blancas.

—Te tomaste tu tiempo, James —digo con una sonrisa arrogante. Mei me ha hablado un poco del agente que la estuvo siguiendo después de que logramos quitarnos las manos de encima, y debo decir que tengo un serio problema con él. Se atrevió a ir detrás de mi mujer, y nadie sigue respirando luego de hacer tal cosa—. ¿Disfrutando de la estadía en nuestro territorio?

El aire se carga de tensión con cada segundo que pasa. Sin mirar, sé que cada uno de nuestros hombres e invitados se encuentra listo para un baño de sangre.

—En especial de la compañía de aquellos que los quieren fuera del poder. —Mi sonrisa se crispa—. Ahora, si me permiten decir las palabras: están todos detenidos.

—¡Y una mierda, James!

Todo sucede demasiado rápido después de escucharla gritar esas palabras. Mei se levanta con agilidad a pesar de llevar un largo vestido negro que había encargado para ella y tacones de más de diez centímetros. Levanta su arma y dispara en la dirección en la que James se encontraba.

Solo tengo un minuto para ver cómo la bala atraviesa su cráneo antes de que el infierno se desate entre nosotros. Estamos rodeados por agentes de la Interpol y un grupo de traidores.



Mei Takahashi

NO PIENSO, solo actúo, y no me arrepiento en absoluto.

Vuelvo a agacharme, usando como escudo las sillas a mi alrededor. Agentes de la Interpol salen desde todos los puntos de la casa y disparan a todo lo que respira. Sin embargo, lo que me tiene con el corazón en la boca es que James está trabajando con un grupo de traidores a la dinastía Voronin Smirnov. Esto no es algo típico de la Interpol. Estoy casi segura de que la Interpol no sabe que están aquí. James debe traer consigo a todos los agentes dispuestos a matar a un montón de criminales para así llevarse el crédito de haber acabado con la mayor fuerza del crimen y narcotráfico en el mundo.

Deslizándome sobre mis rodillas, me alejo lo más posible de la línea de fuego. Si alzo la cabeza en este momento, no duraría un minuto viva. Hay demasiadas balas en el aire, tanto de los hombres de James como de los de Dima y su familia. Además, los invitados también están armados.

Un par de botas de cuero aparecen en mi campo de visión y no tengo que alzar la vista para saber que es un agente. Sin pensarlo demasiado, tomo impulso y me lanzo sobre sus piernas, derribándolo en el proceso. Saco mi navaja mariposa de la correa que llevo en mi muslo y lo apuñalo directo al corazón.

No me atrevo a mirar su rostro, porque si resulta ser alguien que conozco y que me agrada, esto será mucho más difícil. Aunque el hecho de que hayan venido por Dima y su familia deja todo en mi mente.

Le quito el arma de alto calibre, tomo una rápida inhalación, corro en dirección a una columna y me cubro con ella. Una cantidad incontable de balas impacta contra ella en un instante.

Me quito los tacones y, con la navaja, rasgo el vestido hasta dejarlo por encima de mis rodillas. Es una lástima, es un vestido muy lindo. Asomo la cabeza para observar todo a mi alrededor. Veo algunas personas cubriéndose mientras le devolvían el fuego a los agentes, pero otros están luchando cuerpo a cuerpo con agentes y traidores. Recorro el área rápidamente hasta que lo veo. Dima está junto a sus hermanas, enfrentándose a un grupo de agentes y traidores.

A pesar de que hay muchos invitados, nos superaban en número.

Disparo contra dos agentes en cuanto salgo de mi escondite, desarmo a otro y tomo su arma. Disparar para mí era como respirar; aprendí a hacerlo cuando tenía trece años, por lo que mis reflejos son incomparables. Tal vez con la única que no podría compararme era con Alicia; dispara con una gracia y rapidez que casi parecía que estuviera bailando.

Y Elaine aparece y desaparece tan rápido que apenas puedo seguirle la pista entre el mar de cuerpos que deja a su paso.

Concentrándome en mi tarea de nuevo, golpeo a uno de los traidores en el pecho con la culata del arma, y mi navaja termina en la tráquea del segundo. Mis manos están resbalosas por la sangre y el sudor, pero no me detengo, y en algún punto pierdo la cuenta de cuántos muertos he agregado a mi escaparate.

Y cuando me detengo, todo parece hacerlo, porque entre el grupo de agentes que todavía seguían de pie se encontraban mis padres. Ellos parecen darse cuenta de mi presencia al mismo tiempo que yo de la de ellos. Bajo el arma de inmediato; no importa que fueran una mierda como padres. Doy un paso en su dirección, pero entonces hacen algo que duele mucho más que la bala que atraviesa mi hombro.

—¡Mei!

Esa bala vino de ellos.

Dima aparece a mi lado y devuelve el fuego rápidamente mientras me cubre con su cuerpo. Casi le grito que se aparte, cuando una fuerte detonación sacude el suelo bajo mis manos. Miro por encima de mi hombro y encuentro a un grupo de hombres y mujeres apuntándonos a todos.

¿Quiénes demonios eran?

—¡Todos pongan las manos donde pueda verlas! —grita una mujer con un fuerte acento latino—. O muchas de ustedes se irán con san Pedro.

Gimo cuando Dima levanta su cuerpo del mío y me ayuda a ponerme de pie. La sangre corroe por mi brazo, así que hago presión en la herida. Observo a los nuevos invitados; muchos tienen un aspecto curioso y parecen estar realmente locos. Al lado de la mujer se encuentra un hombre. Era alto y, sin duda, no era latino. Carecía de aquella piel trigueña que caracteriza a muchos de los latinos.

—Lamento la demora, familia. —Algo hace clic en mi mente al escuchar hablar al hombre. Era Emanuele Moretti, hijo de Roxanne y Lorenzo Moretti. Recorro la habitación, encontrándolos de pie junto a una columna. Roxanne parecía estar herida de gravedad. Anastasia se encontraba con ella—. Pero es difícil viajar con una mujer que está jodidamente loca.

La mujer en cuestión le lanza una mirada de muerte, pero no dice nada. Tengo la sospecha de que sería todo lo contrario si estuviéramos en una situación diferente.

—Llegaron justo a tiempo —dice Dima a mi lado.

Tengo razón, sus fuerzas disminuyeron de manera visible. Los agentes siguen superándonos en número, a pesar de que eliminamos a muchos de ellos. En cuanto a los traidores, solo unos cuantos se mantienen de pie y no estoy exactamente segura de que seguirían igual al final del día.

—Es bueno escuchar eso —dice y recorre la habitación con la mirada. La muy bonita sala decorada ahora parecía un cementerio—. Se nota que tuvieron un poco de diversión.

Un movimiento llama mi atención; mi padre saca una de las armas que lleva consigo. Levanto la mía y aprieto el gatillo en un disparo de advertencia.

—Padre, no lo hagas. —Me acerco a él, con Dima a mi espalda cuidándome. Puedo sentir los ojos de todos sobre mí, pero no me molesta—. No hagas que te maten, por favor.

La ira en sus ojos me saluda cuando los miro a ambos.

—Nos traicionaste —exclama—. ¡Eras uno de nosotros!

—Hija, recapacita —dice mi madre en un tono más suave—. Podemos hacer que la Interpol se olvide de tu traición y así podrás regresar a casa. —Mira con desdén a algunos de los miembros de la familia de Dima—. Este no es tu lugar. Nosotros lo somos.

—¿Cómo te atreves a decir algo así luego de dispararme? —digo, sonando más dolida de lo que pretendía—. ¡Se suponía que ustedes debían protegerme!

—Hija…

—No. No quiero escuchar nada de lo que tengas que decir. —La miro, haciéndole ver todo el dolor que me han causado—. Me pasé toda la vida tratando de hacerlos sentir orgullosos, temiendo que si fallaba dejarían de amarme. Pero lo cierto es que nunca lo hicieron. Solo me vieron como una agente. —Retrocedo hasta sentir el cálido cuerpo de Dima contra mí; sus brazos rodean mi cintura de inmediato—. Nunca harás sentir decepcionado a los que quieres si tus elecciones te hacen feliz. Eso me dijo alguien una vez. ¿Y si les digo que soy feliz? ¿Cambiaría algo para ustedes? —Ninguno responde, tal como pensé, pero ahora sé que no debí esperar algo de ellos desde hace tiempo—. Hemos terminado aquí.

Dima aprieta sus brazos a mi alrededor y deja caer un beso en mi sien.

—Podrán irse, pero si alguna vez me entero de que vuelven a lastimarla, olvidaré que son sus padres. No soy de los que dan segundas oportunidades.

Pero conmigo lo ha hecho. El pensamiento me hace sonreír.

Las siguientes horas se van en sacar a todos los agentes con vida; no quiero saber a dónde los llevarán y no me importa. Anastasia es una de las primeras en irse junto con Lorenzo y Roxanne. Necesitan operarla de emergencia.

Cuando la sala comienza a despejarse, me dejo caer en una de las sillas, agotada. El sangrado de mi herida se ha detenido hace un buen rato, pero necesité un par de puntadas. Alicia, Elaine, Camillo y Marcello se encontraban ayudando a varios de los heridos, pero ellos parecen estar bien.

Observo la escena, encontrándola fascinante. Eran mafiosos, asesinos, narcotraficantes, pero ahora mismo parecían personas normales. No se consideran superiores a los demás; los ven como sus iguales, su familia.

Y ahora son la mía también.

Un toque en mi hombro me saca de mis pensamientos.

—¿Estás bien?

La suavidad de sus palabras acaricia mi corazón.

—Lo estaré. ¿Y tú lo estás? —pregunto, recorriendo su rostro. Tenía algunos golpes y magulladuras, además del labio y la ceja rotos. Está bien.

—Sí. Demoraremos un tiempo en recuperarnos de las pérdidas. —Recorre la estancia con la tristeza impresa en su rostro—. Pero sobreviviremos. —Se arrodilla frente a mí y toma mis manos entre las suyas—. Tengo que echarle un vistazo a tu hombro.

Niego.

—Estoy bien.

—Por favor. —Suspirando, quito el trozo de tela con el que he cubierto la herida—. Buena chica.

Dejando caer un botiquín de primeros auxilios que no me había dado cuenta de que traía, comienza a atender mi herida. Sus manos son suaves y cariñosas, y su entrecejo está arrugado debido a la concentración.

—Dima.

—¿Sí, cariño?

Sonrío.

—Te amo.

Detiene sus movimientos. Su mirada brilla cuando me mira, besa mis nudillos y continúa con su tarea.

—Te amo más de lo que podrías imaginar.

—Créeme que lo sé. Arriesgaste todo por mí.

—Al igual que tú.

No decimos nada durante los siguientes minutos, pero entonces una inquietud surge en mi interior.

—¿Qué haremos ahora?

—Nos iremos a casa para que pueda follarte.

Río entre dientes.

—Hablo en serio, Dima.

—Bien, ¿quieres que sea serio? —Asiento. Toma mi rostro entre sus manos—. Quiero poner el anillo que compré hace semanas en tu dedo anular. Eso es lo que quiero que hagamos. —Acaricia mi rostro con reverencia—. ¿Y tú? ¿Qué es lo que quieres?

—Nunca tener que negarme a ti.

Me regala su sonrisa ladina.

—Es bueno que nunca más tengas que hacer eso.

Me besa, sellando su promesa. Dejo que me envuelva en sus brazos y me llene de la seguridad que nunca creí encontrar entre ellos.

Caí rendida ante un «fascinante mafioso» y ya ni siquiera recuerdo por qué luché contra ello. Fui suya antes de mirar sus hipnotizantes ojos cafés.

El sonido de voces alzadas llama mi atención. Marcello le gritaba al teléfono y Elaine trata de quitárselo. Transcurren varios minutos hasta que Elaine toma el móvil y comienza a hablar de manera apresurada.

—¡Emanuele, voy a matar a tu jodido hermano!

El aludido alza las manos, pareciendo exasperado, ya que también parecía estar teniendo una acalorada conversación con la que ahora sabía que era su esposa.

—¿Qué hizo ese idiota ahora?

—Mató al compañero de patinaje de mi hija. ¡En la puta pista de hielo!

—Oh, mierda. —Ríe Dima a mi espalda—. Aster ahora sí va a matarlo.

Me relajo contra su cuerpo, disfrutando de lo tranquilo y feliz que estaba. Podría acostumbrarme a eso.

FIN

¿Quieres saber qué sucedió luego?
Únete a mi lista de correo y recibe gratis una copia digital de *Destinos separados: relatos exclusivos de Fascinada por un mafioso.*
Suscríbete aquí: https://subscribepage.io/6J2TGM



¿Te interesa leer una nueva serie con más romance y el peligroso mundo de la mafia? Aquí tienes la primera novela de mi nueva serie **Priesthood**.
Obtenla aquí: https://relinks.me/B0DK22W7R7



Notas

1. DIMA VORONIN SMIRNOV

1 Es un tipo de puerta tradicional en la arquitectura japonesa.

2. MEI TAKAHASHI

1 «Hija» en japonés.

7. DIMA VORONIN SMIRNOV

1 Bastón largo que se usa en las artes marciales de Okinawa.

8. MEI TAKAHASHI

1 «Pequeña mentirosa» en ruso.

9. DIMA VORONIN SMIRNOV

1 «Padre» en japonés.

2 Nombre que reciben en Japón los palillos chinos.

11. MEI TAKAHASHI

1 Es el gato sonriente de *Alicia en el País de las Maravillas*.

16. DIMA VORONIN SMIRNOV

1 «Voy a matarte» en ruso.

23. DIMA VORONIN SMIRNOV

1 «La familia no se traiciona» en ruso.

2 «¡Ahora!» en ruso.

3 Es un tipo de sable que históricamente se ha asociado con los guerreros samuráis del Japón feudal.

29. MEI TAKAHASHI

1 «Mi mentirosa» en ruso.

Índice

Créditos
Lista de reproducción

Prólogo
1. Dima Voronin Smirnov
2. Mei Takahashi
3. Dima Voronin Smirnov
4. Mei Takahashi
5. Dima Voronin Smirnov
6. Mei Takahashi
7. Dima Voronin Smirnov
8. Mei Takahashi
9. Dima Voronin Smirnov
10. Mei Takahashi
11. Mei Takahashi
12. Dima Voronin Smirnov
13. Mei Takahashi
14. Dima Voronin Smirnov
15. Mei Takahashi
16. Dima Voronin Smirnov
17. Mei Takahashi
18. Dima Voronin Smirnov
19. Mei Takahashi
20. Dima Voronin Smirnov
21. Dima Voronin Smirnov
22. Mei Takahashi
23. Dima Voronin Smirnov
24. Narrador
25. Dima Voronin Smirnov
26. Mei Takahashi
27. Mei Takahashi
28. Dima Voronin Smirnov
29. Mei Takahashi
30. Dima Voronin Smirnov
31. Mei Takahashi
32. Dima Voronin Smirnov

Notas